



AÑO 12.

NUM. 133.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

ENERO, 1900

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

el poder del Diablo Cojuelo, como otro don Cleofás, hubiera podido observar una noche de invierno el salón del Comandante Lindal, habría encontrado allí grato espectáculo. En un salón amueblado con lujo de buen gusto, hubiera visto hermosas fisonomías: un marido en la fuerza de la edad, paseándose de arriba abajo; una señora joven, vestida con elegancia, pero de rostro modesto, teniendo en las rodillas á un niño de siete años, y leyéndole en voz baja un libro; después una señorita joven, vestida con lujo, que daba saltitos cantando, y se detenía delante de un espejo para mirarse en él con complacencia la linda cara. Pero Asmodeo, ese demonio filósofo, no hubiera desperdiciado esta ocasión de dirigir á sus oyentes una disertación moral acerca de los mandados de este mundo y recordarles que el hombre puede poseer los bienes de la fortuna, los dones más preciosos de la naturaleza, los de la educación, verse rodeado del aprecio general y no sentirse feliz. Habría hecho notar á su Cleofás, el tétrico rostro y la agitación del Comandante. Habría hecho ver cómo la hermosa Sofía levantaba de vez en cuando con inquietud los ojos hacia su marido, y de qué manera su linda hermana Anita volvía á cada instante la cabeza hacia la puerta, como si aguardase á alguien con impaciencia; por último, habría escuchado las palabras de esas tres personas, para juzgar su situación por lo que hablaban.

Habiendo sorprendido Lindal una de las miradas furtivas de su mujer, se detuvo de pronto en una de sus evoluciones, y le dijo:

—¡Dios mío! ¿Pero por qué me miras así, Sofía? ¿Te parece que soy alguna fiera y temes verme quitar algo en este aposento?

—No te enfades—respondió Sofía con voz dulce, bajando los ojos;—me parece que estás de mal humor, y temo que hayas tenido alguna contrariedad.

—Y aun cuando así fuese, ¿crees que me harías un gran bien espiándome de ese modo?

—No puedo permanecer indiferente á la idea de que sufras algunos pesares;—replicó Sofía con la misma dulzura.

—Los mujeres son pasmosas— exclamó Lindal;— convierten una mosca en elefante. Ya sabes que tengo negocios de importancia en Copenhague. ¿Piensas que por mi gusto hace varios años que he renunciado á vivir en nuestras haciendas para establecerme aquí? Ya sabes que nuestros vecinos me han confiado importantes asuntos, en los cuales se trata, no sólo de un negocio de dinero, sino de la situación de algunos millares de individuos; me he dedicado concienzudamente á la tarea que me había impuesto, encontrando en ella numerosas dificultades; hoy se presentan otras nuevas, y estoy pensativo. ¿Hay en esto nada por qué alarmarte?

Mientras hablaba de este modo, Anita se había sentado en un rincón del sofá, y con sus piecitos daba repetidos golpes en el suelo.

—¿Acabarás?—exclamó Lindal;— no páras de cantar ó de bailar.

—En verdad—respondió Anita— no sabía yo que cantaba tan mal. Acaso esté prohibida aquí la música después de comer.

—La música—replicó Lindal—es un arte fatigoso; con los demás puede estarse en paz al menos; un cuadro que nos disgusta puede ser vuelto hacia la pared; á las personas que tienen la funesta pasión de dar lectura, puede cerrárseles la puerta; pero esta maldita música, pasa á través de las paredes é irrita los nervios.

—Pero, sin embargo—exclamó Anita—hubo un tiempo en que te gustaba mucho la música. Recuerdo que cuando eras novio de Sofía, siempre que venías á verla le rogabas que tocarse el piano ó que cantase, dirigiéndome también la misma súplica, aunque entonces no era yo más que una chiquilla.

—Sí, hace siete años; estaba yo enamorado, y cuando se está enamorado le da á uno por toda clase de caprichos. Por supuesto, debo decirlo, no odio á la música; sólo pretendo que

venga á mí como un huésped, cuando me plazca, y no que se imponga á pesar mío cuando necesito descanso. Además, quiero lo que se llama música; y eso con que nos has obsequiado esta noche es no sé qué ejercicio, al cual sólo es lícito entregarse cuando se está á solas en la educación personal.

—¡Qué amable está el Comandante esta noche!—exclamó Anita con aire sardónico.—Pero, á propósito, ¿cómo es que nos honras en este momento con tu amable presencia? Eso es enteramente contrario á tus costumbres.

—La causa de ello es que mi criado no me ha encendido bastante pronto la chimenea, y mi cuarto está frío. En cuanto se caliente más me meteré en él con mucho gusto.

—Acabóse la galantería—dijo Anita;—lo cierto es que la muchacha que tiene semejante cuñado debe considerarse feliz. Bien pronto se echa de ver que en tu juventud estuviste al servicio de Francia.

—Hace ya diez años; y ¡bendito sea Dios! en diez años se olvidan muchas cosas.

—¿Por qué abandonaste aquel hermoso país, aquel pueblo que tan bien convenía á tu amable carácter?

—¿Por qué?—exclamó Lindal.—Esa es una pregunta á la cual puedes responder tú misma.

—No, yo no soy tan hábil; ayúdame.

—Pues bien—dijo Lindal en tono serio;—porque la tragedia había terminado á causa de la caída del héroe.

Al decir estas palabras púsose otra vez á andar á paso largo con viva preocupación. Después de un instante de silencio tomó Anita de nuevo la palabra y le dijo:

—Me han dicho (y lo creo) que tu primera mujer murió de celos.

El Comandante se detuvo delante de su maligna cuñada, después movió la cabeza y continuó su paseo.

—Muchas veces he pensado—prosiguió Anita—que aquella muerte prematura era justo castigo de la falta cometida por ella, convirtiendo á un oficial guapo y alegre en un hidal-

go campesino, pues al casarse contigo te dió sus bienes y te obligó á dejar el servicio; y ahora no tienes ya á quien mandar sino á tus zafios aldeanos. Nuestra prima Maltey me ha dicho á menudo que cuando volviste de Francia, á la edad de veinticuatro ó veinticinco años, eras tan guapo, tan seductor, que todas las mujeres se ocupaban de tí; y de ese modo permaneciste hasta tu casamiento. Entonces fuiste á vivir en el campo, donde te has obscurecido y aplomado. La señora Maltey conoce bien tu historia, porque es antigua amiga tuya.

—¿De veras es mi amiga? No lo sabía, y es más de lo que merezco.

—Eres un ingrato. Debieras recordar con gratitud que en su casa conociste á Sofía. Ignoro si mi hermana tiene las mismas razones para congratularse de ese encuentro.

—A lo menos tú puedes celebrarlo—respondió Lindal;—porque después del casamiento de Sofía, quedaste sola con tu madre, que pasaba el tiempo en mirarte.

—Sí; pero desde que mi pobre madre murió, desde que vine á vivir aquí, Dios es testigo de que ya no he sido mimada. Por fortuna, algún día tendré casa mía.

—Sin duda; como eres novia de mi hermano, el oficial de cazadores, es posible que te cases dentro de diez años.

—Cuanto más tiempo pase antes de casarse conmigo, más bueno y complaciente se volverá.

—De sumiso hasta la esclavitud—exclamó el Comandante;—así tendrá que ser para una persona como tú.

—¡Como yo!... Pues ¿quién soy yo?

Lindal se inclinó ante ella, y respondió:

—Una niña bonita, una niña llena de habilidades, una niña muy inteligente, pero á la cual no debe desear para mujer propia ningún hombre razonable.

—Pues bien—replicó Anita riéndose,—hay muchos hombres irrazonables.

Sofía, que durante este pequeño altercado había proseguido la lectura con su hijo, cerró el libro y dijo al niño, besándole:

—Muy bien, mi querido Antonio; ahora quedas libre.

—¿Iremos pronto en coche?—preguntó el niño.

—¿Acaso va á salir con nosotros?—dijo Lindal.—Veo que le han vestido.

—Sí—exclamó alegremente Antonio;—mi madre me ha prometido llevarme si daba bien la lección.

—Nuestra prima le ha invitado—añadió Sofía.—Sus hijos van á representar una piececita.

—En verdad—replicó Lindal—que cuando la señora Maltby se propone dar una reunión de niños, debiera elegir otro momento: son las ocho, dentro de hora y media tiene que acostarse Antonio; no puede permanecer en pie hasta media noche.

—¡Oh, querido Lindal; por una vez!—dijo Sofía con voz suplicante.

—Ni por una vez, ni por varias: se necesita orden en todo. Los niños de seis años no deben ir á reuniones, y Antonio se quedará en casa.

El pobre niño se quedó como petrificado. Su madre tuvo intentos de insistir, pero callóse y volvió en silencio á su sitio, junto á la mesa. Antonio se acercó á ella y la miró con aire triste. Besóle su madre en la mejilla, y le dijo:

—Puesto que tu padre no permite que vengas, hijo mío, no pienses en venir.

Alejóse el niño sin responder una palabra; la madre fue á sentarse al otro extremo del salón. En el mismo instante levantóse Anita y exclamó con impetuosidad:

—¿Qué tendrá que hacer Fernando? Había prometido ser tan exacto; estoy mortalmente aburrida.

Al decir esto golpeaba el suelo con el pie, y se retorció las manos con una especie de desesperación.

Por fortuna abrióse la puerta pocos minutos después, y se vió entrar á un joven elegante. Apenas había dado algunos pasos por el salón, cuando la imperiosa Anita le llenó de improperios. El se arrodilló sonriéndose, y llevándose á los labios el borde de la falda de su altiva soberana, dijo:

—¡Qué bonito vestido! ¡Qué encantadores piececitos!

Estos cumplimientos calmaron á Anita: como Fernando prometiese traerle al otro día un ramo que deseaba ella ofrecer á una de sus primas, y además llevarla al baile dos días después, hiciéronse las paces.

Entretanto, Lindal había dado orden de enganchar el carruaje. Un criado trajo los abrigos, y dirigiéndose á su hijo el Comandante, le dijo:

—Ven á darnos las buenas noches.

Levantóse el niño, tendió la mano á su padre y á su tía, y luego se echó en brazos de su madre y se puso á sollozar. Sofía tenía lágrimas en los ojos. Lindal, cogiendo bruscamente al niño por el brazo y metiéndole á empellones en otro aposento, exclamó:

—¡Tontuelo! ¿habrá que verle llorar porque no se le deje salirse con la suya?

—Sofía se levantó en silencio; y para ocultar su emoción se aproximó á un armario, fingiendo buscar un libro. Pocos instantes después dijo Lindal:

—Os deseo á todos una velada divertida; voy á meterme en mi despacho.

—¿No quieres venir con nosotros?—dijo Sofía.

—No, tengo mucho que escribir.

—Nuestra prima Carlota sentirá no verte.

—Sí, pero yo estoy contentísimo de librarme del aburrimiento de su sociedad.

—Hubo un tiempo—replicó Sofía con amargura,—en que no perdías ni una de sus reuniones.

—Lo creo; era por causa tuya. Sólo allí podía encontrarte. Entonces era novio, ahora soy marido.

—¿Y no puedes ya someterte por mí á ninguna contrariedad?

—Vamos, buenas noches,—dijo Lindal con tono más cariñoso y dando un beso en la blanca espalda de su mujer.

—Cuando vuelvas, de seguro estaré dormido, y quisiera que entrases quedito para no despertarme.

Alejóse al decir estas palabras; Sofía cogió un libro de estampas, una baraja, y salió también del salón.

Al quedarse Fernando á solas con su novia, dijo:

—Estoy pensando si haré mal en llevarte al baile. Acuérdate que después del último baile estuvimos de morros varios días.

—Sí, á consecuencia de tus absurdos celos.

—No sé si absurdos ó no, pero no puedo conformarme á ver tus perpetuas coqueterías.

—¡Qué injusto eres! Sólo pienso en tí, sólo me ocupo de tí. Únicamente por bailar contigo deseo tanto ir al baile. Cuando salto y doy vueltas apoyada en tu brazo, me parece que subo contigo al cielo, y no sé ya si en el mundo existen otros seres que tú y yo.

Al hablar así, cogía el brazo de su novio y se ponía á bailar; extasiado Fernando, renovó todas sus promesas.

Sofía volvió á entrar para coger el abrigo.

—Vaya—le preguntó Anita—¿has consolado lo suficiente á tu querido niño? Porque ese libro y esos naipes que sacaste, serían para él, sin duda.

—Sí.

—¡Bendito sea Dios! Calmándole, tú misma te has sosegado; tienes el aire menos triste que cuando nos dejaste.

—El pesar de mi pobre Antonio me afligía. Un niño de su edad sufre con la privación de un placer, como nosotros con una desventura real. Para él era una fiesta esa velada, y su dicha es la mía. ¡Ay! no tengo otra—añadió bajando la voz.

—¿Es cierto eso? ¿Lo confiesas tú misma?—exclamó Anita.

—Yo no confieso nada, no tengo nada que confesar; sólo me quejo de mis niñerías; no hablemos más de eso.

—En nombre del cielo—dijo Fernando besándola la mano y dirigiéndose á su novia,—no digamos nada que pueda causar la menor pena á Sofía. Es el ángel bueno de nuestro hogar. No podemos honrarla lo suficiente.

—¿Qué dices?—exclamó Anita con tono irritado, y reti-

rando la mano al querer ayudarla Fernando á subir al coche.

A la tarde siguiente trabajaba Sofía en su gabinete, cuando entró su hermana, con los ojos enrojecidos por las lágrimas, diciendo:

—Permíteme sentarme junto á tí; me fastidia horriblemente estar sola.

—Bien venida seas—respondió Sofía con dulzura.

—Ya he entrado dos ó tres veces aquí sin encontrarte; probablemente estarías ocupada en los quehaceres de casa. Eres feliz, en verdad, encontrándole gusto á una tarea tan monótona.

—A Dios gracias me gusta gobernar mi casa—respondió Sofía;—este deber sólo me ocupa una parte de mi tiempo, y así que lo cumplo tengo una satisfacción en descansar aquí con un libro ó un bordado.

—¡Un bordado! Eso es insípido; el trabajo sólo me gusta cuando se ha concluido. No puedo leer sola, y en seguida me canso de la música como no haya nadie para oirme. ¡Ah! de veras; ¡trabajar es una cosa muy estúpida!

—¿Has llorado por efecto de tus reflexiones?

—No, tengo otro motivo para llorar: Fernando me hace desgraciada.

—¡Cómo! Fernando es el más complaciente, el más dulce de los hombres.

—¡Muchas gracias! Ayer me prometió traerme un ramo para mi prima y venir conmigo á su casa, y no he vuelto á verle.

—Tal vez le haya sucedido algo, quizá esté enfermo. ¿Quieres que envíe á pedir noticias tuyas?

—Ya he mandado yo—exclamó Anita—y me han contestado que desde por la mañana temprano había salido á caballo. ¿Qué dices de eso? Y se puso á llorar.

Sofía le hizo ver con su dulzura habitual cuán injusta y poco razonable era su irritación, é intentó demostrarle á qué peligros se exponía abandonándose así á la vivacidad de sus impresiones. A esto replicó Anita con violencia:

—Pero ¿crees que consentiré nunca dejar que mi marido me trate con la altivez y la indiferencia que el tuyo manifiesta contigo? Decías anoche que no tenías otra dicha sino la procedente de tu hijo.

—Anoche se me escaparon esas palabras en un momento de cólera pueril—respondió Sofía ruborizándose;— en seguida me retracté de ellas, y hoy tengo otra razón más para retirarlas; porque antes de irse Antonio á la escuela me contó que anoche, luego de irnos, se lo llevó su padre junto á él y estuvo una hora larga enseñándole las estampas y dejándole que hiciese recortes de papel. Ya ves cómo Lindal es más dulce y mejor de lo que pretende aparentar; es un hombre de corazón y de talento. Todo el mundo está unánime en alabar su rectitud, su inteligencia. ¿Ha de ser su mujer quien le acuse? ¿No debe estar orgullosa de él y conceptuarse feliz? Por última vez tocamos juntas este asunto, Anita. Lo que pasa entre dos esposos debe ser un secreto entre ellos y Dios. Pero puesto que hemos llegado á tratar de este delicado capítulo, y puesto que me he permitido entrar yo misma en tus relaciones más íntimas, quiero aprovecharme de esta ocasión para rogarte que en lo sucesivo te abstengas de exclamar que Lindal ya no me ama; me es muy doloroso oírte enunciar tal pensamiento.

—Y yo sufro—replicó Anita—al advertir que no te ama y que ni siquiera teme expresarse claramente acerca de este particular. Una joven de veintitrés años como tú, guapa, graciosa, buenísima, ¿se verá así ultrajada impunemente y tendrá que pasarse el más hermoso tiempo de la vida sin amor, lo único que...?

—Cállate, Anita, no sabes cuánto me afliges, y lo que me estás diciendo es falso. ¿Que no he gustado yo la felicidad del amor? ¿No he sido muy amada por Lindal?

—Ahí tienes un triste pretérito para el verbo amar.

—Pues yo le amo tanto como en otro tiempo—exclamó Sofía.—Y él... ¡ah! si ya no me ama con el mismo ardor, sin

embargo, está satisfecho de mi cariño, y eso es mucho. Por otra parte, soy bastante justa para reconocer que, si tengo algunas cualidades, después no soy sino una pobre mujer que quizá pueda merecer alguna estimación y simpatía, pero que no puedo ser objeto de una constante pasión. Con frecuencia me aflige el reflexionar esto; pero es verdad, y necesito resignarme.

—Pues venimos á parar—replicó Anita—á una idea que me ha preocupado muchas veces. Dícese que cada cual sólo vale lo que él solo cree valer. Pues entonces, ¿por qué te aprecias en tan poco? Has recibido la misma educación que yo, tienes las mismas habilidades, ¿por qué no las luces en sociedad? ¿Por qué no puedes tocar música sino á puerta cerrada, como suele decirse?

—Me gusta la soledad—respondió Sofía,—y para hacer valer el mérito que pueda tenerse, es preciso un talento que yo no poseo.

—La desgracia es que Lindal está demasiado seguro de ti; si pudieses darle alguna inquietud, inspirarle celos, le verías volverse galante como en otro tiempo.

—Pero sufriría él, y no quiero eso.

—¡Ah! estuviera yo en lugar tuyo, le obligaría á amarme.

—No, ese forzamiento no es posible; por otra parte, tengo muy presente el ejemplo de su primera mujer. Al comienzo de nuestra unión me refirió todo lo que ella le había hecho sufrir con sus celos: todos los días le llenaba de improperios, espiaba cada uno de sus pasos, interpretaba de la manera más injusta sus pasos más inocentes. Hasta había llegado á echarle en cara la fortuna que le entregó. Poco á poco le fue alejando así de ella, le hizo muy desgraciado y fue muy desgraciada ella misma. No te diré todos los detalles de esta conferencia, pero no hay uno que no se me haya quedado en la memoria.

Callóse Sofía. Anita se acercó á la ventana, gimió de nuevo por la imperdonable conducta de Fernando, echóse después en el sofá y se quedó dormida. Su hermana siguió traba-

jando algunos instantes, y, acercándose á ella, le dijo por último:

—¿Estás enferma, querida Anita?

—No—respondió ésta;—pero estoy aletargada.

En el mismo instante entró Lindal, exclamando:

—¡Santo Dios! ¿Pero no comemos hoy? Son las cinco. ¡Qué desorden hay en esta casa! Necesito salir y ya no puedo esperar más tiempo.

—Dispénsame—respondió Sofía;—creo que nuestro reloj se atrasa, pero vamos á sentarnos á la mesa.

Llamó, y quiso que Anita fuese al comedor; Anita respondió que no quería comer.

—Debieras retirarte á tu cuarto—le dijo Sofía;—si sufres, estarás allí más tranquila.

—¿Es que os molesto aquí?—exclamó Anita, llorando.—¡Qué desgraciada soy! Razón tengo para llorar la pérdida de mi madre; ya no tengo parientes ni asilo.

Al decir esta palabra, metió la cabeza entre los almohadones del sofá.

Sofía la miró con sorpresa y se fué.

—¡Qué demonio de carácter!—dijo Lindal, siguiendo á su mujer al comedor.—¡Vaya una alhaja que tenemos aquí!

Lindal y Sofía se sentaron á la mesa, uno frente al otro, sin cruzar una palabra. El niño Antonio se aprovechó de este silencio para contar todos los grandes sucesos del día, es decir, los acontecimientos ocurridos en la escuela. Su madre se interesaba en esos candorosos relatos, y el niño proseguía en ellos con júbilo, cuando, de pronto, su padre le impuso silencio con rudeza.

—Pero, ¿qué tienes, Lindal?—preguntó Sofía. Pareces inquieto.

—No tengo nada, sino que estoy fatigado de esta perpetua inquisición. No siempre se está de humor para saltar sobre los bancos y las mesas. Adiós, no tengo tiempo para tomar el café.

—Aquí lo tienes—dijo Sofía presentándole una taza.

—¡Qué café!—exclamó el Comandante después de haberle probado.

—Pues, ¿qué tiene?—replicó Sofía.—Sé que te gusta fuerte.

—Sí; pero se necesita medida en todas las cosas, y las mujeres caen siempre en algún extremo. Adiós.

Sofía volvió á sentarse en el salón cerca de Anita.

La vista de la joven, tumbada en el sofá, como si estuviese enferma; las penosas impresiones que recientemente había sentido, su aislamiento en el salón, le oprimían el corazón de tal manera, que estaba á punto de llorar. En ese momento se posó en su cuello un bracito, y una voz dulce le dijo:

—Querida mamá, ¿tienes alguna pena?

—Hago mal en estar triste—respondió Sofía,—puesto que tengo un hijo tan cariñoso como tú.

Entonces le cogió en brazos, y se puso á contarle un cuento de hadas, que concluía con estas palabras:

«Cuando se tiene paciencia, no puede tardar en presentarse un genio del bien.»

En el mismo momento apareció ese buen genio; es decir, un verdadero y fiel amigo, Fernando. Enseguida notaron Sofía y Antonio que se apoyaba en un bastón y cojeaba. Dijo que había dado un paso en falso, y añadió:

—Anita está sin duda irritada contra mí; pero me era imposible cumplir la promesa que le hice. Tuve precisión de ir ayer al campo, y todavía no hace una hora que he venido.

Aproximóse á Anita, y con las más tiernas palabras trató de justificarse con ella; pero la intratable joven, sin querer escucharle, huyó á su cuarto y cerró la puerta. Volvióse él entonces junto á Sofía, y uno y otro se consolaron de su pesar con su honesta y afectuosa conversación.

Estaban juntos hacía algunas horas, cuando Lindal regresó con mejor talante que de costumbre. El criado sirvió el té y Sofía preparó algunos platos que sabía eran agradables á su cuñado y á su marido. Este reparó con gusto en esa atención,

así como que su mujer había puesto á Fernando una sillita baja para que en ella pusiera el pie enfermo, y en que se ocupaba de él con graciosa solitud. Llamándole la atención las buenas cualidades de Sofía, y arrepintiéndose de la brusquedad con que la había tratado, dijo mirándola con ternura:

—Querida Sofía, sabes calmar todos los sufrimientos y calmar todas las cosas.

Desde largo tiempo atrás no la había dirigido ninguna frase tan cariñosa; sintió ella ensanchársele el corazón; corrió en busca de Anita y la decidió á que entrase en la sala; pero Anita se sentó en sitio aparte, y sólo contestaba con monosílabos á cuanto le decían.

—Puesto que ya estoy en mi querido círculo de familia —dijo Fernando— bien puedo contaros lo que me obligó á partir á toda prisa; lo que me hizo faltar al compromiso adquirido por mí para con Anita. Supe ayer muy temprano que un curtido y valiente suboficial se había hecho culpable de un acto de insubordinación. Extraviado por la embriaguez, arrebatóse contra un capitán amigo mío. Al mismo tiempo supe que ese capitán salía para el campo, pero que al día siguiente estaría de regreso en la ciudad para dar parte contra el culpable. No hubo más testigos de esa desagradable escena sino un oficial que se interesaba por el veterano soldado, y prometía guardar silencio si el capitán renunciaba á sus persecuciones. No había tiempo que perder, é inmediatamente monté á caballo para prevenir la desgracia que esperaba al suboficial y su familia.

Apenas hubo concluído Fernando su narración, precipitóse hacia él su novia, y exclamó:

—Fernando mío, ¿con que ese es el motivo de tu desaparición? Perdóname tú, el más noble de los hombres; no soy sino una loca criatura indigna de pertenecerte.

En su impetuosidad, derribó la sillita sobre la cual había él extendido su pierna herida, y tropezó tan violentamente con Lindal, que le hizo derramar un vaso de vino que tenía

en la mano. Lindal frunció el entrecejo, y murmuró una palabra de cólera, mientras el pobre Fernando disimulaba lo mejor posible el dolor que le había causado la torpeza de Anita.

—Aunque me he herido al montar á caballo—dijo Fernando—sin embargo, he de señalar este día entre los más felices de mi existencia. Logré buen éxito en la empresa que me propuse, y además tuve el gusto de encontrar á mi antiguo amigo Carlos Sardes.

—¿Cómo?—exclamó Lindal;—¿está Carlos Sardes? ¿Ha llegado también su padre adoptivo, el padre francés?

—Sí, pero me acuerdo poco de él, y me he alegrado de ver que mi excelente Carlos no cambió en nada. Conserva el mismo fuego en el corazón, la misma mirada viva, la misma expresión dulce y melancólica en la fisonomía. Con gran sentimiento por mi parte, no he podido estar con él sino pocos momentos; pero ha quedado en venir á verme mañana por la mañana.

—¿Cuáles son sus proyectos?—preguntó Sindal.—¿Quiere establecerse en este país?

—No, me parece que no; ha seguido á su protector, quien creo que está encargado de una misión secreta.

—¿Se nos permite á nosotras, pobres mujeres,—dijo Anita—preguntar quiénes son esos interesantes personajes?

—Sin duda—respondió Fernando.—Carlos Sardes es un hombre de mi edad, veintiocho años.

—¿Y qué más?

—Somos amigos desde la niñez.

—Eso ya lo sabíamos.

—Bueno; he aquí su historia en pocas palabras. Murió su padre en esta ciudad, teniendo por amigo á un Conde francés llamado Adalberto; al morir, le confió su hijo, de trece años de edad. Adalberto, que no se había casado, adoptó á ese niño; llevóselo consigo á Francia y le dió una excelente educación. Desde hace unos diez años, Sardes ha viajado por diversos países con el Conde, quien tuvo que desempeñar varias

misiones diplomáticas, algunas de las cuales dicese que bastante peligrosas.

—Sí. ¿Te acuerdas—dijo Lindal—lo que nos contó un médico que venía de España?

—Sin duda; nada de lo que atañe á Sardes me es indiferente. Tratábase de Merino. Si Sofía y Anita lo desean, puedo narrarles esta historia.

Ante una señal de asentimiento por parte de ambas jóvenes, Fernando hizo el siguiente relato:

—Viajando por España el Conde Adalberto y Sardes, hará dos años, cayeron en medio de la partida de Merino, juntamente con el médico de que acabo de hablar, mi hermano y tres oficiales franceses. Era imposible toda tentativa de resistencia; fueron hechos prisioneros y conducidos á una torre, aguardando á que el jefe de la partida resolviera acerca de su suerte. Hallábase Merino por aquel entonces á algunas leguas de distancia; pero iba á llegar de un día á otro, y probablemente condenaría á muerte á los cautivos. Aceptaban con valor esta perspectiva como verdaderos franceses, y trataban de pasar alegres las postreras horas en su prisión.

—Sí—dijo Lindal—en la desgracia se conoce el carácter de los franceses. Quienes sólo eran hombres vulgares en los días prósperos, se engrandecen en el infortunio. Merecía ser su Emperador aquél á quien nunca se olvidará. La adversidad ha consagrado su grandeza; por su triunfo sobre la adversidad ha sobrepujado á todas las demás victorias. Alejandro el Grande deseaba que hubiera otro mundo para conquistarlo. Napoleón conquistó en Santa Elena lo que está fuera de los límites de este mundo.

Cuando Lindal tocaba esta cuestión volvíase otro hombre; le echaban llamas los ojos y veíase todo su rostro como transfigurado. En ese momento se le saltaban las lágrimas, cogió el vaso y lo bebió de prisa como para anegar en él sus lágrimas y recuerdos. Sofía participaba de su emoción, pero Anita exclamó con impaciencia:

—Continúa.

—En aquella cárcel había un guardián que se dejaba dominar enteramente por su joven esposa. Esta española se compadecía de los prisioneros; trataba de dulcificar su situación proporcionándoles vino y otras diversas cosas que mandaba comprar á la ciudad vecina. También les prestó una guitarra; Sardes toca muy bien ese instrumento y canta de una manera muy agradable. Todas las tardes tenían permiso los prisioneros para pasar algunas horas en una gran torre, donde tocaban, cantaban y bailaban. La mujer del carcelero concurría á todos esos recreos, complaciéndose en oír á Sardes cantar, y sintiendo particular simpatía por el joven músico. A menudo hablaba con él aparte y le decía que Merino no era tan cruel como muchas gentes imaginaban; que ella tenía alguna influencia con dicho jefe y deseaba abogar en pro de los cautivos. Una tarde que estaban reunidos en el patio según costumbre, adelantóse aquella mujer hacia ellos, con dos hombres armados, pero sencillamente vestidos, los cuales les presentó como dos amigos suyos. Los tres oficiales y el médico continuaron su baile. El anciano Conde estaba sentado á alguna distancia; cerca de él estaba Sardes, quien al observar á ambos españoles y recordando la descripción que de Merino le habían hecho, no dudó ni por un momento que uno de aquellos dos desconocidos era el temible jefe de guerrillas. En seguida entonó una canción española que celebra la hermosura, valentía y nobleza de la vieja España. Cogiendo luego dos vasos de vino de sobre una piedra, ofrecióselos á los recién venidos al mismo tiempo que vaciaba el suyo brindando por la prosperidad de España. En seguida, inclinándose ante uno de aquéllos con quienes acababa de beber, le dijo en castellano: «Usted es el general Merino; no puede hacernos condenar á mí y á mis compañeros, puesto que ha sido usted nuestro huésped esta tarde. Somos unos pacíficos viajeros extraños á toda hidra política.—Bueno—dijo Merino sorprendido—dénse prisa á cruzar la frontera, les daré una escolta.» Alejóse luego, y dos

horas después viajaban en libertad los afortunados franceses.

—¡Qué bonita historia!—dijo Sofía.

—¡Qué hombre tan interesante!—exclamó su hermana.

—Te ruego que nos lo hagas conocer, tráele mañana; pero no, mañana tenemos que ir al baile.

—Eso no será por gusto de bailar conmigo,—añadió Fernando.

—¡Dios mío!—dijo Anita,—no pienso en mi gusto, sino en que Carlota cuenta con nosotros. Su marido no puede acompañarla, y no puede ir sola á esa reunión sin algún caballero.

Sofía con suaves reflexiones, Lindal con observaciones acres y Fernando con su silencio, trataban de hacer comprender á la joven lo irrazonable de su conducta. Dirigió ella á Fernando una mirada suplicante. Había en su linda cara una expresión de tristeza, pudiendo verse aún huellas de las lágrimas que por la mañana vertió.

—No estés triste, mi buena Anita,—dijo el joven oficial;—tendré muchísimo gusto en venir á buscarte mañana: Anita le dió un abrazo mientras Lindal dijo riéndose:

—Haremos bien en tomar del hospital una camilla para llevarte.

—No, puedo ir en coche—respondió Fernando;—y si no estoy en estado de bailar, me sentaré á una mesa de juego y me regocijará el pensar que he dado una satisfacción á Anita.

Había transcurrido una semana. Anita estuvo en el baile, donde pasó toda la noche. Su complaciente novio, por efecto de la fatiga que experimentó en aquel sarao, tuvo que permanecer en su domicilio.

En casa de Lindal sufrieron todos con motivo de su ausencia, tanto más cuanto que, durante aquella semana, no se presentó ninguna visita ni hubo ninguna distracción. Los caprichos é impaciencias de Anita fueron lo único que distrajo la existencia monótona de la pobre Sofía cuando no estaba ocupada con su hijo. Por eso fue un momento feliz aquel en que se vió reaparecer al bondadoso joven. Sofía preparó para esa

ocasión una comida mejor que de costumbre, y sentóse á la mesa la familia con regocijada disposición de ánimo.

—Vamos, Fernando—dijo Anita,—¿has visto á tu amigo Sardes?

—Sí, ha tenido la bondad de ir todos los días á visitarme en mi aislamiento.

—¿No le has ofrecido traerle aquí?

—No.

—¡Cómo no! ¿No me lo habías prometido? Así eres tú: no puedes sufrir que haya aquí un hombre interesante.

—Es cierto—dijo Lindal;—Fernando debió traer aquí á Sardes por fuerza, con una pareja de gendarmes; pues es probable que ese joven esté tan agobiado de invitaciones, que no podamos conseguir nosotros tenerlo de otra manera.

—No, Sardes desea conocer á mi familia y ver á mi Anita; pero el Conde Adalberto tiene para mi hermano una carta de recomendación de uno de sus amigos de Francia; quiere presentarla él mismo, y desea que le acompañe Sardes en esta visita.

Esa explicación alegró á Lindal, para quien todo recuerdo de Francia era como un rayo de sol. Supuso que la carta sería de un amigo suyo del cual hablaba con frecuencia, y sintió vivo deseo de ver á los viajeros.

—Sardes y su padre adoptivo—prosiguió Fernando—han ido á pasar algún tiempo por las cercanías de Odensée, y durante su estancia en Fionia han visto á menudo á nuestra hermana Carolina. Sardes me ha contado cosas muy tristes acerca de su situación.

—¡Cómo! ¿Nuestra querida Carolina?—exclamó Sofía.

—Sí. Es fácil comprender que en su casa no haya felicidad; pero no creía yo tan deplorable su situación. Sardes afirma que desde hace varios años sostiene ella relaciones ilegítimas con un joven residente ahora en país extranjero, y que su doncella, antes confidente suya y en la actualidad particularmente protegida por el marido, ha llegado á ser la verdadera señora de

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE
ATENE MARCO LONES DE

la casa, tiraniza á los hijos y se conduce de la manera más impertinente para con Carolina, la cual no se atreve á reprenderla por miedo á que esa muchacha revele su secreto. Espérase que uno ú otro día estalle algún escándalo, pues la situación se hace cada vez más difícil, y nuestro cuñado no es hombre de quien se puede esperar delicadeza ni miramiento.

Irritado Lindal, rompió el vaso encima de la mesa, exclamando:

—¡Dios perdone á nuestros padres la falta que cometieron con Carolina!

—Nuestros padres—replicó Fernando—no fueron tan reprehensibles como nuestro tío y nuestra tía, con quienes habitaba Carolina. Habían prometido legarle todos sus bienes, con tal de que se casase con el Barón, que les encantaba; nuestros padres eran pobres, acabóse por convencerles y convencer á Carolina de que era preciso aceptar ese casamiento.

—¡Convencer!—exclamó Lindal.—De que obligaron á una inocente joven á obedecer; lo sé de un modo positivo, pero lo supe demasiado tarde. De haber estado yo allí cuando se concertó aquel negocio, de ninguna manera hubiera permitido que Carolina hubiera sido entregada á un hombre sin un sentimiento bueno y noble, el sér más insípido y más insoportable. ¡Oh! Cuando pienso en aquel suceso, me da rabia; mi único consuelo ha sido saber que ese indigno Barón se había retirado á Fionia, donde pasa el tiempo emborrachándose; al menos, su mujer se ve libre de su presencia.

—Hace casi ocho años que Carolina salió de esta ciudad—dijo Sofía;—tenía yo entonces quince años y ella veintidós. A pesar de esa diferencia de edades y de situaciones, habíase establecido entre nosotras verdadera amistad. Desde aquella época la he visto muy poco; pero creo conocerla tan bien, que rechazo como indigna calumnia los rumores de que es objeto. Carolina puede ser desgraciada, pero jamás culpable.

Fernando movió la cabeza con aire pensativo. Anita exclamó:

—Si esos relatos fuesen verdaderos, Carolina sería una criatura miserable, de quien todos debiéramos apartarnos.

—¡Ay, querida Anita!—respondió Fernando.—No se puede ser severo en demasía con una mujer en la situación de Carolina, casada con un hombre á quien no puede estimar, y que tampoco le es fiel. Viene otro que le da testimonio de respeto y cariño, que la consuela en su sufrimiento; ¿no es fácil concebir que en tal peligro sucumba la debilidad humana?

—Pero tiene tres encantadores hijos—replicó Sofía;—dos niñas y un niño; á causa de ellos.....

—¡Ah!—exclamó de nuevo Anita.—En los salones que frecuenta todos los hombres la cortejan, y eso es bastante para consolarla.

—¡Ya pareció aquello!—dijo Lindal.—La coquetería y la vanidad deben ser el consuelo de todos los dolores, el objetivo de todos los esfuerzos.

—Pues te aseguro, Anita, que estimo en más á una mujer culpable por ímpetu de su corazón y sacrificándose por el hombre á quien ama, que á aquélla que de todo se burla y todo lo sacrifica á la vanidad, como su único ídolo.

—¿Dices eso por mí?—exclamó Anita, levantándose iracunda.

Fernando la cogió la mano y la sosegó con algunas palabras cariñosas. Lindal quiso responder, pero Sofía le contuvo, diciéndole:

—Querido Lindal, no me parece enteramente justo tu pensamiento; paréceme que colocas en la misma línea á la peor especie de las coquetas y á la mejor especie de las mujeres culpables. Hay casos de los que sólo Dios puede ser juez, y acerca de los cuales deben guardar silencio los hombres; si tu hermana es desgraciada, como se dice, con seguridad se encuentra en uno de esos casos de que hablo. Pero, ¿no hay también una coquetería inocente, una honrada satisfacción en agradar á los demás? De ningún modo se pretende hacer conquistas, á ningún precio se querría afligir á aquel á quien se

ama; sólo se desea producir una impresión agradable; ¿hay algún mal en este pensamiento? Vosotros, los hombres, queréis señalaros por vuestro valor y por vuestras obras; á menudo sacrificais, en aras de vuestra reputación aquello que más queréis; ¿no se nos permitirá también á nosotras desear tener un poco de viso en el mundo? Nuestra personalidad y nuestro único poderío, ¿no podemos concederle algún precio?

—¡Ah! Sofía—respondió Lindal,—hablas del coquetismo como un ciego de los colores. Tú no puedes ser coqueta.

—Es una desgracia para mí, pero confieso que me gustaría agradar; si quiero y no puedo conseguirlo, más digna soy de lástima.

Callóse y bajó los ojos.

—Jamás hubiera creído, Lindal—dijo Anita,—que defendieras á una mujer que arroja la discordia y lleva la vergüenza á su familia.

—¡La discordia y la vergüenza!—exclamó Lindal;—no por cierto; no quiero defender eso. Dios guarde á Carolina de echar una mancha en el honor de nuestra familia. No se lo perdonaría nunca.

—De modo, que el único punto esencial para ti—dijo Anita,—es lo que tú llamas el honor; respecto á lo demás.....

—Lo demás es asunto entre Dios y ella. ¡Perfidia y traición! Esas son palabras gruesas; pero yo conozco mujeres que jamás han cometido la menor infidelidad, y sin embargo, en mi sentir, han engañado y hecho traición á su marido, poniéndole en ridículo, contando á sus amigas sus secretos y debilidades; al mismo tiempo podría citar una mujer que en Francia sufrió la muerte, sacrificándose por su marido, y aquella mujer tenía un amante y era infiel, por consiguiente.

—Pues bien—dijo Fernando,—yo no hubiera querido ser el marido de aquella mujer. Cuando se quiere á su mujer, ¿cómo es posible resignarse ante la idea de que ame á algún otro? ¿Cómo se puede soportar la vida en tal desventura?

—Así se piensa cuando se es joven—respondió Lindal;—

recuerdo que cuando estaba yo en París, quise batirme con un inocente joven, porque había bailado él con una personita cuyos hermosos ojos me hechizaban. Más tarde tuve la idea de matarme, y creo que, cual otro Otelo, hubiera sido capaz de matar á mi amada. Pero, ¡bendito sea Dios!, una pasión así, es como un acceso de fiebre, una de esas enfermedades infantiles que sólo se pasan una vez en la vida.

Sofía se puso roja como la escarlata. Para disimular su emoción, fingió tener que ir en busca de un objeto al otro extremo de la sala.

—No obstante—dijo Fernando—creo que se puede amar más de una vez en la vida.

—No es ese mi parecer—respondió Lindal;—no creo que pueda experimentarse por segunda vez la ardiente pasión que yo he sentido.

—Conformes—respondió Fernando;—pero en todo caso, un hombre que ama á su mujer, no puede sufrir que también otro llegue á amarla.

—En eso—dijo Lindal—estaría desacertado; ¿cómo impedir al sentimiento deslizarse dentro del corazón?

—Pero—prosiguió Fernando—el hombre y la mujer juran, al pie del altar, permanecer fieles el uno al otro y amarse constantemente.

—Pueden prometerse esa fidelidad—exclamó Lindal,—pero no pueden estar seguros de un amor eterno. Tal amor no está en poder de nadie; es como si prometiéramos no tener nunca escalofríos ni jaqueca, ni ninguna otra enfermedad de que desea uno preservarse, pero nadie está seguro de eximirse. Todo lo que razonablemente se puede prometer, es ejercitar un justo dominio de sí mismo y conducirse con prudencia.

—Pero, ¡santo Dios!—exclamó Anita;—¿qué dirías tú si Sofía amase á otro?

—Espero que tendría la suficiente cordura para contenerme, á condición de que la sociedad no hubiera descubierto ese secreto.

En aquel momento Sofía había vuelto á su sitio, junto á la mesa, y Lindal le dijo abrazándola:

—Si ocurriese una cosa así, mi querida Sofía, espero que no dirías nada acerca de ello. Si eres discreta, ya verás que yo también soy discreto.

Sofía le rechazó bruscamente diciéndole:

—No necesito ni de tu discreción, ni de tu indulgencia.

—¿Cómo? Me parece que te enfadas; ven acá, déjame verte la cara. ¡Dios me perdone, estás llorando! Pues bien; eres ciertamente la primera mujer que se aflige por la generosidad de su marido.

—Dí más bien por el desprecio de su marido; pero me consuela el saber que no he merecido ese desprecio, y que no lo mereceré.

Al pronunciar estas palabras, dirigióse hacia la puerta; Lindal la siguió y la rogó que le abrazase.

—Esta noche no; adiós;—respondió ella con voz resuelta, y desapareció.

Salióse un instante después Anita, y quedando solos ambos hermanos guardaron algún tiempo un silencio molesto. Al fin tomó la palabra Fernando, y confió á su hermano que trataba de obtener un empleo en la administración de los montes públicos.

—Si logro conseguirlo, pronto me podré casar.

—No piensas—objetó Lindal—que ese empleo te obligaría á vivir en el campo, lo cual no conviene de ningún modo á Anita. Eso sería una locura más que añadir á la que has cometido dando palabra de casamiento á una muchacha que sólo sirve para brillar como un objeto de lujo. No es capaz de resignarse á vivir en un pueblo, no se halla en estado de dirigir una casa; no ha heredado, como Sofía, sino una módica renta y ni siquiera sabe conservarla. ¡Ah! si se pareciese á su hermana podría yo aprobar tus proyectos.

—Sí, Sofía es un ángel. ¡Pero Anita es tan joven! Con el tiempo podrá mejorar; espero que con el cariño que me tiene

sería feliz en un silencioso y modesto retiro; y pienso también que esa existencia podría desarrollar sus buenas cualidades.

—Anita es una niña mimada—replicó Lindal—y tiene todos los defectos de los niños mimados. Tú la ves con los ojos del amor; no tendrás la misma ilusión cuando estés casado.

—De manera que ¿no hay otro remedio sino tal cambio cuando uno se casa? Oye, Francisco, tú siempre has sido para mí un buen hermano. Tienes más edad que yo y mayor experiencia; no me corresponde increparte, pero permíteme que te hable con confianza. Tienes una esposa que, á mi parecer, y al de todo el mundo, está llena de virtudes y te ama; ¿es posible que no la ames ya?

—¿Quién puede decir que yo no quiero á mi mujer?

—Por el modo que tienes de hablarla se inclina uno á creerlo. La ofendes con frecuencia, la has ofendido esta misma noche.

—Es demasiado quisquillosa y sentimental.

—Tiene una alma profunda—replicó Fernando;—es modesta y reservada; á la vez que tiene animación y alegría, es candorosa y seductora.

—Sí. ¡Pero toma tan pronto un aspecto tan serio! La amo como un hombre debe amar, y ella querría pasión.

—Eres demasiado feliz. ¿Qué dirías si te cogiese la palabra y se dejara tocar en el corazón por otro?

—Eso no es posible á un carácter como el suyo.

—No seas tan presuntuoso. Has sido muy amado; de ahí proviene tu confianza; pero guárdate. Tienes numerosos rivales y Sofía es mucho más atractiva de lo que ella misma sospecha.

—Ya lo sé; hago justicia á su mérito, y podría probarte que me ocupo de ella sin que lo sepa. En los últimos tiempos me he ocupado muchísimo en asegurarla una fortuna para después de mi muerte. Es mucho más joven que yo, y no quiero que algún día pueda hallarse en el caso de depender de su hijo.

—Tienes razón al pensar en el porvenir de tu mujer, pero

también debieras pensar en el presente y hacerle grata la vida. Te ruego que vayas en su busca y le digas algunas palabras cariñosas.

—No—respondió Lindal,—no ha querido darme amistosamente las buenas noches, y es preciso mostrar firmeza con las mujeres.

Pocos días después el Conde Adalberto y el señor de Sardes se presentaron en casa del Comandante, quien aguardaba su visita con impaciencia, y corrió á esperarlos. El rostro del Conde tenía los signos de la vejez, pero de esa vejez prematura procedente de las fatigas intelectuales más que de los años. Su joven compañero no parecía guapo á primera vista, pero cuanto más se le observaba más interesante parecía. En el sonido de su voz, en su lenguaje, en sus movimientos, había un hechizo inexplicable. Hubiérase dicho que los rayos de la belleza moral animaban toda su persona; había en él una extraña mezcla de vivacidad y reserva, y en sus ojos un carácter indecible de soñadora melancolía. Notábase también en él una especie de extremada delicadeza de organización, como si el lazo que ataba su alma á su cuerpo hubiera sido fácil de romper. Quien haya observado los dramas de este mundo, habrá advertido que los papeles de amante casi siempre están desempeñados por hombres de esta naturaleza; hay en ellos un atractivo misterioso que ocupa la imaginación, hace soñar y despierta con facilidad el sentimiento de la conmiseración, que es una de las virtudes de la mujer.

En esa primera visita, que no fue larga, Sardes charló casi constantemente con las dos hermanas, mientras el Comandante conversaba con el Conde Adalberto. A Sardes le impresionaron muchísimo la gracia juvenil tan noble y dulce fisonomía de Sofía. Por su parte, la joven señora adivinó inocentemente los sentimientos que inspiraba y sintió una especie de gratitud por ellos; Anita resolvió incluir al joven entre sus adoradores. Sin embargo, esas impresiones aún eran misteriosas é indefinidas de una y otra parte.

Por la noche contó Fernando que Sardes le había hablado con entusiasmo de su visita á casa del Comandante, y sobre todo le había hecho un gran elogio de Sofía. Esta no pudo disimular el gusto que le daba ese relato; hizo también el elogio de Sardes, y dijo cómo era un hecho notable que no habiendo estado en Dinamarca desde la edad de trece años, no hubiera cesado de estudiar su literatura y hablase su lengua con mucha corrección. Anita estaba silenciosa, distraída, y así permaneció toda la velada, aunque animaban la casa de Lindal varias visitas.

El Comandante parecía encantado con sus nuevos conocimientos, y sobre todo por ese comienzo de relaciones con el Conde Adalberto, quien le recordaba memorias de su juventud y le hablaba en francés, idioma cuyos acentos eran para él como una melodía. También le agradaba el joven. Apresuróse á ir á devolverles la visita, y los convidó á comer para el día siguiente. De acuerdo con su mujer, resolvió invitar al mismo tiempo á algunas personas distinguidas, en honor de los extranjeros. Esperaba encontrar así una compensación á los tristes días que acababan de transcurrir, y no se engañó en su esperanza. El Conde, que por lo común estaba muy taciturno en sociedad y parecía aburrirse en ella, estuvo muy alegre en esa reunión, y todas las personas que le rodeaban tenían la misma feliz animación. Sofía estaba sentada entre Sardes y él: un suave rubor coloreaba sus mejillas; manifestábase en sus movimientos y palabras amable vivacidad. El anciano Conde no se cansaba de verla, y parecía rejuvenecerse junto á ella. Anita, colocada junto á Sardes, desplegaba todas sus gracias y gentilezas para llamar la atención al joven extranjero; pero con frecuencia volvíase hacia Sofía y la contemplaba con una mirada ardiente, como si hubiera querido grabar en su alma cada uno de sus rasgos y hasta los pliegues de sus vestidos. Los convidados no advirtieron esa contemplación, excepto el Conde, quien de vez en cuando lo observaba con singular sonrisa. Percatóse también Sofía de aquella profunda atención, y

sintió por ello una turbación indefinible. Lindal sentíase halagado por las galanterías del Conde para su mujer, y le hacía feliz oírle alabar por aquel hombre, hacia quien experimentaba gran simpatía.

Pocos días después, los dos nobles extranjeros pasaron otra velada en casa del Comandante. Encontrábase ya más á sus anchas en aquella casa; permanecieron allí más tiempo, y poco á poco llegaron á frecuentarla con mayor asiduidad.

El señor de Maltz y su mujer, á la cual llamaban en casa del Comandante la prima Lota, habían encontrado algunas veces en sociedad al Conde y á su hijo adoptivo, á quienes se acostumbraba á llamar sencillamente los franceses. La señora de Maltz, que era entusiasta amiga de todos los extranjeros, sobre todo de los diplomáticos y artistas, no tuvo descanso hasta lograr introducir á esos extranjeros en su salón, donde se reunían las personas más distinguidas, según el dicho de ella.

El señor de Maltz, sujeto á todos los caprichos de su esposa, dirigióse á casa del Conde Adalberto y le invitó á que fuera á pasar la noche en la suya durante la solemne semana de Navidad, uno de esos días que con tanto regocijo se celebran en el Norte. El Conde quería excusarse; pero, como el señor de Maltz añadió que la familia Lindal había prometido ir á aquella reunión, Sardes aceptó el convite con gratitud, y el Conde ofreció ir también.

La familia Maltz ocupaba un gran edificio, donde gustaba de reunir numerosa sociedad, á veces muy heterogénea, y dar fiestas á menudo, muy extrañas.

La señora de la casa, que hacía gala de una afición desmedida por las bellas artes, complacíase, sobre todo, en exhibiciones artísticas, en las cuales no dejaba de representar algún papel. Hizo extraordinarios preparativos para la reunión á que debían asistir los dos franceses. Secundábala en esa tarea uno de sus primos, joven recién salido de la Universidad, pero que ya se había dado á conocer como poeta y crítico, perteneciendo á una de esas camarillas que en Copenhague llaman con

mucha exactitud la secta de los pequeños profetas, porque no profetizan nada bueno. Ese primo Félix arregló él mismo el programa de la fiesta. Como en otras varias ocasiones análogas se había apreciado ya el talento de Anita, resolvióse recurrir también á ella esta vez; nada mejor podía hacerse, pues á lo menos, Anita se distinguía por su gracia y su buen gusto en las conversaciones escénicas, donde figuraba. Celebró entonces largas conferencias con su primo Félix; después notaron en casa del Comandante que cogía por su cuenta al sobrinillo Antonio y pasaba horas enteras con él metida en su aposento. A las preguntas que Sofía le dirigió, contestaba con tono misterioso que el niño tenía que tomar parte en un rigodón, y que ella le daba lección de baile. Sofía se lo refirió á su marido, quien llamó á su hijo y le hizo preguntas acerca del papel que iba á representar.

Antonio, con el rostro radiante, movió la cabeza y se puso un dedo delante de la boca.

—Vamos—dijo Lindal;—dejémosle tomar parte en algunas locuras. ¡Con tal de que no cometa más tarde otras de mayor peligro!

Por fin llega el gran día. El salón principal y algunas piezas adyacentes están cerrados. En otra habitación, donde apenas puede respirarse por el calor que hace, las mujeres están sentadas en rededor de la mesa donde silba la tetera. Los hombres están gravemente á distancia y pasean por los aposentos vecinos. La señora de la casa está ocupada en el misterioso salón.

—¡Gran Dios!--exclamó Sardes.—¿En qué estamos pensando para permanecer aquí como ermitaños lejos de ese círculo de señoras? ¿No podríamos acercarnos á la señora de Lindal y su hermana?

—No,—respondió Fernando;—eso parecería muy raro.

—¡Pero se aburre uno de muerte!

—¡Ah! Tales reuniones no están organizadas para el placer de los invitados á ellas.

Entre tanto, llegan á abrirse las puertas del salón. En uno de sus lados hay un estrado con un piano y algunos atriles.

La señora de Maltz invita á sus convidados á sentarse y ruega á algunos de sus amigos que hagan el favor de tocar un poco de música mientras acaba ella de preparar la dirección escénica de un *cuadro vivo*. Adelantóse una señora hacia el piano, un aficionado coge una flauta, otros dos se arman de violín y empieza entonces un horrible *quator*, donde sobre todo la flauta se hace notar por unas discordancias que desgarran los oídos.

En la última fila de señoras estaba sentada Sofía, y detrás de ella encontrábase de pie Sardes, quien se inclinaba á menudo para hablarle. Su voz resonaba melodiosamente en el oído de la joven. Acordóse de pronto de un concierto donde escuchaban á Lindal, y ese recuerdo difundió indefinible tristeza en su alma.

Anita se puso al piano, y acompañándose ella misma, cantó de un modo brillante una linda *arieta*, que fue muy aplaudida

J. L. HEIBERG.

(Se continuará).

RETOS Y DESAFIOS

«Deshonra, tuerto ó daño faziendo un fijodalgo á otro, puédelo desafiar.»

ALONSO X. Part. VII, tit. II.

«E desafiar non es otra cosa, saluo tirar la fé é amistad entre los que se desafian.»

MOSEN DIEGO DE VALERA: *Tratado de rieptos é desafios.*

I

Aunque la religión del honor no haya sido hecho culminante social y palpitación de la conciencia iluminada, hasta que por opuestos polos difundieron su fe en el fondo de los sentimientos generales el cristianismo que nos vino de Oriente y las irrupciones bárbaras que procedieron del Septentrión, el duelo personal, «el combate entre dos, bajo condiciones previamente estipuladas», como lacónica y elocuentemente le define en su *Esgrima del sable y consideraciones sobre el duelo* el ilustrado maestro de armas D. Adelardo Sanz, proviene de las más remotas edades. Homero lo describe en la lucha singular de Menelao contra Paris, por la posesión de Elena, delante de los dos ejércitos combatientes. Eneas lo sostiene contra Diómedes; Héctor contra Ajax, y Virgilio termina su admirable poema por la muerte de Turno á manos del frigio Eneas, por su esposa Lavinia. ¿Puede, en realidad, decirse con Andrés Alciato, en su libro *De singulari certamine*, ofrecido en 1529 al Rey Francisco I de Francia, después de los retos con el César Carlos V, Rey de España: *fuerunt veteribus grae-*

cis instituti pugiles? La monomaquia de los hijos de Edipo en la *Phenix* del trágico Eurípides, es una consagración más de las ideas y de las costumbres que autorizaron los duelos singulares en el pueblo heleno. Pero en el de Israel no de otro modo se resolvieron entre David y Goliath los destinos del pueblo de Dios. Fuesen promovidos por causa personal ó pública, hay que reconocerles más remota antigüedad. Aunque, repugnándolos y combatiéndolos bajo el punto de vista moral y cristiano, Fortún García de Ercilla, en su *Elegante tratado de los combates de uno por uno que se hacen entre amigos por desafío particular*, que, aunque escrito de orden del Emperador en 1528, permanece inédito todavía, no puede menos de reconocer que son de derecho natural y divino. La lógica de esta apreciación, enteramente racional, nos conduce á otra afirmación más racional todavía: el duelo nació con el hombre y la sociedad. Las Escrituras nos dicen que en el principio del hombre y de las sociedades Caín mató á Abel; pero no nos revelan si el infando fratricidio fue el resultado de la lucha entre los dos.

Del mismo modo que en el libro segundo de Veleyo Patérculo se lee que los germanos dirimían sus querellas privadas por el duelo, en el libro XXVII de Tito Livio se dice, hablando de los primeros naturales de España, y refiriéndose al combate personal por reto, consentido por las costumbres, *nec allium deorum hominumve, quam Martem se judicem habituros esse*. Estas tradiciones y estas costumbres descenden incólumes á las primeras edades de los siglos medios, después de las irrupciones de las razas del Norte, y, aunque de fecha muy posterior, la *Historia anónima de Ludovico Pío* refiere al reinado de Chindasvinto, que ocupó el trono de los godos de España del año 642 al 653, un hecho, que es á la vez narración de un combate personal, como hoy pudiera concertarse, y revelación de un derecho positivo ya existente, y de carácter nacional y propio: «*In palatio quoque Bera, comes Barcinonensis—dice—cum impeteretur á quodam vocato Lunida et infideli-*

tatis argueretur, cum eodem, SECUNDUM LEGEM PROPRIAM, ut poté, quia esterque gothus erat, aequestri praelii congressus et victus.»

A esta *legem propriam*, que con el curso del tiempo, y constituídos los nuevos pueblos cristianos de la Península, después de la servidumbre que sucedió á la derrota del Guadalete, tomó el nombre de *Fuero de los rieptos*, á que aludieron Alfonso VIII en las Cortes de Nájera, después Alfonso XI en Burgos, al hacer el *Ordenamiento Real de los rieptos é desafíos*, y mucho más tarde el ya citado García de Ercilla, que le apellidó *Fuero antiguo de España*, se sujetó toda la legislación foral y toda la legislación civil, más los actos públicos con esta legislación relacionados durante todo el período militar de la Reconquista. Los *rieptos y desafíos*, y *la lid*, que son su consecuencia, se hallan prescriptos y sancionados en los *Fueros de Sahagún, de Salamanca, de Oviedo, de Molina*; lo regulan el *Fuero Real* y el *Fuero viejo*; lo consagra el *Ordenamiento de Alcalá*, y forma un cuerpo legal completo en la ley 8.^a, título XIV de la Partida III, y en los títulos III y IV de la Partida VII. Alfonso VIII, el de las Navas, mandaba que los fijosdalgo se prometiesen paz y amistad, y que no se «firiessen, nin matassen, nin corriessen, nin desonrrassen, á menos dese desafiar é tornarse la amistad». El Ordenamiento de Alcalá limitaba el derecho al duelo sólo «por muerte, ferida ó prission propia ó de pariente ó por entrar en una casa á yacer con parienta del dueño»; y las *Partidas*, que reconocían que «los sabios que fizieron las leyes, no las tovieron por primera prueba; porque muchas vegadas acaesce que en tales lides piérdese la verdad é vence la mentira»; justificaban, sin embargo, este supremo derecho de desagravio contra «el que matare ó friere, desonrare, prisiere, corriere ú otras semejantes afrentas é malfetrías», diciendo con elocuente franqueza: «la razón porque fué fallada la lid es, que tovieron los fijosdalgo de España que mejor les era defender su derecho é su lealtad por armas, que meterlo á peligro de pesquisa ó de falsos testigos».

Pero á las leyes civiles, ¿no se habían adelantado las de la

Iglesia, y á unas y otras las ideas generales y las costumbres? La institución del *Juicio de Dios* fue completamente eclesiástica, y entre sus pruebas peligrosas, una era la del combate en pública estacada. A esta prueba se sujetó la provocada para la conservación del rito mozárabe como expresión peculiar de la Iglesia española, ó su proscripción por el ecuménico latino, que presenciaron las márgenes del Pisuegra. En nuestro Archivo Histórico Nacional, se custodian misales antiguos que contienen la *Missa pro duello*. En muchos desafíos, como más adelante se verá, intervinieron Arzobispos, Obispos, Canónigos y otras dignidades de la Iglesia. No es preciso recurrir á las hazañas romancescas del ciclo legendario de Bernardo del Carpio, ni al ciclo histórico del Conde Fernán González, ni al ciclo heráldico y caballeresco del Cid y Guzmán el Bueno, para topar con lances singulares en defensa de intereses y derechos que no arguyen el celo del honor, la exaltación de la generosidad, la protección del débil, el culto de la mujer ó la consagración del valor, ideas que se acumularon por la musa mágica del tiempo á las virtudes que encumbraron nuestros héroes nacionales, y que eran la imagen de los sentimientos encarnados en el espíritu de la raza. El reto entre hombre y hombre, entre amigo y amigo, entre hermano y hermano, entre familia y familia, ofrece ejemplares interesantes, anteriores á los tiempos de la caballería, cuando ya el punto del honor fue la cualidad suprema del ricohombre y del fijodalgo, cuando á semejanza de las mujeres germanas y las celtas, las ricas-fembras castellanas alentaban á luchar á los valientes y adornaban con lazos y joyas, prendas de predilección, las cimbras de los que luchaban con desnudo. La sentencia ó fazaña de D. Pero Ruiz Sarmiento y otros ricos-omes de Castiella en la querrela de Fernán Pardo contra su hermano Ruy Pérez, y muchas otras como ésta, no la promovió la honra, sino los intereses, por cuanto Ruy Pérez no quería dejar á Fernán Pardo tomar en paz los bienes que le correspondían por su herencia.

En los lances personales del Cid, no sólo entran el estímulo de la gloria, la limpieza de la lealtad y el conjunto de los sentimientos altivos, que enaltecen el astro diáfano del honor; en algunos de ellos resalta el interés político sometido, en la energía de su temperamento personal, al imperio de la fuerza; en otros los intereses íntimos domésticos. Y, sin embargo, la figura del Cid constituye el supremo ejemplo de la caballería y del honor entre los adornos legendarios y las maravillas épicas de las empresas que le atribuyen el poema y el romance. Su duelo por vengar el ultraje de su padre, entra de lleno en la más alta calificación del honor individual; pero el de los Infantes de Carrión es un asunto puramente de interés doméstico, más que de honra para sus hijas, y el que por la posesión de la ciudad de Calahorra sostuvo con el navarro Simón García, á quien arrojó la manopla en presencia del Rey, y á quien mató en el palenque, fue un hecho esencialmente militar y político. Sin la grandeza de otros actos de su genio político y militar, descendería, por algunos de estos, puramente á un carácter buscaruídos, andariego y pendenciero: cuando más á aquel carácter fabuloso en que el romance y la novela encerraron la centuria de los famosos hechos del Conde Bernardo Barcino y los del Infante Don Pedro de Portugal, que anduvo las cuatro partidas del mundo.

Lo que la licitud del duelo, de que las cartas forales están nutridas, y en la que ni aun los clérigos se eximen de ser *reputados* ni de tener que probar su verdad en públicos desafíos, como se ve en el que el Rey Don Fernando otorgó á la ciudad de Cuenca, produjo en las libertades anárquicas de nuestros pueblos, después de la introducción de las costumbres caballescascas en el siglo XI, bien se refleja en el *Ordenamiento Real de los Rieptos y desafíos* que expidió en Burgos el Rey Don Alfonso XI cuando las *Partidas* de su sabio bisabuelo ya estaban en vigor. «Por las enemistades, decía, que son entre los fijosdalgo, acaescen muchas muertes dellos é de sus compañeros; por esta razon se fazen muchos males en nuestra tierra

asi en lo realengo, como en lo abadengo, é señoríos é behetrias, é muchas asonadas, é grandes alborotos é bollizios que se mueven entre ellos.» Sus nuevas disposiciones iban encaminadas á que de allí en adelante se viviera en paz y en sosiego; y al articular, de acuerdo con D. Juan Núñez, señor de Vizcaya y de Molina y su alférez, con D. Juan Alfonso de Alburquerque y su hijo D. Juan, D. Diego de Otazo, D. Pedro de Xérica, D. Gaspar Martínez, maestro de Alcántara y despen-sero mayor, y otros ricos-omes é infanzones y caballeros, las leyes que ordenaba, su primer mandato imponía que «se perdonen unos á otros é que se afíen luego los que son agora en quinze años complidos é se perdonen unos á otros, é si por ellos tienen fecho desafiamiento lo diesen por fecho é que se afíen». Del mismo modo de terminaba que se perdonasen y se afiasen luego los que tenían entre sí treguas de menos tiempo de treinta años; libraba de fuero los rieptos que á la sazón estuviesen comenzados ó en trámite, y sólo permitía fincar como estaban los que se hallaban en tregua de sesenta años, ó de mayor ó menor tiempo, hasta los treinta. Temía la desobediencia en la violencia de los hábitos adquiridos y de la relajación en que el acatamiento y la obediencia se encontraban; pero con verdadero é inexorable rigor mandaba que «qualquier ó qualesquier de los fijodalgo que contra esto fuere matando ó firiendo ó prendiendo un fijodalgo á otro por la enemistad fasta aquí, que muera por ello, é que nos ó la nuestra justicia le mandemos dar muerte de alevoso; é si se fuere, porque non se pueda cumplir la justicia, que sea emplazado, segun es fuero, é si non viniere á los plazos, seyendo oydo el acusado, é si le quiere levar por riepto, que lo llieve por riepto, et nos que le oygamos é le libremos, segun fuero de los rieptos». Aun probando el acusado que mató «con razon derecha», se le mandaba salir de la tierra «año é dia»; y si en este tiempo entrare en los reynos, por dos años, y si la segunda vez entrara, por cuatro, y si la tercera, «que finque por enemigo, é que le puedan matar dó quier que lo fallasen sin pena, é las nuestras justicias que

lo puedan matar dó quier le fallasen». Y todavía de la lectura del *Ordenamiento* de Alfonso XI se colige más que el desorden público en que se hallaba constituída la sociedad en Castilla á causa de la libertad y frecuencia de los retos y desafíos, y de la declinación del principio de autoridad ante la obediencia de lo que se legislaba. También se colige que en aquellos retos y desafíos debía usarse innoblemente la traición y la alevosía, pues sólo por traición y alevosía puede explicarse el caso de excepción que se introduce en el artículo décimo del *Ordenamiento*, el cual dice: «En este fuero que non se entienda los que se acaescieron en la muerte de Garcilaso de la Vega é de los otros que oy morieron en él, porque es el caso tal en que non ha y logar de fazer nos perdon por aquellos que fueron fallados por la pesquisa, et que nos mandamos pregonar por esta razon.»

Las causas por las que debían considerarse lícitos los retos y desafíos, los casos de sustitución personal y los grados del parentesco en que esta sustitución se podía verificar, los trámites del enjuiciamiento hasta obtener la licencia real para que los desafíos se celebrasen en plaza abierta, lugar seguro, con testigos interventores y tribunal competente y hasta representantes de la fe pública, que pudieran certificar de los accidentes y de la legitimidad del acto, aunque minuciosamente detallados en el *Ordenamiento* de Alfonso XI, fueron modificados por las costumbres, y, sobre todo, por el ejemplo de otras naciones con quien Castilla se hallaba en contacto, como Portugal, Aragón y Navarra en la Península, y fuera de ella Inglaterra, Francia é Italia; pero de cualquier modo constituían ya un fondo de leyes y prácticas uniformes para todos los Estados peninsulares, cuando Mosen Diego de Valera, en la segunda mitad del siglo XV dedicó al Rey Alfonso V de Portugal el *Tratado de los rieptos é desafíos que entre los caualleros é fijosdalgo se acostumbra hazer, segun las costumbres de España*. «Aquí, dice el autor, es de notar que el desafío solamente ha lugar entre los fijosdalgo é non entre otros: esto por la fé y

amistad que entre ellos fué antiguamente puesta.» Por lo demás, aquel era un código de honor, en el que ni los tratadistas más autorizados que desde el siglo XVI impusieron reglas y leyes á los duelos, como Bernardo Bergonzo y el Conde Gioan Jacome Leopardi, ni los que ahora mismo se hallan más en boga, como Chateauvilard, el Conde Verger de Saint-Thomes y Tavernier, han tenido que modificar sino únicamente lo que en las prácticas del combate cada época necesita concordar con sus costumbres. Y si se echa de ver alguna verdadera conquista en que la civilización de los tiempos poderosamente ha intervenido, esta conquista efectiva no es más que una: la del desafío á primera sangre, que no era conocida de Mosen Diego de Valera ni de García de Ercilla, de Andrés Alciato ni de Antonio Massa da Gallese, de Dario Attendolo ni de Messen Giovan Battista Pigna. El desafío era la muerte. La concesión de la vida sólo se hacía al que se rendía, y en casos especiales, cuando el vencido lo pedía al vencedor alguno de los jueces del campo, como en el desafío ocurrido en Calabria entre el coronel Palomino y nuestro Diego García de Paredes. Había murmurado de éste aquél, diciendo que el célebre soldado extremeño dejaba en los combates morir su gente, y que en la refriega ostentaba más saña que valentía. «Le mandé cartel de desafío, escribe el mismo García de Paredes; respondió feamente: de donde convino combatir. Fue mi padrino el maese de campo Juan de Somano, y Perucho del Gazo el de Palomino; por jueces del campo el Gran Capitán y Próspero Colonna. Combatimos con espadas solas, con calzas y en camisa. Dióme una cuchillada en el brazo izquierdo, desde el codo hasta la uña del dedo pulgar. Díle yo otra que le cortó el brazo de la guarnición y la mano. Arremetí á tomalle con la mano izquierda, y díle otra en el muslo, que dió con él en el suelo. Quise cortarle la cabeza. Pidiómelo el Gran Capitán por hombre muerto, y yo se lo dí.»

Verdaderamente debía haber majestuoso aparato teatral en la forma preparativa del reto oficial según lo describe Mo-

sen Diego de Valera después de los preceptos del *Ordenamiento de Alfonso XI*. El querellante, después de haber agotado todos los medios decorosos para recibir el desagravio, lo comunicaba verbalmente y en secreto al Rey, diciéndole que le quería «reptar por corte ante su señoría», y pidiéndole licencia para ello. El Rey exploraba su resolución para llevar el desafío adelante y le amonestaba y aconsejaba se aviniese con su contrario, dándole un plazo para ello. Si el plazo se cumplía sin haber habido avenencia, entonces el reptador emplazaba al reptado delante del Rey, en cuya presencia, públicamente, y en corte cuando menos de doce caballeros, le decía: «Señor, este caballero y gentilhombre que está aquí ante vos, fizome tal traycion ó tal aleve, y digo que es por ello traydor y alevo.» Hecha la acusación, el Rey le proponía «si gelo quería probar por cartas ó por pesquisa, por testigos ó por batalla»; y él, optando por la batalla, contestaba «que le meteria las manos á ello e gelo faria decir por su lengua ó lo mataría ó echaría del campo por vencido». El retado, cuantas veces se oía llamar traidor ó aleve, replicaba: ¡Miente! Esta escena se repetía durante tres días. Al retado también, según el fuero y costumbre de España, tocaba escoger alguno de los términos de prueba propuestos por el Rey, y éste no podía consentir el combate «salvo plasciendo al reptado». Si el retado contestaba que se atendería á lo que el Rey mandare y no á batalla, el Rey invitaba al retador á probar lo que decía, y si de la prueba el retado resultaba con la nota infamante de lo que se le atribuía, era extrañado del reino, y el Rey y la corte vestían por él de luto, como si hubiera muerto. La imputación de traidor sólo podía hacerse, según el fuero de España, por los catorce casos en que estaba incurso el delito *lesae majestatis*. La de aleve comprendía el cometido contra la honra ajena, y eran de menor valer el incumplimiento de la palabra empeñada, el desdecirse en juicio de lo que en privado se había dicho, y otras faltas de análoga naturaleza. La injuria ó la afrenta personal y el honor de las mujeres, nunca se redimían

sino por medio del combate. A los desafíos no tenían derecho los tildados de albardanes ó juglares públicos, los que hacían zaharones ó cantaban y bailaban por precio, los usureros y los que lidiaban bestias bravas por dinero. Por último, les era también negado este derecho á todos los comprendidos en la ley IV del título *De los infamados*, de la Partida VII.

La costumbre fue excluyendo paulatinamente la intervención del Rey en los retos y desafíos, aunque con frecuencia los desafiados de naciones fronterizas recurrían á ellos pidiéndoles plaza y campo seguro para combatir. En 1401, mosen Guillem de Castell y mosen Pere Cervelló, caballeros valencianos, se habían desafiado porque, por amor de una dama, había sido requerido Cervelló por Castell á aceptar batalla, retándole primero de palabra «davant lo Besconte de Meus e mosen Maurini e molts altres cavallers e gentilshomens», y después por escrito y «en otra manera en vostras letras contegudes». Habiéndose dirigido, pidiéndole campo y seguro, al Rey de Castilla Don Enrique III *el Doliente*, éste les contestó: «Don Enrique, por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Leon e de Toledo, e de Sevilla, de Coñdoua e de Murcia, de Jahen e del Algarue, de Alyezira, e senyor de Vizcaya e de Molina; á vos, mi caro e bien amado mosen Pere de Cervelló, salut e gracia. Sepades que por letras vuestras, las quales me truxo en Ramon Conesa, he sapido en como es acordada batalla *a oultrança* entre vos e Guillem del Castell, segun parece por letras e cédulas sageladas de vuestras armas de vosotros ambos que me fueron mostradas, e por quanto vos me fagades soplicano que yo quiera ser juez entre vosotros, e vos tenga la plaza segura, e el dicho en Ramon assi me lo ha soplicado de vuestra parte, e porque en las cédulas del dicho Guillem, seilladas á sus armas, parece que á él plasce que sea axi; por ende, pues, vosotros soys acordes en ello, á mí plasce de vos tener plaza seguramente á vosotros y á vuestros apayeros, e vos asigno plaza por esta mi carta, que á XV dias del mes de setembre primero que viene seades con vuestros apayeros en

la mi cibdad de Segouia: que allí fallaredes la plaza fecha segura para la dicha batalla que entre vosotros es concertada. En certidumbre de lo qual vos envio con Aragon, heraut, esta mi carta firmada de mi nombre e sellada con mi sello. Otra tal envyo á Guillem del Castell, porque amos á dos lo sepades, e seades apercebidos del término que á la dicha batalla con vuestros apayeros debedes venir. Dada en la villa de Duenyas á xiiij de mayo anyo de la Natividad de nuestro Senyor m. iiijc. j.—Yo, Royz Lopez, la screbí, por mandado de nuestro Senyor el Rey.—Yo EL REY.» Cuando la costumbre de hacer intervenir al monarca propio en los desafíos se perdió, y con este precepto el derecho de que ellos fuesen los que señalasen el campo y diesen el seguro, los caballeros de Castilla y de Aragón se dirigieron frecuentemente hasta á la corte de los Reyes moros para obtener el palenque libre donde ventilar sus querellas.

Aunque la palabra *duelo*, por su propia etimología, arguye el combate entre dos, ó como García de Ercilla le llama, *de uno por uno*, los retos y desafíos se hicieron á veces entre varios, y á veces tomaron formas extravagantes, cuando eran promovidos por el estímulo de la gloria ó la fama de la valentía. En tiempo de Don Juan I de Portugal, y después que con el auxilio de los ingleses, sus aliados seculares, venció á los castellanos en la célebre batalla de Aljubarrota, con motivo de las bodas de este Rey con Felipa de Lancaster fueron á las fiestas de Londres doce caballeros lusitanos, no á mantener un simple torneo, sino un duelo formal con igual número de campeones británicos. El combate duró hasta la muerte de un caballero inglés; pero habiéndose declarado el campo por los portugueses, fueron objeto de muchos obsequios y se les hicieron espléndidos regalos. Más geniales que estas batallas fueron las sostenidas casi al mismo tiempo por Ulrich de Lichtenstein, caballero alemán, en Italia, y por Suero de Quiñones sobre el puente de Órvigo, á seis leguas de León y tres de Astorga, en el camino de Santiago de Compostela. Ulrich

de Lichtenstein publicó que todo el que con él rompiese una lanza, obtendría un anillo; mas los que fuesen vencidos tendrían que humillarse hacia las cuatro zonas de la tierra en honor de una dama. El combate lo sostuvo algunos días sobre un puente y consiguió derribar algunos adversarios. El *Caso honroso* de Suero de Quiñones, hijo del Merino mayor de Asturias y nieto por su madre del primer Mariscal de Castilla, señor de Valdecorneja, tuvo mayor solemnidad. Tomó otros nueve compañeros ó justadores, que fueron Lope de Stúñiga, nieto del rey Carlos de Navarra, Diego de Bazán, Pedro de Nava, Alvaro Gómez de Quiñones, Sancho de Ravanal, Lope Aller, Diego de Buenavida, Pedro de los Ríos y Gómez de Villacorta. Fijó carteles con las condiciones del desafío en todas las cortes, y asistido por los primogénitos de las casas de Astorga, Benavente y Alba de Liste, y teniendo por jueces del campo señores grandes y titulados, mantuvo treinta días su duelo en presencia de las damas que presidían los combates, peleando contra sesenta y ocho caballeros, que corrieron ciento veintisiete veces y rompieron ciento sesenta lanzas. Uno solo de los combatientes murió y varios fueron heridos: al primero que se presentó á rescatar el guante de una de las damas, que al pasar por allí sin caballero que las defendiese, lo perdieron, regaló un hermoso brillante, y aunque tan gran locura se hacía en honor de una dama de quien estaba enamorado, nunca se pronunció su nombre en aquel lugar «por respeto á sus magnánimas virtudes.» Así se exaltaba la lealtad, el amor y la valentía, ante cuyos amables fantasmas se rendían sacrificios tan desinteresados.

Ni aun la inviolabilidad de los Reyes fue respetada por las leyes tiránicas de la opinión de los tiempos y de las costumbres. Si la disciplina de la guerra pertenece á la conservación de la república, y bajo este concepto la guerra es lícita y permitida por disciplina y derecho militar, el Príncipe puede pelear con sus propias manos, ahora sea en el haz y concurso de la batalla, ahora sean pocos á pocos; mas nunca se había ad-

mitido el principio de que un monarca pudiera entrar en combate de uno por uno, hasta que el Papa Martín IV instigó á Carlos de Valois, hijo segundo del Rey de Francia, Felipe III *el Atrevido*, á desafiar al Rey Don Pedro III de Aragón, después que con las *Vísperas Sicilianas* concluyó la conquista del cetro que dejó vacante en Sicilia su suegro el Rey Manfredo. Este desafío se acordó en cónclave del Sacro Colegio con el Papa, y su ejecución se concertaba en Burdeos, á pesar de la irrupción de los ejércitos franceses en Cataluña, donde entraron en Perpiñán, tomaron por asalto á Elna y rindieron á Gerona, no llevándose á cabo por la súbita muerte del Rey de Aragón en Villafranca del Panadés. A iguales arrojos se lanzó contra el Rey Don Alonso V *el Magnánimo*, el Duque Renato de Anjou, en 1442, en disputa de la posesión del Reino de Nápoles. Estando los dos ejércitos preparados para la batalla, el Duque mandó al Rey un rey de armas, el cual, en su nombre, echó delante de Don Alonso la manopla en señal de desafío, y en presencia de los grandes de la corte y de los generales del ejército que le acompañaban. El Rey, tomando la manopla, dijo al rey de armas:—«Yo no sé si D. Renato quiere pelear conmigo solo ó de ejército á ejército; mas cualquiera de estos dos combates que él quisiere, lo he yo aceptado». Y porque el rey de armas dijo que quería combatir de persona á persona, con tanto ánimo se aparejó Don Alonso á lo uno y á lo otro, que el Duque de Anjou, habiendo sido el provocador, no quiso sostener el combate de uno ni la batalla del otro.

Sin los desórdenes de anteriores siglos, el XV fue fecundo en desafíos, aunque no produjeron los efectos anárquicos populares de otros tiempos. Un libro de desafíos celebrados en sólo el reino de Valencia, de 1404 á 1480, existe manuscrito y sin primeras hojas en nuestra Biblioteca Nacional, donde se encuentran los carteles y cartas que mediaron para unos doscientos. Muchos se confunden en el número de los que, á fuerza de ordinarios, pudieran llamarse vulgares. Ya á la juventud armada de aquel tiempo gustaba más demostrar valor que

virtud, y la mayor parte de estos duelos tuvieron por base ó la rivalidad en las preferencias del amor, ó la rivalidad en el crédito de la valentía. No obstante, hay algunos que ofrecen más elevado interés. A esta categoría pertenece el reto mantenido por Mossen Pedro Maza de Lizana, consejero y mayordomo del Rey Don Alonso V de Aragón, de quien se acaba de hablar, y D. Diego Hurtado de Mendoza, primer señor de Cañete, guarda mayor del Rey Don Juan II de Castilla, hijo de Juan Hurtado de Mendoza, alférez mayor y ayo de Enrique III y de su mujer Doña María de Castilla, hija de D. Tello, Conde de Vizcaya y Castañeda, nieta de Alfonso XI y sobrina de Don Pedro I y de Enrique II. D. Diego Hurtado de Mendoza fue de los muchos nobles castellanos que acompañaron á Alfonso V á su primera expedición á Nápoles en 1420, y que asistieron á la batalla naval donde este monarca, con sus dos hermanos y muchos magnates aragoneses, quedaron prisioneros. Maza de Lizana acusó á Mendoza de falta de corazón y de valor; de que habiéndole el Rey cautivo invitado á permanecer con él en Italia, se había apresurado á huir á Roma, y desde allí había escrito al Rey Don Juan cartas relatándole aquellos sucesos, en las cuales había falseado la verdad. Mendoza dió el más solemne mentís á todas sus imputaciones; negó haber demandado «el día del desbarato de Nápoles una fusta del señor Rey para se ir», ni que el Rey le rogara «que yo estuviese ahí»; aseguró «ser verdad que yo escribí á mi Soberano é mi señor el Rey todas las cosas segun en Nápoles hauian pasado verdaderamente, como yo pude ver ó saber, lo qual á mí era dado de fazer»; y desmiente todo cuanto Maza le atribuye de desamor ó de desestimación hacia la persona del señor Rey de Aragón. Le prometió «en Dios é en la su bienaventurada madre é en la buena verdad que yo he de vos fazer conocer que mentides», y le invitó á defender como caballero lo que decía, «no haciendo proceso de scriptura», sino viéndose de persona á persona en buena lid, «sin perder el tiempo en procesos que no es de nuestro oficio ni nos estará

bien.» Las cartas retatorias son de Marzo de 1424; pero á pesar de que Hurtado de Mendoza no quería procesos escritos, sino actos, la correspondencia de réplica y dúplica duró un año, hasta que el castellano se decidió á publicar cartel de desafío, firmado en Almazán, invitando á Maza á devisar armas y buscar plaza dentro de cuatro meses. Al cartel de Mendoza contestó el mayordomo de Don Alonso de Aragón, enviando á Almazán con Gabriel Rojas, ciudadano de Valencia y procurador de Maza, con cédula del Rey Don Alonso, asegurando plaza por todo el mes de Febrero de 1425, y ofreciendo el mismo seguro en todos los pueblos del tránsito por sus Estados para los caballos, arneses, armas, argento y pecunia que Mendoza llevara en su recámara, y para los escuderos y camaradas que quisiera llevar, hasta el número de doscientos; pero Mendoza, protestando de que no podía ser juez por grandes que fueran su equidad y sus respetos, un Príncipe cuya persona y actos eran el fundamento de la cuestión, rehusó el campo. No obstante, pocos días después remitía, por medio de procurador también, á D. Pedro Maza otra carta en papel de Chipre, firmada por D. Pedro de Meneses, Conde de Villarreal y Gobernador de la ciudad de Ceuta, ofreciendo á los desafiados plaza y seguro, tanto más de abonar á la confianza de su contendiente, cuanto se sabía que el Conde era vasallo del Rey de Portugal, enemigo del de Castilla. En su carta de remisión, Mendoza concluía: «En el nombre de Dios y de la su siempre bienaventurada Madre, yo soy contento é me place de lo recibir por nuestro juez.» El duelo, en efecto, se verificó en Ceuta en Abril de 1425, teniendo para el caballero palatino aragonés el más infeliz resultado.

No fue el único lance de honor que provocaron los desastres de Nápoles de 1420 entre los caballeros de distintas naciones que acompañaron la expedición del magnánimo Don Alonso V, y en el libro referido se encuentran algunos más que sería prolijo referir.

Hasta la transformación legal que precedió en Castilla á la

reunión de todas las coronas fundidas peninsulares, no se pensó por los Reyes Católicos en la represión, por medio de las leyes, de unas costumbres que se sostenían porque la nobleza las conceptuaba como parte de sus derechos. En aquella ocasión y para esta empresa, vióse caminar concordés y casi simultáneamente á la Iglesia y al Poder real. De 1480 son las primeras leyes penales promulgadas por los Reyes Católicos, los cuales dieron la nota de alevés á los que se desafiaban y á sus padrinos, y mandaban se les confiscasen sus bienes. Los accidentes de muerte ó de heridas en duelo fueron castigados hasta con pena capital para el que desafió, y de destierro perpetuo para el desafiado. En tanto, la constitución jx de Julio II, *Reges pacifici*, la bula xxix de León X, *Quandiu est hominibus* y otros rescriptos pontificios posteriores, tuvieron por objeto desterrar las ideas que formaban la base de las costumbres, bajo el terror de las censuras eternas. La Iglesia aglomeró sobre los duelistas y el duelo la excomunión y el entredicho, la suspensión de sacramentos, la privación de sepultura en sagrado, la inhabilitación para toda dignidad y beneficio eclesiástico, la infamia pública, la proscripción de bienes, el perdimiento de tierras en que se ejecutasen los desafíos y otros castigos semejantes, en que se comprendían hasta á los Príncipes que los autorizaban ó permitían, y á cuantos los aconsejaban, los auxiliaban ó cooperaban á su ejecución. Pero esta disposición represiva de los dos Poderes, el moral y el político, que gobiernan el mundo y las sociedades, solamente alcanzó despojarles del escándalo de la notoriedad reduciendo el desafío, de una función solemne social á un acto individual privado. Extinguirlo, exterminarlo fue entonces, ha sido después y será perpetuamente un imposible social, contra el que se estrellarán las leyes inviolables de la naturaleza. Mientras ésta, hasta como instinto, nos inspire el sentimiento innato de la propia defensa, el reto y el desafío existirán, sin que basten á desterrarlo de las costumbres sociales ni las predicaciones de la moral ni la minuciosa prolijidad de las leyes.

Nadie acertó, como el sabio Rey Don Alfonso X en las *Partidas*, con la verdadera razón del duelo, que nuestro García de Ercilla, fundado en el instinto natural de la defensa, declaró de derecho natural y divino. «*La razon porque fué fallada la lid, es, que tuvieron los fijosdalgo de España que mejor les era defender su derecho é su lealtad por armas, que meterlo á peligro de pesquisa é de falsos testigos.*» Y el Conde de Fuentes, educado en la escuela del honor del Duque de Alba, cuando por mandato del piadoso Felipe III se le metió en una junta de frailes y leguleyos para dar parecer en una *Consulta hecha á S. M. sobre los desafíos*, decía: «El asunto de la consulta me parece muy bien, así como el tratar del remedio. Pero yo no encuentro camino por donde remediar tan gran daño. Aprobándolos todos, ninguno me parece eficaz ni conveniente. En esto se hará lo que se hizo siempre, aunque digan leyes y se pruebe que la infamia es del que desafía. Yo no puedo con el discurso desterrar que al que dan un bofetón en la cara, ni al que dan con un palo, ni al que le desmienten la palabra, ni al que quitan la mujer ó la hija ó la parienta, ni al que ofenden la reputación y la honra, ni al que hacen tuertos á su libertad, no queden por afrentados. Pero la razón de la espada deshace toda afrenta, aunque la muestra del valor no se haga sin riesgo. Y si el que insulta, ú obra con tiranía ó comete afrenta en otro se acoge al sagrado de la Iglesia, al del Rey ó al de la justicia, es un hombre ruin y gallina á quien los hombres con honra deben desterrar de la vida ó de la república. Esto debe tratarse en Junta de Consejeros de Estado, entrando en ella todos los soldados de gran reputación que hay hoy en España, que, sin ofensa del valor y de la honra, ordene las leyes conforme á razón.»

Las leyes, en efecto, seguían su camino conminatorio, y en 1563 el Concilio de Trento, en su sesión XXV y capítulo XIX *De Reformatione*, volvió á fulminar sus severas censuras contra los que se batían en duelo y contra los testigos. Pero al mismo tiempo, en la propia Italia Peruzza destinaba

su *campo di battaglia* para los duelos; Nápoles su *Carbonara*, y Pavía y otras ciudades, que Massa da Gallese especifica, *un cert'altro simile*. De estos *campos de honor*, de la *maestría de las armas*, y de las funciones de tribunal y de amparo se hizo un uso ignominioso, convirtiendo en una especulación mañosa y aleve el magisterio del honor. Nuestro bizarro caballero D. Luis de Zapata, Señor del Cehel, en su curiosa *Miscelánea*, así describe aquella miserable industria: «Cuando se usaban —dice— los desafíos y campos en Italia, que llamaban *duelos*, que por el Santo Concilio de Trento tan justamente fueron prohibidos y vedados, procuraban *los mejores padrinos* que podían ¡como que les iba la vida en ello!, desafiadores y desafiados; y hubo casi en un tiempo dos, que el que primero los cogía, como al famoso letrado de los pleitos, tenía la victoria en la mano. El uno fue Maese Gaspar de Orihuela, que paró después en maestro de esgrima del Rey nuestro señor (Felipe II) y de los pajes del Emperador, su padre (Carlos V); el cual me contaba de sus sucesos cosas notables: el otro, Millo Maniscotte, que ya era muerto, á quien él reconocía gran ventaja. Maese Gaspar hizo á muchos vencedores con grandes dificultades; pero Millo Maniscotte de cuantos sacó en campo, jamás dejó de vencer ninguno. Hacía á los chicos de cuerpo en las puntas de los ventalles de las celadas poner agudas navajas, con que, juntándose con los altos, los degollaban por las gargantas. A los ahijados altos contra los chicos los armaba todos, dejándoles lo alto de las cabezas desarmadas, adonde el chico no podía alcanzar, y el alto hería en la cabeza, al seguro, al bajo. Y otra vez, cuando el ahijado era chico contra el muy alto, les daba celadas solas en petos, encambradas, con las vistas tan altas, que el chico veía casi todo el cuerpo del alto, y el alto no veía al pequeño cuando se juntaban, sino los tejados de la plaza y las ventanas. Y siendo el contrario de muchas fuerzas y el suyo muy débil y flaco, henchía el suyo, para que no pudiesen juntarse, de muchas navajas. Otras veces, si su ahijado era cojo ó manco de una pierna

ó de una mano, poníales en las tales piernas grevas con barras de hierro desde el quijote, tan tiesas, que salían á combatir cojos ambos, y manoplas hechas de arte, tan cerradas que iban entrambas manos. Otras veces les dejaba medio lado del pecho desarmado, y tan diestros de una estocada por allí los suyos, que como al matadero salían al campo los contrarios. Y si el ahijado era tuerto, hacía armas con media vista las celadas, y así iban tuertos y cojos y mancos ambos. Y si su ahijado era flaco de complexión ó pesado, tanto le trabajaba luchando y forzajeando y poniéndole zapatos de plomo y gran peso en los pies y en las manos, que los sacaba en poco tiempo duros como mazos de herrero, y sueltos, quitados los pesos, como gabilanes. Y así al cobarde, aun haciéndole fuerte, diestro y ligero, le hacía valiente y le daba ánimo, como en los nidos de las cigüeñas y otras aves, que, tentando el viento y deprendiendo el vuelo de los padres, cuando se hallan para ello suficientes, cobran, para echarse á volar de una torre alta, esfuerzo y ánimo. Nunca tomaba ahijado afrentador; porque decía que no había de ayudar á la soberbia, sino á los flacos, afligidos y afrentados; y así siempre daba él industria en los carteles, que los suyos escogiesen las armas: que, en ver las extrañezas é imposibilidades y diferencias de ellas, quedaban los enemigos espantados, por lo cual, todos, por muy bravos que fuesen, se templaban en toda Italia de no agraviar ni afrentar á otro: que sabían que á Dios, á la razón y á Millo Maniscotte había de tener de su parte el agraviado.»

De estos tipos repugnantes, por más que D. Luis Zapata lo canonice, no tenemos por fortuna ejemplar notorio en España, aunque sí de duelistas pendencieros de industria y de ventaja, que, como el famoso D. Diego Duque de Estrada, de quien él mismo nos dejó la autobiografía novelesca en sus *Comentarios del desengaño*, era un verdadero asesino de oficio bajo formas caballerescas, llenando su vida de vituperables crímenes, cometidos en la confianza de la destreza con que manejaba toda clase de armas.

Las leyes modernas del honor moderan todos estos criminales abusos aun más que los cánones de la Iglesia y los Códigos civiles. No hay que negar que el Estado, siguiendo los pasos de la Iglesia, ha hecho cuanto estaba de su parte por desterrar el duelo, por las armas, de las costumbres; pero las cuestiones del honor no admiten los enjuiciamientos de los Tribunales, ni hacen eficaces las aficciones de la pena. Sólo la pena es justa cuando retrasa la comisión de la culpa, si verdaderamente puede calificarse de culpa lo que se deriva de un agravio cierto recibido. Y la insuficiencia de los procedimientos de la justicia, más que para impedir los duelos, para reparar los agravios que á ellos dan origen, ha sido patente en todas las tentativas de la legislación y en todos los Códigos establecidos. Después de Felipe III, bajo el Gobierno del Conde-Duque de Olivares, en el reinado de Felipe IV, la cuestión no sólo se llevó á Juntas y Consejos de Estado y Guerra y otros altos Tribunales. D. Gaspar de Guzmán la sometió hasta á las Academias de los hombres doctos, y Gaspar Caldera de Heredia, en su *Arancel político*, dice textualmente: «Esta cuestión ha pasado *per ignem et aquam* en las conferencias de las más ilustres Academias de Sevilla, á donde concurrían los varones de mayores letras y juicio de aquella ciudad.» Debatiéronla el Sr. Inquisidor D. Francisco de Rioja y D. Juan Suárez de Mendoza, sin ponerse nunca de acuerdo. Las leyes de Felipe V, de 1716, contenidas en la *Novísima Recopilación*, no fueron más eficaces en el siglo XVIII que lo han sido en el nuestro los artículos 439 y 447 del *Código penal* vigente. Hasta las *Sentencias del Tribunal Supremo* han tenido que atemperarse con las exigencias de la opinión. Respecto á la de nuestros grandes tratadistas contemporáneos, no hay más que atender los juicios de un espíritu tan moderado como el de D. Joaquín Francisco Pacheco. «¿Daremos una carta blanca—se preguntaba en sus elocuentes *Lecciones de Derecho penal*—para herir ó matar, siempre que esto se haga bajo esas fórmulas convenidas que constituyen el duelo?» Y á

renglón seguido él mismo se contestaba: «Los mismos que condenamos el desafío, los mismos que le colocamos en una alta categoría de crímenes, hombres arreglados, hombres sensatos, hombres que no tenemos el hábito de delinquir, si nos vemos provocados en una de esas que llamamos cuestiones de honra, no tendremos resolución para negarnos á aceptarlo. Lo aceptaremos y concurriremos á él. Digo más aún: si recibimos una de esas injurias que las leyes no enmiendan y que el mundo tiene ordenado se borren con la espada ó la pistola, nosotros mismos nos arrojaremos á desafiar y obligaremos á nuestros adversarios á que acepten el reto; y si se niegan á la lid, los llamaremos cobardes y deshonorados y les escupiremos á la cara, como hombres viles, indignos de nuestra sociedad. ¿No es esto lo que sucede en nuestro siglo, lo que pasa en nuestro alrededor, lo que sentimos en nuestra conciencia?»

Todas las cuestiones del honor que no pueden ir á los Tribunales ni exponerse á *peligro de pesquisa é de falsos testigos*, como escribía D. Alonso *el Sabio*, sin el deshonor del escándalo, la vergüenza de la humillación y la inculpabilidad de la mentira, será perpetuamente el proceso de los desagrazos que recoja el duelo. Todas estas cuestiones crean el deshonor, y el deshonor la infamia, y esta es mayor pena que la más afflictiva que la ley imponga. Por el duelo, el hombre inofensivo y el hombre desventurado no quedan á merced del insolente y del malvado poderoso. A veces, para la reparación, cuando se toca en el escollo de la diferencia de las categorías sociales que establecen el poder ó la fortuna, basta con dar la nota para afrontarlo; el que acude á otros medios para rechazarlo, es el que, cualquiera que sea su posición, se coloca en el terreno de los espíritus ruines y bajos.

España ofrece un cuadro hermoso de interesantes duelos en los cuatro últimos siglos de su historia, del cual se han de exponer aquí los ejemplos más culminantes.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

EL ROMANTICISMO

PRIMER PERÍODO.—LOS APOLOGISTAS RELIGIOSOS Y MONÁRQUICOS: BONALD
Y DE MAISTRE.—INFLUJO DEL NORTE: EL OSIANISMO.—LA LIBERTAD:
MADAMA DE STAËL

Antes de que apareciese en el horizonte Chateaubriand, ya los excesos del terror y la impresión trágica de las jornadas revolucionarias habían removido en las almas el sedimento religioso, y producido repentinas conversiones, como la del acerbo y mordaz crítico La Harpe, que se volvió á Dios con el alarde de un Saulo perseguidor, herido por el rayo de luz y arrepentido. Las persecuciones, como siempre sucede, aureolaban de poesía á la fe, exaltando los ánimos y predisponiéndolos al lirismo cristiano. La época era propicia á los apóstoles de la palabra, de la estrofa y del libro.

Merced á la libre expansión romántica, el sentimiento religioso renaciente se dividió ya desde un principio en dos ramas: la objetiva ó apologética, la individual ó subjetiva. Las dos pueden fundarse en el *Genio del Cristianismo*, si bien la segunda encontró su expresión culminante en Lamartine.

A la cabeza de la primera dirección encontramos á dos grandes teóricos y publicistas: Bonald y de Maistre. Bo-

nald (1), en el sangriento año de 1793, iba á cumplir cuarenta, de suerte que pudo fijar en la Revolución desencadenada y triunfante la severa ojeada de la edad madura. Había servido en los mosqueteros; combatido y seguido las enseñas de Condé; fijándose después en Heildeberg, desde donde lanzó, en 1796, á la publicidad y á la polémica su *Teoría del poder político y religioso*. El orden restablecido por Bonaparte le permitió regresar á Francia, y, transigiendo con el Imperio, no perdió á los Borbones la querencia. Dícese que esta adhesión de Bonald á la familia desposeída procedía de una sonrisa dulce, de unas palabras bondadosas que antaño, en los albores de su reinado, le había dirigido María Antonieta: ¡tanto pueden conseguir con poco esfuerzo los reyes, y las reinas más aún con su doble corona! Espíritu austero y religioso sin hipocresía, los biógrafos de Bonald recuerdan que, entrando en una iglesia de Heildeberg acompañado de sus dos hijos, como leyese en el altar mayor la inscripción latina *Solatori Deo*, dijo gravemente: «Hijos, estas palabras son para los emigrados.» Tantos dolores, tantas luchas, tantas heridas mortales, no podían, efectivamente, hallar consuelo eficaz más que en Dios.

De la *Teoría del poder*, confiscada por la policía del Directorio, había recibido un ejemplar el General Bonaparte: árbitro ya de los destinos de Francia, después del 18 de Brumario, borró de la lista de emigrados al autor. Bonald regresó á Francia y se dió á combatir en *Los Debates* y en el *Mercurio* las ideas revolucionarias. Las escaramuzas en la prensa fueron anuncios de su obra más importante, la *Legislación primitiva*. En este libro, que más que á la historia literaria pertenece á la historia del pensamiento, Bonald combate la soberanía del pueblo, funda la sociedad en el derecho divino, hace á Dios fuente de todo poder y acaba por decir: «La Revolución, que ha empezado declarando los derechos del hombre,

(1) Ambrosio de Bonald. Nació en Milán en 1754; murió en París en 1840.

sólo acabará cuando se declaren los de Dios.» No nos importa juzgar aquí al teórico: en España hemos tenido, y tenemos, partidos políticos inspirados en el credo de Bonald, y que han realizado el aparente imposible de exagerar sus principios, abrazando el ultraespiritualismo que le llevó á definir al hombre como *una inteligencia servida por órganos*. En el orden filosófico, son patrimonio de Bonald la hipótesis atrevida de la revelación del lenguaje; la del origen de la sociedad en la organización de la familia, en el poder y la fuerza, en la paternidad y la dependencia opuestas á la igualdad y la fraternidad, todo ello iluminado por la mística luz de una síntesis *triple*: la causa, el medio y el efecto; el padre, la madre y el hijo; Dios, el Verbo y el mundo: concepción cuya grandeza es imposible desconocer, y que sólo peca por sobra de lógica, y porque es una abstracción—lo más peligroso en política.

Es el estilo de Bonald de dórica sencillez, escueto y sin galas, como si las desdennase; carece de gracia, de aticismo, de esa especie de *unción* que atrae y cautiva. Sus raciocinios son complicados; pero, — dice un crítico que no le ha juzgado con excesiva blandura (1),—á veces la cadena de su argumentación se suelda á una fórmula que brilla como un anillo de oro, y sus sentencias se imponen como oráculos. Sabía perfectamente Bonald que no había nacido para *agradar*; era de los que cultivan la impopularidad como otros la simpatía; profesaba el axioma de que la belleza, en todos los órdenes, reviste caracteres de severidad; y como un día se hablase delante de él de la acogida diferentísima que habían encontrado en el público *La legislación primitiva* y *El Genio del Cristianismo*, contestó tranquilamente: «Se comprende: yo les he servido la droga al natural, y él la ha presentado confitada.» Diferencia de lo hablado á lo escrito é impreso. En letras de molde Bonald decía de *El Genio del Cristianismo*: «En tal libro la verdad aparece engalanada como una Reina el día de su coronación.»

(1) Merlet. *Tableau de la littérature française*.

Más alto que Bonald, en el terreno de las letras, es preciso colocar al conde de Maistre (1). De estos dos hombres que no se vieron nunca, que se creían gemelos por la inteligencia, y que sin embargo tanto se diferenciaban, el autor de *Las Veladas de San Petersburgo* es quien ostenta el colorido intenso, el ímpetu pasional, el vuelo de águila y la marca como de garra de león, aunque Bonald le vence en lógica y en inflexible concatenación de ideas. Interesante es el fenómeno de gemelismo intelectual, más frecuente de lo que se cree, que dictaba á De Maistre estas palabras dirigidas á Bonald: «¿Cabe que la naturaleza se haya complacido en formar dos cuerdas tan unísonas como su pensamiento de usted y el mío?» Y Bonald contestaba: «Nada he pensado que usted no haya escrito, nada he escrito que usted no haya pensado».

El Conde José de Maistre era piamontés, natural de Chambery, pero de familia oriunda de Francia. La Revolución le deslumbró y á la vez le horrorizó; donde otros vieron una convulsión política ó una grotesca saturnal, él vió algo bíblico: la cólera de Dios castigando á una generación descreída y prevaricadora. Creyente en los destinos de Francia, á quien tenía por instrumento providencial, De Maistre consideró en los desastres del 93 el vuelo y el ardiente gladio del ángel exterminador, y tuvo la convicción de que asistía á un momento sólo comparable al diluvio ó á la irrupción de los bárbaros. El espanto exaltó su fantasía, convirtiéndole en vidente, no siempre lúcido, pero atrevidísimo, desatado, brillante y sugestivo, como ahora se diría. Anunció el fracaso de la Revolución, y cuando ésta parecía triunfar, formuló antes que Darwin la teoría de la lucha por la existencia, profetizó la restauración de la Monarquía, el descrédito del filosofismo, la sumisión de la Iglesia galicana á Roma, la infalibilidad pontificia, la victoria de la autoridad y de la fe alzándose sobre las

(1) José María de Maistre. Nació en Chambery en 1753; murió en Turín en 1821.

ruinas de la sociedad. Su defensa de la guerra, su hipótesis del exterminio del género humano, su rehabilitación del verdugo, su teoría de la reversibilidad de las penas y de la expiación por la efusión de la sangre inocente; su conversión de las razas salvajes y primitivas en razas decaídas, y su severidad con la mujer, á quien condena á eterna sujeción, son ideas derivadas no sin alguna violencia del dogma de la caída y la redención, y se pueden considerar la nota sobreaguda del providencialismo pesimista; concepción, más bien que de pensador, de poeta fogoso.

Por el brío y la originalidad y extrañeza de sus ideas teocráticas, y la belleza de la forma con que las vistió, De Maistre influyó mucho más que Bonald. Sería interesante un estudio referente á su acción en España, y un paralelo entre él, y el gran Donoso Cortés, en quien tuvo otra alma gemela. ¿Y cómo no ensalzar en De Maistre la belleza del estilo, ya caldeado por la elocuencia, ya sombríamente realista, ya sonoro y grave como tañido de campana, ya cortado y aforístico como los versículos del libro de los Jueces ó de los Macabeos? ¡Quién sabrá lapidar la frase mejor que el hombre que contestó, cuando le decían que Napoleón se proclamaba enviado del cielo: «Sí, como el rayo!»

Hoy va cayendo De Maistre en injusto olvido, caso fácil de prever, y que él también profetizó, cuando más ruido producían sus escritos y más se difundía su pensamiento. No debemos omitir que este apologista, á veces sospechoso á la Iglesia por su mismo ardor, era tan sincero como Bonald, y si no fue lo que se llama un santo, ni tuvo del cristiano la humildad y la caridad, fue ajeno á la inconsecuencia, al egoísmo, á la vanidad y al interés. Su vida, consagrada al servicio de un monarca desposeído y combatido por las revoluciones, es un prolongado sacrificio. Al saber que están confiscados sus bienes, sólo se le ocurre decir: «No por eso he de perder el sueño.» La emigración le trae la estrechez y la penuria; vive vendiendo secretamente la plata que le queda, y aspirando sin em-

bargo á representar con decoro en la corte de San Petersburgo á su menesteroso rey: lo precario de su situación le obliga á separarse de su familia, y la falta de un gabán de pieles, indispensable en aquel duro clima, á pasar el invierno sin salir de casa más que cuando tiene que cumplir, á cuerpo gentil, sus deberes diplomáticos. La ausencia de los seres queridos no le es tan indiferente como la confiscación; al contrario: los afectos naturales de padre y de esposo brotan expresivos de la misma pluma que grabó con fuego la teoría de la expiación y la apoteosis de la sangre. Una niña nacida después de la separación, y ya de edad de doce años, la hija á quien no conoce, cuyo rostro se imagina mil veces, es su mayor anhelo precisamente por eso, porque no ha visto su amado semblante. No puede resignarse. «No,—escribe—nunca me acostumbraré. Cada vez que me recojo á casa la encuentro más sola. El temor de dejar el mundo sin haberte conocido, hija mía, es horrible para mi imaginación. No te conozco, pero como si te conociese te quiero. Hasta se me figura que de este duro destino que me ha separado siempre de tí, nace un secreto encanto: el de la ternura multiplicada por la compasión.» Nótese en el párrafo que cito el romanticismo del sentimiento, tan diferente del romanticismo altanero y amargo de Chateaubriand. Cuando á De Maistre se le marcha voluntariamente un hijo al campo de batalla, el padre, el apolo-gista de la guerra, exclama con tierna sencillez lo que una madre podría exclamar: «¡Ah! ¡Nadie diga que sabe lo que es la guerra, si no tiene en ella un hijo!»

Al parecer, murió De Maistre desalentado, amargada la boca por la hiel que también hubo de tragar Bonald: los monarcas de derecho divino aceptando constituciones, cartas, imposiciones del espíritu moderno; la Restauración sancionando, en parte, la obra de la Revolución. «Europa está moribunda y yo también. Me da vueltas la cabeza; este año me he alimentado de agenjo,» escribía José de Maistre poco antes de quedarse paralítico. Su tintero se secó; las *Veladas de San*

Petersburgo no se concluyeron, no por falta de tiempo quizás, sino porque á su vez la voluntad se había secado y paralizado. Y, sin embargo, el escritor tan sagaz para antever los sucesos futuros, no acertó á predecir que aquella casa real de Saboya, á la cual consagró su vida, y eso sería poco, hacia la cual sintió esa lealtad monárquica que inspira tan pasmosos rasgos de abnegación á los personajes de nuestro teatro antiguo, llegaría á despojar de su soberanía temporal al Papa, cuya autoridad infalible sostuvo con tanta elocuencia el mismo Conde de Maistre. Si el teórico de la Monarquía y del Papado levantase la cabeza, ¿cómo haría para ser juntamente vasallo fiel del rey de Cerdeña y buen hijo del Sumo Pontífice? Quizás insistiría lo que ya una vez declaró: que estando todos los actos de los monarcas sujetos á la razón de Estado, fiarse en una corte es como acostarse para dormir en paz sobre las alas de un molino de viento.

El renacimiento religioso provocado por los acontecimientos políticos y sociales, y por la reacción contra la generación enciclopedista; el culto de la naturaleza revelado por Rousseau y Bernardino de Saint Pierre, no fueron las únicas corrientes que afluyeron al romanticismo. Ha llegado el momento de tomar en cuenta otras influencias distintas de las nacionales, pues nunca, y menos en este siglo, dejaron los pueblos de pasarse unos á otros la antorcha encendida; y es hora de recordar que dos años antes de que apareciese el *Genio del Cristianismo*, madama de Staël publicaba su obra *De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales*, formulando las leyes de raza y nacionalidad en las letras, pensamiento genial, completado años después por otra obra digna de eterna memoria, el libro sobre *Alemania*. Hoy el contraste entre las dos literaturas y las dos razas, la latina sensual, pagana, plástica, luminosa, pero limitada y sin vistas á lo infinito; la germánica vaga y confusa, saturada de melancolía, envuelta en brumas, más profunda y más reveladora, es una trillada vulgaridad—notemos de paso que la palabra *vulgaridad*

la inventó madama de Staël: — pero cuando la gran literata comparó por primera vez las literaturas del Mediodía y la del Norte, hacía un descubrimiento.

No quiere decir que un país tan culto como Francia desconociese por completo el tesoro del Norte. Voltaire, por ejemplo, trató de imitar á Shakespeare á su modo, y á no sobrevenir la Revolución, quizás desde mediados del siglo XVIII los anglófilos hubiesen precipitado la explosión del romanticismo. Novelas inglesas como la sentimental *Pamela* disputaron á la *Nueva Eloisa* el interés y las lágrimas de los sensibles lectores franceses; el estreno de *Hamleto* en París fue un triunfo, y tanto gusto le tomó el público á Shakespeare, que el mismo Voltaire, desde la antesala del sepulcro, se alarmó viendo en peligro sus convicciones literarias y arremetió contra el inglés tratándole de bárbaro, borracho y grosero, lo cual no impidió que cundiesen las traducciones de novelistas y filósofos británicos. En realidad, esta comunicación con Inglaterra no era una influencia todavía: el nuevo continente estaba señalado, no descubierto; los autores franceses leían á los ingleses sin inspirarse en ellos; y el *oro del Rin*, el genio alemán, ni lo sospechaban.

Antes de llegar á madama de Staël, importadora y definidora de la palabra *romanticismo*, recordemos una influencia del Norte que actuó poderosamente sobre los románticos prematuros: los poemas de Osián.

Cierto maestro de escuela escocés, Macpherson, á quien hoy contaríamos entre los *folkloristas* por su afición á recoger en las aldeas canciones y viejas baladas, dió á la imprenta en 1762 una colección de cantos épicos, atribuidos á un bardo del país de Gales, Osián, hijo del héroe Fingal. El tal bardo Osián había vivido en el siglo III antes de Jesucristo, y Macpherson traducía su ruda lengua gaélica primitiva al inglés moderno, pues de otro modo, sólo los eruditos podrían gustar las bellezas de aquella poesía sublime. Fue saludada la aparición del hijo de Fingal con transportes de entusiasmo, no sólo en

Escocia, halagada en su tenaz patriotismo, sino en Alemania, donde el famoso Herder, atento á las misteriosas *Stimme der Volker* (voces de los pueblos), se extasió creyendo escuchar en la del viejo bardo de Caledonia la de la raza céltica. No entró menos triunfalmente en Francia Osián. Denis lo celebró porque representaba al Norte, región antes olvidada y obscura como los campos Cimmerios. «Grandes son Homero y Virgilio—exclamaba Denis—pero también Escocia tiene su Eliseo, sus bardos, sus guerreros, sus campos de brezo, sus colinas de plata y luz. Osián! Nunca marchitarán los años esos laureles del Norte agrupados en torno de tu sién.....» El clamor general fue que Homero quedaba eclipsado, y que no servía A quiles para descalzar á Fingal, el de los rubios cabellos. ¿Y quién se atrevería á discutir esta opinión profesada á la vez por el Júpiter de la guerra y por el del arte, por Napoleón y por Goëthe? Mientras Goëthe decía sin ambajes: «Osián ha suplantado á Homero en mi corazón», el vencedor de Europa, á su vuelta de Egipto, murmuraba enojado al oír un canto de Homero: «Basta de palabrerías», y rompía á declamar entusiasmado los poemas de Osián.

Osián traspasó los límites de la influencia literaria: fue una moda y un contagio. En los relojes de sobremesa, en los jarrones de Sèvres de la secatona época imperial, todos recordamos haber visto á Oscar y á Malvina, á Osián apoyado en su arpa, á Fingal moribundo. La fantasía se llenó de rayos de luna y espectros de niebla, de héroes muertos y de cráneos humanos en que se bebía hidromiel; de cascadas espumosas y mugidores torrentes, y estos atributos destronaron á los cipreses, sauces y mausoleos impuestos por el poeta inglés Eduardo Young y sus lúgubres *Noches*. Los poemas de Osián son el romanticismo que le podía caber en la cabeza á Bonaparte: aquella lista de hazañas y aquel culto del heroísmo le cuadraban tan bien como las óperas de Wagner á la fundación del imperio alemán.

Hoy cualquiera trata de miopes á los que tragaron como

pan bendito la superchería de Macpherson, que era realmente el único autor y forjador de los poemas á Osián atribuídos. Cuando todo el mundo es miope, como que si no lo fuese nadie. Excepto algunos eruditos ingleses que sospecharon el fraude desde el principio, Osián engañó á la gente de más fuste de Francia, Italia y Alemania. Leyendo yo en un libro acerca de la engañifa osiánica que el falsario Macpherson no tenía talento, pensé qué haría si llega á tenerlo. Más que engañifa se puede llamar á los poemas de Osián restauración artificiosa, pues están inspirados en viejos cantos auténticos y rudos del país de Gales. Por otra parte contienen grandes bellezas; el forjador poseía alientos de poeta, y á no haberse conocido la mácula, los cantos de Osián se contarían hoy entre las obras maestras del arte. No es justo despreciarlos porque los compusiese, en lugar de Osián, hijo de Fingal, un maestro de escuela del siglo XVIII, y Macpherson podría recordar en su abono aquella conocida fábula de Iriarte, que termina así:

«Pues mire usted: Esopo no la ha escrito:
salió de mi cabeza.—¿Conque es tuya?
—Sí, señor erudito:
ya que antes tan feliz le parecía,
critíquemela ahora porque es mía.»

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONÉS

Nadie puede negar á los poemas osiánicos la cualidad de haber satisfecho plenamente las exigencias de una época en que el espíritu, cansado de cuentecillos picarescos, hastiado de las flores de trapo del ingenio, reclamaba á voces un baño de tristeza ensoñadora; no quería sol, y suspiraba por las nieblas y las brumas septentrionales. Eterna gloria de la Staël es haber servido en tan decisivos momentos como de brújula, señalando fijamente hacia el Norte.

La baronesa de Staël (1) es el único escritor francés que á

(1) Luisa Germana Necker, baronesa de Staël Holstein. Nació en París en 1766; murió en París en 1817.

principios del siglo puede hombrearse—empleo á propósito el verbo—con Chateaubriand. Así como éste representa la contrarrevolución, el renacimiento del cristianismo estético y el blanco pabellón de las lises, la hija de Necker simboliza la causa de la libertad política, el optimismo y el análisis. Expliquemos bien en qué sentido era revolucionaria aquella mujer magnánima. A nadie le parecieron más odiosas que á Madama de Staël las sangrientas orgías del Terror: y cuando vió á María Antonieta calumniada y arrastrada por el fango, elevó la voz para defenderla con ardimiento generoso. Pero los horrores de la Revolución, que la consternaron, no hicieron vacilar su esperanza consoladora y firme; comprendió que nada violento es durable, y que después del cataclismo tenía que venir una época fecunda de gloria y de luz. Acaso Madama de Staël, al decir de algunos, se hizo la cuenta de aquél que se convirtió al catolicismo por haber visto grandes escándalos en sacerdotes, pensando que, sin remedio, es verdadera una religión que dura y persiste á despecho de tales ministros. Si la libertad salía viva de entre un diluvio de sangre y cieno, es que había en ella divina virtud.

En pocas palabras se cuenta la vida privada de Madama de Staël. La historia de su corazón sencillamente revela ternura y bondad: profesó un culto ardiente á su padre, el famoso Necker; fue casada dos veces, la primera con un diplomático, el Barón de Staël Holstein, calavera y derrochador, de quien tuvo que separarse; la segunda, con un joven enfermo, llamado Rocca, á quien compadecía y cuidó asiduamente; fue madre apasionada, y penas y afanes maternales quizás contribuyeron á abreviar su vida. Son tan conocidos estos datos como el episodio amoroso con Benjamín Constant, el autor de la indiscreta novela *Adolfo*: pero la vida privada es el elemento secundario de la biografía de la Staël. Los datos significativos y que á la posteridad le importan, son los del dominio público, la historia intelectual y política de una mujer que permaneció de pie mientras los demás se postraban, y creyó mien-

tras los demás caían en el desaliento. Hay que decirlo muy alto—escribe Pablo Albert;—Madama de Staël demostró más valor que casi todos los hombres de su época. Para aquilatar el alcance de este elogio, es preciso recordar cuál fue la suerte de las letras bajo el Imperio; observación que hará comprender mejor que el romanticismo no se desarrollase plenamente hasta la época de la Restauración.

Napoleón atribuía suma importancia á la literatura. No sólo fue escritor de singular energía, orador militar de fascinador laconismo, y, según el dicho de Bourget, el primer psicólogo entre los modernos, sino que, al proponerse reinar y fundar dinastía, aspiró á que se recordase su tiempo como era gloriosa, no sólo en los campos de batalla, sino también en la esfera intelectual. Nadie ignora sus esfuerzos para que floreciese el teatro, su decidida protección á Talma, y su tenacidad en atraerse á los escritores, empezando por el águila, Chateaubriand, y siguiendo por aves de más bajo vuelo, Bernardino de Saint Pierre, Bacur Lormian, Arnault y el hábil Fontanes. A muchos les pensionó, á otros les coronó de laurel, á todos les halagó, mostrándose con ellos expansivo y campechano. Quería que, según se dice «el siglo de Pericles» ó «el siglo de Augusto,» se dijese «el siglo de Napoleón».

Por desgracia, la restauración literaria que Napoleón procuraba fomentar era hermana de la restauración religiosa tal cual él la entendía, y de las demás restauraciones que en todos los órdenes de la vida iban produciéndose: meros resortes de la política imperial. En manos del hombre que declaraba serle indiferentes Mahoma y Cristo, conviniéndole más Mahoma porque al fin predicó con el alfange, la religión se convertía en un bando de buen gobierno, y la literatura en elegante pórtico para el templo de la Victoria. Deseando protegerla, entendía que se sometiese sin chistar. Los alardes de emancipación de las letras y del pensamiento, estaba pronto á castigarlos con el látigo. Iba á su fin aquel hombre, á quien no puede regatearse el dictado de grande, pero cuya grandeza, basada

en desenfrenadísima ambición, estaba toda erizada de pequeñeces, como el puerco espín de púas.

Desde que da el previsto salto de primer Cónsul á César, suprime los periódicos y quiere tener á las letras en un puño. «Toda libertad espira — dice Chateaubriand, — y la moral consiste en escribir lo que agrada al soberano.» La crítica recibe inspiraciones del Emperador: si sale un libro nuevo, pasan por sus manos los juicios. De orden imperial se expide á los autores patente de inmoralidad, de mal gusto y hasta de locura. Si cae un pez gordo—verbigracia, la *Corina* de madama de Staël,—el mismo César coge la pluma y con sus manos vencedoras redacta lo que hoy llamaríamos el varapalo.

En medio de la sumisión universal, había en París un núcleo de gentes que tenía la audacia de pensar y decir lo que les parecía: eran los amigos de Mad. de Staël, la cual, siguiendo una costumbre ya tradicional en su familia, gustaba de rodearse de escritores y filósofos, y recibía en su salón á la flor y nata de la aristocracia intelectual. Molestábale á Napoleón el grupo independiente, y llamaba con afectado desprecio á los tertulianos de la Staël «los ideólogos, los metafísicos, buenos para echados al agua, bichos que se pegan á la ropa». Este desdén sañudo contrastaba con la indulgencia otorgada al grupo literario de Chateaubriand. Pablo Albert, que ha estudiado esta época con su acostumbrada sagacidad, hace notar el contraste. Publica Chateaubriand el *Genio del Cristianismo*, y le nombran secretario de Embajada; publica la Staël su obra *De la literatura*, y la destierran, iniciando así la persecución no interrumpida con que engrandeció á la escritora el árbitro del mundo. Y es que los reaccionarios no eran peligrosos para Napoleón: obra de reacción tenía que hacerse, y mejor si la impulsaban las letras. Lo que podía dar cuidado al liberticida era la vestal que amparaba con la mano la llama moribunda del sagrado fuego, la que aún se acordaba de la libertad, de la igualdad, del derecho, y podía hacer que los demás se acordasen. «Repugnábanle á Napoleón—dice Ville-

main —las doctrinas de progreso social, que habían iniciado la Revolución y podían continuarla. La literatura nueva le parecía una especie de insurrección.»

Desigual era la lucha entre el César y una mujer sin más armas que su pluma, pluma que jamás se ejercitó en la sátira y el denigramiento. No cabía en la *Staël* la prevención de ocultar bajo la ropa el puñal de una invectiva feroz como la que Chateaubriand tituló *De Bonaparte y de los Borbones*. Sería, pues, inverosímil, si no fuese tan cierto, que Napoleón temía á la *Staël*. Temía, sí, á su mágica palabra, á sus escritos revestidos de la toga viril, á su tertulia, último refugio del alado ingenio. En el libro titulado *Coppet y Weimar* encuentro á este propósito el relato de un curioso incidente. Sabedor el joven barón de *Staël*, hijo de la escritora, de que Napoleón pasaba por Chambery, tuvo la ocurrencia de presentársele y rogarle que alzase á su madre el destierro. «Dígale usted—respondió el Emperador—que mientras yo viva no volverá á París; porque si volviese, no se reprimiría; recibiría visitas, diría agudezas, á que ella no atribuye importancia y yo sí, porque lo tomo todo en serio. Vivo en París y allí no consiento gente que no me quiera bien. Si va, me levantará de cascos á todos mis amigos; hablará de política; hará mil diabluras... Me gusta que un hijo defienda la causa de su madre, pero no insista usted, que nada conseguirá.»

Ciertamente era Napoleón un hombre rodeado de terribles enemigos, y su caída demostró cuánto se le odiaba en Europa. ¿Qué podía importarle uno más, unas faldas? Pues se diría que ninguno le importó tanto. Contrasta con la moderación y dignidad del tono de la *Staël* el encarnizamiento de su perseguidor, que aun desde el peñón de Santa Elena, cuando debía rumiar desengaños, se entretiene en hacer que el poco verídico *Memorial* calumnie á la *Staël* del modo más soez, con chascarrillos de cuerpo de guardia. La guerra de agudezas y chirigotas que Napoleón recelaba, la hacía él por adelantado. No se recuerda ninguna frase de la *Staël* que se pueda comparar á esta

de Napoleón: «Conocíamos á la urraca ladrona, y ahora aparece la urraca sediciosa.» Bien puede afirmarse que hubo pocas persecuciones más tenaces que la que Madama de Staël sufrió. Empezó por los palos críticos de orden ó puño imperial; siguió por la orden de destierro, en 1803, tan apremiante, que negaron á la desterrada tiempo para consultar á su hija con un médico antes de partir; arreció haciendo extensivos los mismos rigores á los amigos y amigas de la Staël, incluso á Madama Recamier; los periódicos recibieron orden de no dar cabida á ningún artículo suyo, y al imprimirse en París el después famosísimo libro *De Alemania*, siendo ofrecido un ejemplar á Napoleón con una epístola respetuosa en solicitud del alzamiento de destierro, la respuesta fue una carta insultante del duque de Rovigo y la orden de volverse á Suiza ó embarcarse para América. Abrumó á la Staël este último golpe, y le arrancó una queja: «Tal nube de dolor me rodea, que ni sé lo que escribo.»—A veces, sin embargo, el dueño del mundo intentaba congraciarse con la Staël. En cierta ocasión la propuso alzar su destierro si celebraba el nacimiento del rey de Roma: «Todo lo que por él puedo hacer—respondió la Staël—es desearle una buena ama de cría.»

Es fuerza reconocer en este duelo á muerte entre el rey de reyes y la gran literata algo más que el enojo que causan los alfilerazos del ingenio y los fuegos artificiales de una conversación chispeante y arrebatadora. Lo que Napoleón no podía sufrir en la Staël era el pensador independiente, el observador sagaz que le caló á fondo desde el primer instante, y dijo, entre elogios á las superiores facultades del gran capitán: «Este hombre no considera á los demás como semejantes, sino como hechos ó cosas. Para él no hay sino él; las demás criaturas son cifras. Es un hábil jugador de ajedrez; la humanidad su adversario, y se propone dar jaquemate.» Quien así se expresaba era uno de esos resonantes clarines del pensamiento, á cuyo toque caen por tierra los más recios muros y las torres más altas. Cierta día, quizá acordándose de la Staël, dijo Napoleón

á uno de sus adictos, el consejero literario de Chateaubriand, Fontanes: «¿Sabe usted lo que más me admira en el mundo? La impotencia de la fuerza para organizar. Hay dos poderes, el sable y la inteligencia, y la segunda acaba siempre por derrotar al primero.»

El mejor amigo de la Staël no hiciera más por su gloria de lo que hizo Napoleón al perseguirla de muerte. Los diez años de destierro fueron, sin duda, amarguísimos para aquella naturaleza más expansiva que soñadora, que no podía vivir sin trato y sociedad, que ante el lago Lemán echaba de menos el arroyito de su calle en París, y que, sin duda, entre los afectos humanos, prefería á todos la amistad fundada en la inteligencia, y componía sus libros hablando, al fuego creador de la conversación animada y libre. La nostalgia de la sociedad y de la patria debió de precipitar su muerte, ocurrida á una edad en que las facultades del juicio, en ella dominantes, están en su plenitud; pero el destierro maduró el talento y ensanchó el horizonte á la Staël: lo prueba la diferencia entre sus dos libros capitales, *De la literatura* y *De Alemania*. El segundo, el libro del destierro, es la obra maestra. En el primero todavía predomina la influencia del siglo XVIII y las reminiscencias del salón de Necker: en el segundo hay ambiente universal, y lo hay por primera vez en Francia. Es el evangelio de la estética nueva; de ese libro han de derivarse las ideas críticas y el gusto del siglo entero, no sólo en la revolución romántica, sino en las fases sucesivas del movimiento literario: por ese libro es justo el encomio que dedica Menéndez y Pelayo á Madama de Staël, de la cual dice: «Esta mujer, después de haber sido por muchos años la gran sacerdotisa del ideal, todavía influye en nosotros, si no por sus libros apenas leídos ya, por el jugo y la médula que estos libros contenían, y que se ha incorporado de tal modo con la cultura moderna, que muchos que no han leído página alguna de esas obras están penetrados y saturados de su espíritu, y en rigor podrían adivinarlas. Todo el mundo es plagario de Ma-

dama de Staël sin saberlo. El espiritualismo y el liberalismo de este siglo han estado viviendo á los pechos de esta madre Cibeles.»

Es, en efecto, Madama de Staël un inmenso filón de oro que el siglo XIX ha ido acuñando en moneda que circula por todas partes. Corren esas monedas sin llevar estampada la efigie de Madama de Staël; pero el metal de ella procede. Toda la crítica moderna, la comprensiva y sugestiva, la que enseña á admirar, á disfrutar y á sentir, nace de la Staël. El libro de *Alemania* sólo podía escribirlo después de peregrinar por toda Europa una persona tan saturada de simpatía y de curiosidad intelectual que, sin ser poeta ni artista, vibraba como las cuerdas de las arpas eolias al soplo de las corrientes poéticas. Los descubrimientos y las invenciones de Madama de Staël en materia crítica, no se aprecian ya, á fuerza de estar desestancadas, de beneficiarlas todos. Sucédele á la *Alemania* lo que al *Genio del Cristianismo*: la obra que cumplieron parece que se hizo sola.

Pertenecen á Madama de Staël las siguientes ideas hoy generales: el carácter propio de las literaturas, la rehabilitación histórica de la Edad Media (período que, sin embargo, la Staël no *sentía*), el valor de Shakespeare y de los humoristas ingleses, la influencia de las instituciones y las costumbres en la literatura, la distinción entre el espíritu de la sociedad antigua y el de la moderna, la superioridad de las instituciones políticas inglesas, el valor psicológico del misticismo, la influencia del espíritu caballeresco sobre el amor y el honor, la inestabilidad y universalidad de la poesía y, por no alargar más el catálogo, la distinción entre la poesía clásica y la romántica, palabra que por primera vez escribió la Staël en lengua francesa, y el consolador aunque discutible sistema de la perfectibilidad.

De Alemania se sabía en Francia poco ó nada cuando la Staël hizo de Colón de aquel mundo desconocido, que, á diferencia de Colón, descubrió sabiendo que lo descubría. A lo

sumo conocían algunos curiosos el *Werther*. El botín recogido por la Staël deslumbró, y no era para menos. Aquellos nombres ignorados que estampaba la Staël, aquellos escritores y pensadores eran Lessing y Schiller, Goëthe y Herder, Guillermo y Federico Schlegel; eran Kant, entre los hielos de Koenisberg, «contemplando con recogimiento su propia alma», Fichte creando, con la actividad de la suya, el universo entero, Schelling elevando la materia á la dignidad del espíritu, Jacobi fundando la ética en la religión; eran los que desde la fecha de su descubrimiento no han cesado de irradiar sobre Europa. Tal fue la obra del libro de *Alemania*, en que hay que reconocer el sabroso fruto de una madurez enriquecida, no sólo con los dones de la experiencia y la reflexión, sino con esa paz y serenidad que adquieren los caracteres nobles y elevados, aunque les falte el sello de la adversidad, con sólo el paso de los años y la calma de las pasiones. El tiempo, que amarga, enfría ó petrifica otras almas, aclaró y depuró la de Madama de Staël, convirtiéndola gradualmente del racionalismo al cristianismo, de la filosofía del siglo XVIII á las creencias espiritualistas, y mientras Chateaubriand se encastillaba en su egoismo altanero, la Staël, moralmente más grande que su ilustre émulo, daba el ejemplo edificante y nunca bastantemente alabado de la caridad intelectual.

También de la Staël se había apoderado, á última hora, la tendencia espiritualista, idealista y neocristiana, luz del albor del siglo XIX que hoy vuelve á alumbrar los últimos arreboles de su ocaso. Más sincera que la que hoy presenciamos fue la crisis de religiosidad de principios del siglo: la causaban circunstancias y fuerzas de otra magnitud. El gran sacudimiento social á que habían cooperado con su mofa y su crítica gruesa los enciclopedistas, tuvo por desenlace el despotismo militar, y dos períodos tan violentamente activos y á la vez tan represivos como el Terror y el Imperio dejaron á las generaciones abrumadas y exhaustas la herencia de la melancolía. La tierra no estaba cansada de dar flores, según la frase del

poeta, sino de beber sangre y de ser herida por los cascos de los corceles de batalla. Victorias y reveses, páginas gloriosas y páginas de duelo, incendios y entradas triunfales, quintas y levadas enormes y carnicerías tremendas, la férrea disciplina y el continuo redoble del tambor, eran grave pesadumbre que comprimía la expansión del alma. Al verse libre de la tiranía de la acción, respiró, recobró sus derechos, sintió el aura emancipadora, y al mismo tiempo la pereza contemplativa, la necesidad de sentarse al pie de un árbol, á contemplar cómo corre el agua y se disipan las nubes del cielo. La Restauración, con la inteligente tolerancia artística de Luis XVIII, favoreció á la plenitud del pensamiento y del sentimiento, de la imaginación y de la razón, y, sobre todo, del individualismo. El romanticismo se anunciaba cristiano y monárquico, y ofrecía, como prenda de su inspiración religiosa, las *Meditaciones* de Lamartine.

EMILIA PARDO BAZÁN.

POETAS AMERICANOS

EL HIERRO

Á Diego Uribe.

Como un negro gigante que dormita,
De Norte á Sur tendido sobre el Ande ,
En las entrañas del volcán palpita
Y en la tierra sus hálitos expande,—
Libertador guerrero,
Dominador del Universo entero,—
En silencios recónditos se agita,
Y al son de subterráneas tempestades,
No ansiando más victorias,
Transmite á las edades
Sus terríficas y épicas historias.

El descuajó la recia entalladura
De basaltina colosal montaña,
Venció la bestia uraña
Y abatió la cimera á la llanura;
Y en lid siniestra obscura
Desde Adán á Nemrod halló en el mundo
Al hombre moribundo,

Rotas las manos, mísero, ulcerado,
Comprando á precio de su sangre un fundo,
Y á su destino inapelable atado,
Le vió vagar errante
En triste, enhambrecida caravana,
Y hundir la mar lejana,
Y cruzar el desierto
Sobre un endeble vástago oscilante
Bajo el cálido soplo del levante.

Y en hosco, aciago día,
Le vió demente, incierto,
Asaltar el espacio, y falto de alas,
Fabricar las babélicas escalas
Del barro vil de la soberbia impía,
Y luego derrumbarse. Entonces, rotos
Sus veneros ignotos,
Se reveló al proscrito.
Él, al hallarle, un estentóreo grito
Lanzó de gozo: y dueño del arcano
El pensador humano,
Lo lamina en el riel y lo flagela;
Lo enrola bajo el yunque y lo modela;
En hoces, en cilindros lo transforma;
Ora en escoplo, en broca, en pincho, en garra,
En tenazas ó en barra,
O ya en arados; luego lo pasea
De la nave en la enhiesta chimenea,
Del túnel bajo el negro soterrado
O en recio acantilado.
En donde quiera que su luz flamea
Lo mima, lo acaricia ó lo desgarrá,
Y al domeñar la selva con su tajo
Abre al noble trabajo
El tesoro de todas sus arterias:
Que el hallazgo del hierro el oro trajo

Remediador de todas las miserias.

El domador enano,
Su túnica al volver al polvo vano,
Oye al Hierro decir sobre su loza,
Puesto en cruz redentora y misteriosa:
—«Estás vencido ya: yo soy más fuerte
Que tu vida enlazada con la muerte.»

Mas en el mismo instante
El eco de una lira resolante
Responde al hierro duro:—«Atrás, impuro,
Indomable materia: yo, en la altura,
Libre y de nuevo sobre tí triunfante,
Veré triste, errabundo,
En tus negras partículas al mundo,
Flotar rota la nada agonizante.»

AGRIPINA MONTES DEL VALLE.

*
* *

¡PASÓ!

En lo profundo de la selva añosa,
Una tarde al caer el tibio Mayo,
Tocó en la vieja enredadera hojosa
De la luna naciente el primer rayo.

Poco tiempo después, la luz de aurora
Del gas en la estación iluminaba
El paso de una audaz locomotora
Que sobre el riel durísimo cruzaba.

Y en donde en otro tiempo pendió el nido,
Albergue muelle del alado enjambre,
Cruzó el espacio ralo un escondido
Telegrama de amor por el alambre.

J. A. DE SILVA.

CITA

Cuando á mi lecho por la vez primera
La triste muerte se acercó enlutada,
Con suplicante voz la dije:—«Espera:
Me ha prometido un beso mi adorada.
»En otros sitios de dolor invoca;
Busca á los que han gozado y han sufrido;
No sintiendo los besos de su boca,
¿Cómo puedo morir si aún no he vivido?
»Hay para todos unas cuantas flores
Y espinas muchas; ¡el placer es breve!
Dios ya me dió mi parte de dolores;
Mas mi parte de dichas, me las debe.
»No pido gloria: ¡nada más que un beso!
Ni lauros, ni riqueza he codiciado;
Quiero sentirme entre sus labios preso,
Y luego diré á Dios:—¡Ya estoy pagado!
»Deja importuna que amanezca el día:
Irme no quiero con la noche obscura:
Espera unos instantes todavía:
¡Un beso nada más! ¡tan poco dura!
»Siempre temprano la risueña aurora
Tras la noche de amor, surge en oriente,
Y bajaré á la tumba hospedadora
A soñar con su beso eternamente.
»Para todas las flores hay rocío;
Todos los años tienen primavera;
Déjame á solas con el sueño mío;
¡Oh muerte, buena amiga, espera, espera!»

Y la enlutada, pálida y hermosa,
Por mi súplica amante conmovida,
Se alejó de mi lecho, pues piadosa
Me dejó la esperanza con la vida.

.....
.....

Pasan los años tristes y pausados;
El dulce beso á mi cariño niegas;
Y pensando en tus labios adorados,
Ya le digo á la muerte:—«¿Cuándo llegas?»

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

EL AÑO SOCIOLÓGICO 1898

I

Ya el año pasado, al explicar el propósito que perseguíamos escribiendo este resumen del movimiento sociológico en libros y revistas, cuáles son las fuentes á que se indicaron refiere nuestra consulta (1). Las mismas publicaciones, aprovechadas entonces, son las que vamos á poner á contribución esta vez, para dar una idea breve, y á ser posible, clara, de las corrientes que siguen imperando en los cultivadores de la Sociología, de los problemas de esta ciencia que más parece que interesan á los que la estudian, y de las indagaciones más notables efectuadas en los diversos campos de aquélla, durante el período de tiempo á que nuestras fuentes se contraen.

Las publicaciones sociológicas á que se alude, recordará quizá el lector, que son los *Annales de l'Institut international de sociologie* y *L'Année sociologique*, dirigida la primera por el señor Worms, y la segunda por el profesor Sr. Durkheim. Para este artículo nos serviremos del volumen de los *Anales*, publicado en 1899 (2) y que contiene los trabajos originales sobre

(1) Véase *El Año Sociológico*, 1897. LA ESPAÑA MODERNA, Diciembre, 1898.

(2) París: Giard y Brière, editores.

problemas de Sociología, de los miembros y asociados del Instituto internacional citado, hechos durante el año 1898, y del volumen del *Anuario*, publicado también en 1899 (1) y que contiene el resumen crítico y bibliográfico de los estudios de Sociología que vieron la luz en 1897-1898. Aunque la estructura respectiva de estos volúmenes es la misma que hemos estudiado y descrito en el *Año sociológico* anterior, conviene, sin embargo, decir algo sobre su composición. Los *Anales*, como es sabido, son una publicación destinada, normal y principalmente, á dar cuenta de los trabajos presentados ó discutidos en los Congresos que periódicamente celebra el Instituto internacional de Sociología; pero los años en que, como ocurre en el de 1898, no ha habido Congreso, los *Anales* contienen unas cuantas monografías de los sociólogos asociados. Así, de los cinco volúmenes publicados, los de 1895, 96 y 98, contienen trabajos respectivamente de los Congresos de 1894, 95 y 97, mientras los de 1897 y 99 insertan monografías escritas por los sociólogos de los diferentes países, en los años de 1896 y 1898. De este modo, los *Anales* tienen una continuidad más efectiva, y sirven de mejor manera para reflejar las preocupaciones dominantes en la labor sociológica internacional, dando de un modo normal una buena ocasión para que los cultivadores de la ciencia comuniquen al público los resultados obtenidos por algunas de sus más importantes investigaciones. En cuanto al *Año sociológico* poco hay que decir, por lo que toca á su estructura material, ó sea á la composición y distribución de sus elementos de información. Es todo esto casi idéntico á como aparecía en el volumen primero del *Año sociológico*. No obstante, el Sr. Durkheim, obedeciendo á indicaciones atendibles, ha procurado mejorar su publicación. Y así ocurre que el número de los trabajos analizados es mucho mayor, esforzándose por hacer la clasificación lo más racional posible. Hay también en el volumen de este año

(1) París: Félix Alcan, editor.

E. M.—Enero 1900.

primeramente una sección más: la de *Morfología social*, y contiene un amplio índice alfabético, que facilita de un modo notable el manejo del libro.

Importa notar más detenidamente, al dar cuenta del *Año sociológico*, como fuente de información científica de la Sociología, y antes de pasar á recoger los datos aprovechables de las dos publicaciones, el carácter propio que el Sr. Durkheim quiere dar á su trabajo, ó, mejor, al conjunto de los trabajos que el *Año* comprende: en otros términos, conviene recoger las indicaciones que el sociólogo citado hace en el prefacio del volumen que estudiamos, para explicar el propósito que con el *Año sociológico* persigue. Revelan estas indicaciones un concepto de la Sociología y de los límites de esta ciencia, que se debe conocer. Ahora bien; para conseguir mi objeto, bastará copiar algunos párrafos del indicado prefacio:

«Se puede, sin duda, censurarnos, dice el S. D., por no ser bastante completos, ó bien por haber ampliado demasiado los límites de la Sociología. Cuando, como ocurre con demasiada frecuencia aún, se ve en la Sociología no más que una disciplina puramente filosófica, una metafísica de las ciencias sociales, los trabajos muy concretos é indefinidos que analizamos acaso parezcan fuera de lugar. Pero *nuestro objetivo principal* (subrayo yo, para hacer notar la interesante opinión del Sr. Durkheim) *es precisamente reobrar contra esta manera de entender y de practicar la Sociología*. No negamos con esto la existencia de una *Sociología general*, que vendrá á ser como la parte filosófica de nuestra ciencia; reconocemos sin dificultad que la Sociología, en sus comienzos, no podía ni debía tener otro carácter. Pero ha llegado el momento de salir de esas generalidades y de especializarse.» (1). Naturalmente que cabe discutir este modo de imaginarse la filosofía social, ó bien la filosofía de la Sociología como una pura sociología general ó, mejor, como conjunto de generalidades; pero sería preciso

(1) *L'Année sociologique* cit., pág. I.

para ello discutir el concepto de la *filosofía* como ciencia de la *realidad social*, y esto nos llevaría muy lejos. Importa más continuar copiando al Sr. Durkheim. Las consideraciones que sigue haciendo son, á mi ver, muy dignas de tomar en cuenta. La Sociología, dice, «no se ha de confundir con las técnicas especiales que desde hace largo tiempo existen... Porque introducirá en ellas un espíritu nuevo. En primer lugar, falta á menudo en las mismas la noción de los tipos y de las leyes. Muchas de esas disciplinas, en efecto, tienden más á la literatura y á la erudición que á la ciencia; procuran más bien contar y describir hechos particulares que constituir géneros y especies y establecer relaciones. Pero lo que principalmente aporta la Sociología, es el sentimiento de que entre todos esos hechos tan diversos que hasta ahora estudian los especialistas con independencia, hay un parentesco estrecho... No sólo son solidarios hasta el punto de no poder ser comprendidos si se les aísla, sino que en el fondo son de la misma naturaleza: son manifestaciones diversas de una misma realidad: la realidad social. Y he aquí por qué el jurista debe estar al corriente de la ciencia de las religiones, el economista de la ciencia de las costumbres, etc., etc., sino que en todas esas diferentes ciencias, que tienen por objeto fenómenos de una misma especie, se debe practicar un mismo método.» Ahora bien; el principio de este método «es el de que los hechos religiosos, jurídicos, morales, económicos, deben ser tratados todos conforme á su naturaleza, es decir, como hechos sociales» (1).

El autor sigue aún haciendo otras oportunas observaciones, encaminadas á mostrar el carácter del método á que se refiere, y á justificar así, de un modo científico, la estructura del *Año sociológico*, el cual comprende, como veremos después en la parte de análisis y crítica de obras, no sólo las de *doctrina* de la Sociología, sino también aquellas en que se investigan las

(1) *L'Année sociologique*, pág. II.

diversas clases de fenómenos sociales. No es que sean éstas obras de Sociología en su sentido propio, sino que de un lado hay en ellas los materiales sobre que el sociólogo debe trabajar, y además conviene llamar la atención de los sociólogos y de los especialistas de la Historia, del Derecho, de la criminología, de la ciencia de las religiones, de la Economía, etcétera, etc., hacia el lado sociológico de los objetos respectivos de estas diversas disciplinas, llamadas á un tratamiento general, y en lo de general idéntico, en cuanto pueden estimarse, en cierto respecto, como verdaderas ramas de la Sociología.

II

Pasando ya á examinar los dos libros que tomamos como fuentes para nuestro objeto, cabe hacer una clasificación primera de cierta importancia. Tenemos de un lado las monografías de los *Anales* y las dos monografías también del *Año* del Sr. Durkheim, y de otro los análisis de libros, de artículos de Revistas y de meras indicaciones bibliográficas, distribuído todo ello en secciones, según hube de exponer en el trabajo del año pasado en LA ESPAÑA, y luego veremos; esta segunda parte de la información corresponde por entero al *Año sociológico*, pues el volumen que examinamos contiene también, como el anterior, además de estudios originales, todo el *arsenal* bibliográfico y crítico que la indicación hecha implica. Las monografías sobre asuntos sociológicos son las siguientes: en los *Anales*: *Plan de Sociología*, de Azcárate; *La inducción en Sociología*, de R. Worms; *La teoría orgánica de las sociedades: defensa del organicismo*, de J. Novicow; *La personalidad libre*, de C. N. Starcke; *Del derecho penal represivo al derecho penal preventivo*, de P. Dorado; *La venganza privada*, de R. de la Grasserie; *Sobre el derecho de coalición*, de A. Jaffé; *Formación y evolución del lenguaje*, de C. Limousin, y *La adaptación*,

¿es la ley última de la evolución humana?, de F. Puglia. En el Año: *De la definición de los fenómenos religiosos*, de E. Durkheim, y *Ensayo sobre la naturaleza y la función del sacrificio*, de H. Hubert y M. Mauss.

Si ahora con tan numerosos y ricos materiales á la vista, queremos apreciar las condiciones en que se va verificando el movimiento sociológico, y además cómo se va condensando el pensamiento científico en hipótesis más ó menos provisionales, pero al fin y á la postre de valor filosófico ó histórico muy para tenido en cuenta, nos encontraremos al pronto con la misma impresión de indeterminación confusa que advertimos en el resumen del *Año sociológico* de 1897. Persisten idénticas vacilaciones: la Sociología continúa siendo verdadero campo de batalla para cuantos intentan buscar una explicación positiva, y aun para cuantos admiten una explicación trascendental á los fenómenos sociales de la vida del hombre. Sin embargo, cada vez se significa más la necesidad de una constitución sintética, unitaria, de la ciencia social, y de una explicación filosófica de todos los fenómenos sociológicos. Pero prescindiendo de estas apreciaciones, que es más lógico hacer luego que hayamos examinado las fuentes, á fin de introducir algún orden en el asunto, veamos qué respuesta nos dan los materiales que proporcionan ambos anuarios á las cuestiones que en el *Año sociológico* de 1897 formulábamos, á saber:

- 1.º Qué es la Sociología y cuál es su contenido.
- 2.º Qué problemas sociológicos interesan más.
- 3.º Qué aspectos de la vida humana, como vida social, se estudian preferentemente, indicando esta vez el lugar correlativo que cabe señalarles, en atención al número de trabajos que cada uno ha provocado, y
- 4.º Qué tendencias pueden señalarse como imperantes en la investigación sociológica y en las conclusiones á que ésta va llegando.

III

Son varios los trabajos en los cuales puede encontrarse una determinación más ó menos expresa del campo de la Sociología y hasta una definición de la ciencia. La monografía citada del Sr. Azcárate entraña un ensayo, muy afortunado por cierto, de sistematización de la Sociología, en el cual se señalan los límites de ésta, y además se fija su objeto. La forma de programa del trabajo del Sr. Azcárate no permite inferir con toda claridad los términos exactos y precisos bajo que concibe todo eso nuestro compatriota, pero desde luego se ve de qué modo sabe recoger en una apreciación de conjunto materia tan dispersa y poco integrada como la *social*. El señor Azcárate, á partir de la sustantividad del objeto de la Sociología—naturaleza y vida de la sociedad—desenvuelve su plan dividiendo el contenido de la ciencia sociológica en *Filosofía social*, que se refiere á los principios, y *Biología social* ó *filosofía de la historia social*, que se refiere á las leyes de la vida social, cuyo contenido está en los *hechos*.

Fuera de la monografía del Sr. Azcárate, en el *Año sociológico* se analizan las siguientes obras ó artículos en los cuales se trata del problema capital de la naturaleza y contenido de la Sociología. *Les lois sociologiques*, de G. Tarde; *Representations individuelles et representations collectives*, de E. Durkheim; *Wesen und Aufgabe der Sociologie* y *Die sociale Frage im der Lichte der Philosophie*, ambas de L. Stein; *Dynamic Sociology-The psgchic factors of civilization-Outlines of Sociology*, todos de Lester Ward; *Social and Ethical Interpretations in mental development*, de Baldwin; *Principes sociologiques*, de Ch. Mismier; *Elementi di sociologie generale*, de E. Morselli, etcétera, etc. Conviene advertir que aun cuando en todos estos trabajos hay elementos y datos suficientes para inferir un concepto de la Sociología, y á veces una determinación de sus

límites, algunos de ellos, como v. gr. los de Stein, Durkheim y Baldwin, más bien sirven, con los de Schaffle, Goblot y otros, para fijar los caracteres dominantes en las tendencias más florecientes de la Sociología. De los trabajos citados, aquellos en los que el autor parece haberse propuesto el problema que examinamos con más detenida reflexión, son los de los señores Tarde, Ward y Morselli; este último es de carácter elemental, y además el *Año* sólo hace respecto de él una brevísima indicación. *Les lois sociales*, de G. Tarde, interesantísimo trabajo de que ya he dado cuenta en LA ESPAÑA MODERNA, en las *Notas bibliográficas*, viene á ser un resumen de la concepción sociológica de este autor, expuesta ampliamente en *Les lois de l'imitation*, la *Opposition universelle* y la *Logique Sociale*. La idea capital para G. Tarde, de la Sociología, es la acción espiritual de una persona sobre otra: la imitación. Realmente la Sociología debe analizar los factores simples de la imitación, elevándose á las síntesis de las imitaciones que constituyen el substracto de todos los fenómenos sociales; la concepción sociológica de este ilustre escritor francés, entraña una gran rectificación del evolucionismo spenceriano, del organicismo sociológico, y una afirmación del sentido psicológico en la Sociología, como puede verse confirmado en los desarrollos que de la idea de la imitación ha hecho Baldwin. Las tres obras de Lester Ward, comprenden, como dice muy bien el expositor de las mismas en el *Año sociológico* (p. 167), un «verdadero sistema de filosofía social»: desarrollan una doctrina de la Sociología. El corte de este sistema es análogo á los de Comte y Spencer, emplea su método, y «la Sociología, según el referido expositor, aparece en él como la conclusión de toda una cosmología esencialmente mecánica, materialista y evolucionista». Para L. Ward, la Sociología se refiere á los hechos sociales, los cuales son tan necesarios y posibles de prever como los fenómenos vitales y químicos, pero sin que por eso se los equipare á los biológicos. L. Ward establece diferencias capitales entre la sociedad humana y los organis-

mos, y á pesar del carácter mecánico de la concepción sociológica, el autor entiende que el cimiento fundamental de la Sociología está principalmente en la Psicología. Los hechos sociales provienen de *fuerzas sociales*, las cuales, en definitiva, son variedades de una sola: el deseo que tiende á convertirse en placer. Sería imposible resumir aquí la doctrina de Lester Ward sobre el objeto y esfera de la Sociología, exponiendo sus ideas sobre la *estática* y la *dinámica social*, especialmente su concepto del *arte social* y de la índole teleológica de la acción humana. Sea, en verdad, cual fuere la opinión que se forme de todo esto, por mi parte considero la obra sociológica de Lester Ward como una de las más interesantes al lado de la de su compatriota Giddings. Porque conviene hacer una pequeña indicación, que en cierto sentido cuadra muy bien en este trabajo de pura información científica de la Sociología: hoy por hoy, uno de los países en que la elaboración de la Sociología se lleva con más fortuna y mayor brillo, es en los Estados Unidos; la labor de Lester Ward y de Giddings, unida á los trabajos de Small y Vincent y de Baldwin, constituyen una prueba indiscutible de lo que digo.

IV

Reproduzco la clasificación de las diversas cuestiones sociológicas que en el artículo del pasado año hacía, para determinar el interés despertado por las mismas entre los sociólogos y cultivadores de los diferentes aspectos de la vida social. Indicaré en primer lugar las *cuestiones de sociología propiamente dicha*, dejando para luego las *cuestiones relativas á aspectos sociológicos de la vida humana y de la historia*. Por lo que toca á las primeras, los sociólogos y aun ciertos *teorizadores* de la historia, han estudiado con preferencia problemas de *introducción*: es decir, problemas cuya resolución importa para construir la Sociología como disciplina sustantiva indepen-

diente. Por de pronto corresponden á este orden de investigaciones todos los trabajos que quedan citados más arriba, y referentes á la formación del concepto de la Sociología y á la determinación de su esfera y límites; pero además deben citarse trabajos escritos acerca de los puntos siguientes:

1.º El método en la Sociología ó en las ciencias sociales *L'induction en sociologie*, de R. Worms; los trabajos de Stein, *Sur l'état actuel et la methode des sciences sociales* de M. Darlu, (art. en la *Revue pedagogique*); *Alte und neue Richtungen in der Geschichtswissenschaft* y otros trabajos de K. Lamprecht. *Introduction aux Etudes historiques*, de Langlois y Seignobos, y otros. La nota más interesante que se advierte en estas diferentes indagaciones, la ofrecen, á mi ver, los trabajos de Lamprecht, y consiste en el influjo que las investigaciones sociológicas ejercen en la concepción y procedimientos de la Historia, así como las indicaciones que hace M. Seignobos para determinar el carácter distintivo de la Historia frente á la Sociología. En el excelente trabajo de R. Worms, importa mucho su indagación de la naturaleza de las *leyes*, el carácter especial de las leyes que debe descubrir la Sociología, y las consideraciones que hace para examinar el problema de las leyes que esta ciencia es capaz de formular, así como sobre las dificultades que ofrece la inducción sociológica.

2.º La clasificación de la ciencia social y relaciones de la Sociología, especialmente con la Historia y con la Psicología.—Debe citarse en primer lugar el libro de E. Goblot, *Essai sur la classification des sciences*, en atención á que el autor se eleva á una amplia consideración del conjunto de las ciencias, únicamente para definir de una manera adecuada y fija la posición sistemática de la Sociología. Su punto de vista capital á partir de una concepción de la jerarquía de las ciencias, es que la biología, la psicología y la Sociología se comprenden en un mismo grupo de ciencias, lo cual le lleva á mantener en cierto modo la doctrina orgánica de las sociedades: las sociedades-organismos. De todas las relaciones de la Sociología,

las que más parecen interesar á los sociólogos son las que ésta mantiene con la psicología: basta ver los trabajos del mismo E. Goblot, los ya citados de Tarde, Durkheim, Ward, Baldwin, y *The social Mindl and Education*, de Ed. Vincent.

3.º La naturaleza de las sociedades: problema éste debatido en muchos de los trabajos ya citados y, además, tratado de una manera especial en la monografía de J. Novicow, inserta en los *Anales* de M. R. Worms.

4.º Otras cuestiones especiales, como las tratadas en las monografías de los *Anales*, y en muchos de los libros y artículos del *Año*, según veremos á continuación.

V

La primer observación que se ocurre hacer considerando de una manera general los datos que, sobre todo, el *Año* de E. Durkheim ofrece respecto del movimiento del pensamiento científico acerca de los fenómenos sociológicos, es la gran importancia que alcanzan los estudios sobre las ideas, las instituciones, las costumbres y la vida religiosas. En primer lugar, en las monografías originales del *Año* se trata de este orden particular de la actividad y del saber humanos. Como hemos visto, el Sr. Durkheim se esfuerza por *definir el fenómeno religioso*, y los Sres. Hubert y Mauss escriben un ensayo sobre *la naturaleza y la función del sacrificio*. Por otro lado, en las secciones de análisis y crítica expositiva de obras, la titulada *Sociología religiosa* es la que contiene mayor número de libros examinados: llegan los estudios críticos, largos, detenidos, á cincuenta y cuatro, correspondientes á otras tantas publicaciones sobre introducción—método—religiones primitivas, magia y supersticiones populares, creencias y ritos relativos á los muertos, cultos en general, cultos agrarios, mitos, leyendas, creencias populares, sacrificios, oraciones y misterios, instituciones mona-

cales, ascetismo, etc. Además, los Sres. Durkheim, Mauss, Hubert y Levy, que son los encargados de esta sección, anotan, con más ó menos detenimiento, otros setenta y un estudios sobre las mismas materias indicadas. Ciertamente es que en la sección de *Sociología económica* se citan algunas obras ó artículos más que en la anterior sección de *Sociología religiosa*, pero téngase en cuenta que sólo se analizan detenidamente veinte trabajos de aquel orden. Estas dos secciones, y la titulada *Sociología moral y jurídica*, son aquellas en que se revela una mayor suma de trabajo científico, y por tanto, aquellas cuyos objetos parecen despertar más interés entre los sabios.

La observación que acabo de hacer respecto de la importancia alcanzada por los estudios sobre Sociología religiosa, está confirmada expresamente por el propio Sr. Durkheim, como vamos á ver, explicándola además de una manera que, si bien puede provocar algunos serios reparos, interesa conocer. «Al frente de estos análisis, encontrarán este año, como en el año último, los que se refieren á la Sociología religiosa. Sorprenderá acaso esta especie de primacía que por tal modo concedemos á esta clase de fenómenos; pero es que son como el germen, de donde todas las demás — ó cuando menos casi todas—se derivan. La religión comprende en sí, desde el principio, aunque en estado confuso, todos los elementos que, dissociándose, determinándose y combinándose de mil maneras entre sí, han dado origen á las diversas manifestaciones de la vida colectiva. De los mitos y de las leyendas han surgido la ciencia y la poesía: de la ornamentación religiosa y de las ceremonias del culto, provienen las artes plásticas; el derecho y la moral han nacido de las prácticas rituales. No es posible comprender nuestra representación del mundo, nuestras concepciones filosóficas sobre el alma, sobre la inmortalidad, sobre la vida, si no se conocen las creencias religiosas que han constituido su primera forma.» Podrá, como indicaba, discutirse el fondo filosófico y las razones sociológicas en que el profesor Durkheim apoya estas apreciaciones, pero quedará

en pie siempre el hecho del alto y universal interés despertado por el estudio de los fenómenos religiosos, y la utilidad indiscutible, preconizada por dicho eminente escritor «de llamar la atención de los sociólogos hacia esas investigaciones, haciendo entrever cuán rica es la materia y los frutos que de ella pueden esperarse» (1).

VI

Brevísimo, en verdad, tiene que ser el extracto de la numerosísima bibliografía que el *Año sociológico* contiene. Además de las dos monografías originales, analizan los colaboradores del profesor Durkheim, Sres. Richard, Bouglé, Lapie, Levy, Fauconnet, Foucalt, Hubert, Mauss, Muffang, Parodi y Simiand, unas ciento setenta y cuatro obras dando noticia de cerca de trescientos trabajos más. Entre las obras de que se da cuenta figuran algunas de españoles: las de los señores Sanz y Escartín (*El individuo y la reforma social*, edición francesa); Giner de los Ríos (*La ciencia como función social*); Dorado (*La función de la justicia en el porvenir*); Pulido (*La pena capital en España*); Soldevilla y Carrera (*La infancia y la criminalidad*); Sales y Ferré (*Tratado de Sociología*) (2).

Pero veamos ya cada una de las diferentes secciones del

(1) Ob. cit., pág. V.

(2) Quizá podría ser más numerosa la bibliografía sociológica de España, pero lucha el Sr. Durkheim con graves dificultades para obtener los ejemplares indispensables de las diferentes publicaciones sociales y sociológicas de nuestro país. Repetidas veces me ha hecho esta indicación el mismo profesor Durkheim, profesor en la Universidad de Burdeos. Realmente, si los editores y autores de libros, folletos y artículos sobre asuntos sociales enviasen á M. Emile Durkheim ejemplares de los mismos, para que de ellos pudiera darse cuenta en el *Año sociológico*, prestarían un buen servicio á la cultura patria, y en nada se perjudicarían á sí propios: todo lo contrario.

Anuario de por sí. Prescindimos de la primera, *sección de Sociología general*, porque más arriba hemos dado cuenta de los diversos trabajos que comprende. La *sección de Sociología religiosa* puede, en rigor, considerarse iniciada con las dos monografías ya citadas sobre la *Definición de los fenómenos religiosos*, del Sr. Durkheim, y sobre la *Naturaleza y la función del sacrificio*, de los Sres. Hubert y Mauss. El estudio del profesor Durkheim plantea el problema primero que una Sociología positiva de las religiones como fenómenos humanos debe plantear: á saber la *Definición de los hechos religiosos*. Después de una profunda investigación, Durkheim dice que «los fenómenos llamados religiosos consisten en creencias obligatorias, conexas con prácticas definidas que se refieren á objetos dados en esas creencias» (1), y llamamos además subsidiariamente fenómenos religiosos «las creencias y las prácticas facultativas que se refieren á objetos similares ó ásimilados á las precedentes» (2). El trabajo de los Sres. Hubert y Mauss, eruditísimo, recoge todos los antecedentes de la cuestión, y formula y considera los varios problemas que ésta comprende. La brevedad con que tenemos que hacer este resumen no nos permite copiar las diferentes conclusiones interesantísimas á que los autores llegan, y las cuales forman un verdadero sistema de alcance á la vez histórico y general. Los señores Hubert y Mauss parten en sus investigaciones de los profundos trabajos de los Tylor, Robertson, Smith y Frazer, ampliando muchísimo el círculo de sus consideraciones por virtud del análisis de nuevos hechos. La idea de la función y significado del sacrificio es fundamentalmente sociológica. «Como la sociedad está formada no sólo por hombres, sino por cosas y sucesos, presto se entrevé cómo el sacrificio puede seguir y reproducir á la vez el ritmo de la vida humana y el de la naturaleza. Por lo demás, ha podido verse de qué manera creencias y prácticas so-

(1) *L'Année*, pág. 22.

(2) *L'Année*, pág. 28.

ciales, que no son religiosas propiamente, se encuentran en relación con el sacrificio. Sucesivamente se ha determinado como contrato, rescate, pena, dón, abnegación, en las ideas relativas al alma y á la inmortalidad, que aún son la base de la moral común. Con lo cual se advierte la importancia que para la Sociología tiene la noción del sacrificio» (1).

La sección crítica y bibliográfica de *Sociología religiosa* contiene las obras y artículos de que se da cuenta, agrupadas en nueve divisiones (análogamente al *Año* precedente) en esta forma: 1.º Tratados generales y método (redactados los análisis bibliográficos por el Sr. Mauss); dos obras principales se examinan aquí: una especie de *introducción á la ciencia de la religión*, por C. P. Tiele, libro de un carácter esencialmente filosófico, y *The evolution of the idea of God*, de Grant-Allen, cuyo objeto es armonizar la doctrina de Frazer con la Sociología de Spencer, á fin de referirlo todo á una explicación del cristianismo. 2.º Religiones primitivas en general (redactados los análisis también por el Sr. Mauss): la bibliografía de este grupo es bastante numerosa; pero quizá los trabajos más dignos de atención son el libro de Daniel G. Brinton sobre *Religions of primitive peoples*, el cual, según Mauss, puede estimarse como «uno de los mejores estudios de conjunto que tenemos acerca de las religiones de los pueblos primitivos, tal cual el autor las define», y la monografía interesantísima de J. G. Frazer sobre el *Totemismo* (edición francesa): naturalmente, el libro de Frazer no se ha publicado ahora, es ya clásico en la materia: el *Año* habla de él con ocasión de su traducción francesa. Del *Totemismo*, que Smith pone como base de la organización familiar árabe, que Lang conceptúa como el principio de la mitología, habla también L. Marillier en unos artículos de la *Revue de l'histoire des religions* (*La place du Totémisme dans l'évolution religieuse*) y que en el *Año* se analizan. Importan, además, algunos otros estudios de Seidel,

(1) *L'Année*, pág. 138.

Young, etc. 3.º Magia, brujería y supersticiones populares (redactados los extractos por los Sres. Mauss y Hubert): analizan en este grupo, entre otros, los trabajos de King, Sehmman, etc. 4.º Creencias y ritos relativos á los muertos (redactados los extractos por los mismos escritores citados): figuran aquí libros tan importantes como el muy elogiado en su anterior edición de Erwin Rode, *Psyche*; J. M. de Groot, *The religions system of China*, «uno de los trabajos más notables que la ciencia de las religiones puede registrar desde hace largos años». 5.º Cultos en general, y más especialmente los agrarios (obra, los extractos, de los mismos autores citados y del señor Durkheim): contiene críticas é indicaciones de varios libros y artículos, entre los cuales figura el trabajo de J. C. Frazer, *Causanias's description of Green* (traducción y comentario), seis volúmenes. 6.º Mitos, leyendas, creencias populares (los extractos, de los citados Mauss y Hubert): es esta la división de la sociología religiosa que más trabajos comprende, figurando en ella obras de la importancia de las de Max Muller, *Nouvelles études de Mythologie*; Lang, *Modern Mythologie* (estudio principalmente polémico); Gruppe, *Griechische Mythologie und Religionsgeschichte* (parte de un trabajo más amplio, y cuya sistematización aún no se ha hecho); L. Pineau, *Les vieux chants populaires scandinaves* (estudio de folk-lore), y otros muchos que la falta de espacio impide señalar. 7.º El ritual (redactan los extractos los mismos escritores citados): refiérese á obras de M. Jastrow, Coblenz, Magani, etc. 8.º Las instituciones monacales y ascéticas, con extractos y noticias de los trabajos de Zoekler, Preuschen, Traube, etc. Y 9.º Estudios diversos sobre las grandes religiones (redactados los extractos y críticas por los Sres. Mauss, Levy y Hubert): se da cuenta en este grupo de los trabajos de A. Bertrand sobre la religión de los galos; de Wellhausen, sobre los israelitas; de Smythe Palmar, acerca del influjo de Babilonia sobre la Biblia y las creencias populares, etc., etc.

La sección siguiente titúlase de *Sociología jurídica y mo-*

ral. Se divide en diez grupos, de la manera que vamos á indicar: 1.º, *Generalidades*, por el Sr. Lapie, en donde se examinan trabajos de filosofía del derecho como los de Vaccaro. *Les bases sociologiques du droit et de l'Etat*, Fragapane. *Obbietto é limiti della filosofie del diritto*, y obras de Laviosa, Secretan, etcétera. Además se da cuenta de un folleto de A. Vierkand, muy interesante en verdad, sobre *las causas de la aparición de las costumbres nuevas*, y en el cual hay indicaciones que estimo muy sugestivas acerca del modo de investigar *la realidad social*, diferente según se trate ó no de la cuestión de orígenes. Por último, se habla de una nueva edición del libro de L. Gumpowich, traducido al español y mejorado notablemente por el Sr. Dorado, *Derecho político filosófico*. 2.º, *Las costumbres según el medio*, por el Sr. Durkheim: comprende extractos de dos libros muy notables de Meyer, *Deutsche Volkskunde y Hagelstande*, *La vida de los campesinos en la Alemania meridional en la Edad Media*. 3.º, *Moralidad sexual*. *La mujer*, por el mismo Sr. Durkheim; dáse cuenta de una obra muy documentada de W. Prudeck sobre la *Historia de la moralidad pública en Alemania*, anotando además otros varios trabajos. 4.º, *La familia*, por el mismo autor: dada la gran importancia filosófica é histórica de este asunto, nada tiene de extraño el buen número de estudios de que da cuenta el profesor Durkheim; figuran, entre ellos, el trabajo de H. Cunow sobre las *Bases económicas del Matriarcado*, ó sea una explicación de esta institución por el principio general del materialismo económico; el de Max Kovalewski acerca de *La organización del clan en el Daghestan*; el de Ciszewski, relativo al *Parentesco artificial entre los eslavos del Sur*, y otros de gran interés de Smirnov, Marçais, Lefas, Cornil, Thomas, etc., etc. 5.º, *El matrimonio*, también por el Sr. Durkheim; se analizan varios trabajos de Hutchinson, *Costumbres nupciales en los diferentes países*; Loebel, *Usos nupciales en Turquía*, etc. 6.º, *El derecho de propiedad*, por los Sres. Levy y Durkheim: deben señalarse los *Orígenes del feudalismo*, de Battaglia; la *Propie-*

dad social, de Garelli, y la *Civilización primitiva*, de Simeón. 7.º, *El derecho penal*, por los Sres. Fauconnet y Durkheim: figuran en este grupo bastantes obras, unas de carácter histórico, como los libros de Gismaro sobre *El derecho penal en el Hamasen y el Código Fethâ Neghest*, y otras; y otras de índole filosófica, como por ejemplo el trabajo de R. Saleilles sobre *L'individualisation de le peine*. 8.º, *La responsabilidad*, por el Sr. Fauconnet: en este grupo se comprenden estudios sobre a) *La responsabilidad penal*; A. Hamon, *Determinisme et responsabilité*, y b) *La responsabilidad civil*, J. Girard; *Manuel elementaire de droit romain*; Ch. Muteau, *De le responsabilité civile*; Saleilles, *Les accidents de travail et la responsabilité civile*. Son interesantes, muy especialmente, las consideraciones hechas por el Sr. Fauconnet acerca del carácter de la responsabilidad civil, y con ocasión de analizar el libro citado de R. Saleilles. 9.º, *Organización social y política*, por los señores Mauss, Lapie y Durkheim: examínanse libros de R. Fick, *Organización social en la India*; R. de la Grasserie, *L'Etat federatif*, etc.; y 10, *Varios*, por los Sres. Lapie y Durkheim: se extractan libros y estudios de Letorneau y Steinmetz.

Refiérese la *sección cuarta* á la *Sociología criminal*, y toda ella es obra del eminente sociólogo y criminalista G. Richard. Sin duda es esta sección una de las que ofrecen un carácter más sistemático y orgánico, resultado, de un lado del concepto que el Sr. Richard expone de la sociología criminal y de otro de la distribución que el mismo hace de las materias analizadas: el Sr. Richard, que con tanto cuidado sigue el movimiento científico de la criminología, bajo el epígrafe de *Sociología criminal y estadística moral*, comienza por examinar la cuestión del método, con ocasión del folleto del gran estadístico italiano Bosco (*La estadística civil y penal y la reunión del Instituto internacional de estadística de San Petersburgo*); luego analiza trabajos referentes á la *formación del criminal y á la criminalidad infantil*; L. Albanel, *Etude statistique sur les enfants traduits en justice*; H. Heim, *Conscritos y veteranos del crimen*

después extracta y critica varios estudios sobre el *determinismo económico y la criminalidad*; (v. gr.; P. Hirsch, *El crimen y la prostitución*; Nicéforo, *La delinquenza en Sardegna*); y á continuación, analiza unos cuantos estudios sobre *las formas diversas y los diversos factores de la criminalidad*; (verbi gracia; Dupuy, *Prostitución en la antigüedad*; Malignon, *Suicidio en China*; Berad, *La Anarquía*; etc.). Bajo el epigrafe general de *Psiquiatría y antropología criminal*, resume el señor Richard trabajos de Ottolenghi y Rossi, Gross, etc. etc. Por último, expone, bajo el título de *Varios*, estudios de E. Ferri y Perrier.

Comprende la *sección quinta* del *Año sociológico* los trabajos (muy numerosos y variados) sobre *Sociología económica*: está toda ella compuesta y escrita por el Sr. Simiand, teniendo, como la anterior, un corte sistemático su distribución. La sección de *Sociología económica* se halla dividida en cuatro grandes capítulos: el primero titúlase *Concepción de la ciencia económica*, y abarca trabajos sobre economía general y teórica, de Buecher, Schmoller, Cawes, Spencer, etc.; el segundo titúlase *Economía de los pueblos primitivos*, y contiene estudios de Boecher, Schurtz, y otros; el tercero lleva por epígrafe general *Antigüedad clásica y Edad Media occidental*, y comprende bajo títulos varios un gran número de trabajos; el cuarto, titulado *Economía moderna y occidental*, contiene el examen de estudios sobre *régimen económico, clases sociales, materiales etc.; legislación social, doctrinas socialistas etc.*

Como ya he indicado, la *sección sexta*, destinada á *Morfología social* (y escrita por el Sr. Durkheim), es una novedad del *Año* que examinamos. Pero, ¿qué entiende el profesor Durkheim por morfología social? Nos lo dice en el preliminar de esta sección. «La vida social, escribe, descansa en un substrato que está determinado tanto en su magnitud como en su forma. Lo que lo constituye, consiste en la masa de los individuos que componen la sociedad, la manera según la cual se hallan en el suelo, la naturaleza y la configuración de las

cosas de toda especie que afectan á las relaciones colectivas.» El substracto social cambia según la disposición de todo esto: densidad de población, su concentración en núcleos ó su dispersión territorial, etc., y esta disposición diferente influye sobre los fenómenos sociales... Ahora bien; los diversos problemas que el estudio de cuanto ese cambio de formas sociales supone, es lo que forma para el Sr. Durkheim el objeto de la *Morfología social*. La exposición de los trabajos en que el profesor Durkheim encuentra indicaciones aprovechables de esta nueva disciplina sociológica, se hace conteniendo aquellos bajo los siguientes epígrafes: 1.º *Morfología general*: hace aquí el autor citado un largo extracto de la obra de F. Ratzel (*Politische Geographie*): sabido es que Ratzel es uno de los grandes geógrafos modernos, que se esfuerza por dar á la Geografía política un carácter sólidamente científico, constituyéndola además como una verdadera ciencia social. 2.º *Masa y densidad social*: se extracta bajo este epígrafe la obra de Von Mayr: *Statisk und Gesellschaftslehre*. 3.º *Los grupos urbanos y su evolución*, con indicaciones sobre los trabajos de Ritschel, Kittegel, Meuriot, etc. etc.; y 4.º *Varios*.

La última sección comprende, bajo el epígrafe general de *Variedades*, algunos extractos de trabajos sobre *Ethología colectiva*, *Metodología estadística* y de *Antroposociología*, haciendo en este último análisis de los trabajos interesantísimos de G. Lapouge, Sergi, Ripley y otros.

VII

Procuraré, para terminar, hacer una brevísima indicación de las tendencias que parecen ofrecerse como más dominantes en los diversos estudios sociológicos que se registran en los *Anales* del Sr. Worms, y en el *Año* del profesor Durkheim. Prescindiendo de todo género de razonamientos, que, por ceñidos que fueran, me llevarían muy lejos, alargando más de lo

debido este artículo, creo que, considerando en conjunto el movimiento sociológico examinado, cabe hacer las afirmaciones siguientes:

1.^a Hay en los cultivadores de la Sociología una tendencia cada vez más acentuada á justificar científicamente, y de una manera altamente filosófica, la sustantividad doctrinal de la Sociología. Los trabajos de los Sres. Worms, Azcárate, Goblot, Ward, Stein y otros, son una prueba de lo que digo.

2.^a Consecuencia de esta tendencia misma son los ensayos indicados en su lugar oportuno, para construir sistemáticamente la Sociología. Véase, v. gr., los trabajos de Ratzenhofer, Stein, Ward y Azcárate.

3.^a Osérvase que cada vez se hace más flexible la indagación sociológica: en efecto, aun cuando los sociólogos en particular persistan en sus puntos de vista exclusivistas, la *materia* de la Sociología se presta á las aplicaciones eficaces de los métodos más diferentes y á las consideraciones filosóficas más diversas: bastaría para demostrar esto, comparar á Tarde con Durkheim, á Ward con Baldwin, á Azcárate con Stein, etcétera, etc.

4.^a Por más que, según se desprende de la afirmación anterior, todas las hipótesis sociológicas tienen sus representantes más ó menos animosos en el actual desarrollo de la ciencia, sin embargo, debe notarse que las tendencias que más dominan en la Sociología novísima son, de un lado, para explicar la naturaleza del fenómeno social, la tendencia psicológica, según puede verse en Tarde, Durkheim, Vincent, Baldwin y el mismo Schäfle en su edición nueva del *Bau und Leben des socialen Koerpers*; y de otro, atendiendo al género de problemas que más parece interesar á los sociólogos, la tendencia *ética*: basta, en efecto, para demostrar esta última indicación, recordar muchos de los temas de las monografías de los *Annales*, y lo nutridas que resultan en el Año las secciones de *Sociología religiosa, moral, y jurídica y criminal*.

5.^a Por último, ciertos estudios sociológicos de un carác-

ter particular á que en el artículo del *Año sociológico* anterior me refería: los relativos á la *sociogeografía* y *antroposociología*, persisten, como ha podido verse en la indicación hecha más arriba respecto de las obras y estudios de Ratzel y Lapouge.

ADOLFO POSADA.

HISTORIA DEL RELOJ

Consideraciones generales acerca de la importancia de este conocimiento.—Los astros fueron los primeros relojes que se usaron.—El reloj de sol.—El invento del reloj no es patrimonio de persona ni pueblo alguno.—Las *Clepsidras*.—El trofeo de Pompeyo.—Primer reloj verdaderamente tal.—Precioso regalo de un Califa á Carlo Magno.—Relojes hidráulicos.—El reloj de arena.—El brillo de las estrellas como reloj.—Primer reloj de ruedas.—Invención del reloj de bolsillo.—El reloj de Ticho Brahé.—Gran influencia del descubrimiento del péndulo en los progresos de la relojería.—Dedicatoria del holandés Huyghens al Rey Luis XIV.—El famoso Jacquemart de Dijón.—Otros relojes notables.—La relojería en Suiza.—El reloj de Newton.—Relojes célebres en España.—Artífices relojeros cuyos nombres han pasado á la Historia.—El reloj de Flora.—El reloj y la ciencia.—Cuerda de la vida humana.—Significación del reloj marcada por la poesía.

I

La historia del aparato que á cada instante nos dice lo que va transcurrido de nuestra existencia, y nos anuncia que se acorta el plazo fatal de su terminación, es una curiosidad que no puede menos de justificarla, no sólo la general cultura, sino el más elemental de los deseos que aspira á conocer el pasado de aquellos objetos que tenemos constantemente á nuestra vista, prestándonos interesante servicio, y siendo nuestro compañero inseparable, que unas veces nos consuela y anima, y otras es acusador inexorable de nuestra negligencia: el olvido.

No me propongo en modo alguno dar una explicación del arte de la relojería, sino únicamente hacer algunas breves

consideraciones acerca de su historia, que se relaciona en gran manera con los estudios científicos y se halla en muchos períodos identificada con ellos, por lo cual corresponde á la historia de la ciencia entender en este asunto, de un interés tan grande, que se hallan por igual comprendidos el tecnicismo científico y la general ilustración que á todas las clases importa.

Porque las indicaciones del reloj son tan necesarias, que constituyen la regulación de la vida, y por tanto, ha de haber brotado de una manera espontánea ese deseo natural de conocer el momento de la existencia en que nos hallamos, y se han de haber buscado indicaciones en cuantos objetos se hallaren en derredor, para investigar tan importante dato.

Medir el tiempo, es justipreciar la vida y señalar su marcha de un modo indefectible, lo mismo en los risueños y alegres días de nuestra juventud, en que aparecen plácidos y claros horizontes coloreados con los carmíneos matices y henchidos de ilusión, que en los tétricos momentos del ocaso de nuestra existencia, en que aquellas preciosas tintas se han tornado en negras y densas nubes, todo lo acusa el implacable reloj del tiempo; fiscal terrible, siempre pronto á formular acusaciones por las horas malgastadas que se han derrochado pródigamente, como precioso capital imposible de recuperar una vez perdido.

Puede decirse que el individuo, la familia, los pueblos y las naciones no existirían sin ese aparato empleado para medir el tiempo. Regula las acciones todas de nuestra vida, y sin su auxilio, el universo sería un caos espantoso en que la humanidad no hubiera podido salir de su infancia. Todo en la vida se halla, pues, supeditado al misterioso movimiento de esas saetas que giran con regularidad sobre una esfera, que caminan con una rapidez vertiginosa para el dichoso, y para el desventurado tienen una lentitud desconsoladora.

La humanidad, no hay que dudarlo, ha de considerar el reloj como su fiel guía y constante compañero, que lo mismo

le señala el instante de placer y de ventura, siempre fugaz y transitorio, que los momentos de dolor y de disgusto inacabables, y nos recuerda incesantemente con tristeza que va agotándose el capital de nuestra vida, muy semejante á la maquinaria que forma el reloj; pues los movimientos del péndulo se marcan también con fatal periodicidad en los latidos del corazón, como señal infalible de la existencia.

El reloj, en efecto, es el afectuoso compañero que rige nuestra vida. Joya artística de gran valor en ocasiones, pasa de padres á hijos con el afecto de un objeto querido que nos recuerda también el cariño de los que desaparecieron de nuestro lado y contaron sus oscilaciones y el girar de sus agujas que les sirvieron de norma, por lo cual es también á veces un cronista que cada uno de sus golpes lleva envuelto en pos de sí un mundo de recuerdos. Nada, pues, más propicio á la contemplación de la historia, que el pasado de un objeto tan indispensable en la vida social.

La salida y el ocaso del sol eran términos que servían en las primeras sociedades para la medida del tiempo, distinguiendo las horas del día por la altura del referido astro en el horizonte, y las de la noche por el sitio que ocupaban en el firmamento las diamantinas estrellas que con sus fulgores indicaban la proximidad ó alejamiento del instante en que había de aparecer el nuevo día, ó el período más ó menos avanzado de la noche. Fueron, pues, los astros, los primeros relojes de que se valió el hombre.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS. II

En el poético cielo de la India, en sus llanuras henchidas de flores iluminadas por un ardiente sol, pudo el pastor apreciar los cambios de estas flores que les sirvieron para la medida del tiempo. Después se utilizó indudablemente la sombra que proyectaban los cuerpos, colocando una aguja per-

pendicular sobre una superficie plana, que fue ya el primer reloj de sol que usaron los egipcios, satisfaciendo hasta cierto punto la necesidad imperiosa de la medida del tiempo, lo cual era indudablemente un progreso sobre el reloj que se fundaba únicamente en el desarrollo de las flores.

El invento del reloj no es patrimonio de persona, pueblo ni época determinada, pues á su descubrimiento han contribuido de consuno muchos pueblos, hombres y siglos de la historia.

Claro es que las observaciones solares y las fases de la luna habían de ser motivo que sirviera para utilizarlo en la medida del tiempo, y por eso hay que buscar en los caldeos, egipcios y babilonios, esos procedimientos de relojes solares más ó menos perfeccionados.

Un vaso lleno de agua, con un pequeño agujero en la parte inferior, constituía el primer reloj de que hace mención la Historia, conocido con el nombre de *clepsidra*, fundado en el principio de que en una vasija que contenga agua á constante altura, salen de ella iguales cantidades de líquido en tiempos iguales, y se podía medir el tiempo recogiendo y midiendo el volumen de agua que de la vasija salía en un intervalo determinado. Los griegos y romanos emplearon mucho tiempo este aparato, al que alude el gran Demóstenes en sus discursos, diciendo que se apoderan de su agua para indicar que le coartaban el tiempo de sus peroraciones.

Después se fueron modificando estas clepsidras, adaptándolas una esfera con agujas que se movían mediante un mecanismo especial consistente en un flotador que empujaba un hilo arrollado sobre el eje de una aguja, que producía un movimiento de rotación. Luego ya se introdujeron las ruedas dentadas de diferente diámetro para señalar las horas y los minutos. Cuando Pompeyo entró en Roma vencedor, se admiraba como glorioso trofeo de la victoria una preciosa clepsidra que arrebató á un rey de Asia.

Las clepsidras se usaban en el reinado de los Tolomeos,

principalmente en invierno, cuando el sol, oculto entre las nubes, impedía hacer uso de los cuadrantes solares, y también durante la noche, por la misma razón. La Academia Francesa, en 1725, propuso como tema de premio las leyes del movimiento de las clepsidras, y otorgó el galardón á Daniel Bernouilles, no sin hacer constar que aun cuando se había adjudicado el premio, no se resolvió la cuestión por completo.

El empleo de pesos para que giren las agujas de un cuadrante con el auxilio de ruedas dentadas, es ya una idea muy antigua, puesto que Aristóteles la emite; pero han tenido que transcurrir varios siglos para resolver el difícil problema de la regularización del movimiento. El primer reloj mecánico se atribuye á Gerbert, que vivió á fines del siglo X, pero no hay detalles respecto á su construcción, que se dice era una maravilla, y que llevó á cabo en Magdeburgo.

A principios del siglo IX, el califa Haroun-al-Raschid remitió á Carlo Magno, entre otros presentes de gran valor, un reloj de estaño con adornos de oro, que en el momento que pasaba la aguja por delante de una cifra, caían sobre un timbre un número de bolitas de hierro igual al de la hora. Abriáanse entonces doce ventanitas, de las que salían doce caballeros armados, que después de ejecutar varias evoluciones se retiraban al interior, cerrándose tras ellos las ventanas.

Es célebre la clepsidra enviada á Carlo Magno por el citado califa Haroun-al-Raschid. Era de estaño y señalaba el tiempo por medio de caballeros que abrían y cerraban un número de puertas igual al de horas, que sonaban haciendo caer esferas en un timbre de oro. Se comprende la sorpresa que causaría esta maravilla en una época en que las artes, y sobre todo la mecánica, se hallaban en un estado grandísimo de atraso.

Pero en el siglo VI, ó sea doscientos años antes, Choririo de Gara describió un reloj singular que constituía la curiosidad más notable del pueblo en que residía. En dicho reloj había varias águilas de estaño, colocadas en una misma línea, en número igual al de horas, y cada una de ellas llevaba en sus

garras una corona dispuesta á colocarla en la cabeza de Hércules. El sol daba la señal, revestido con insignias reales, llevando en la mano izquierda el globo celeste y extendiendo la derecha hacia las puertas cuando llegaba el momento, y entonces aparecía Hércules para recibir la recompensa de uno de sus doce trabajos, respondiendo por orden riguroso á cada una de las horas del día.

A Blane de Grenoble atribuyen algunos la invención de los relojes hidráulicos, cuyo mecanismo se mueve por la acción del agua, y á este tipo pertenecen los que hoy se llaman relojes silenciosos, que se aplican á las habitaciones de los enfermos, y cuyo mecanismo es muy sencillo, consiguiéndose evitar el ruido monótono, siempre molesto á las personas que por su estado se hallan forzosamente sujetas á quietud y constante permanencia en el lecho.

Merecen citarse como aparatos destinados en la antigüedad á medir el tiempo, el reloj de arena y el reloj de sol. El primero está formado de dos ampollitas de vidrio, de cuello muy estrecho y unidas entre sí por medio del indicado cuello. Una tiene arena finísima, y el tiempo que tarda en pasar á la otra ampolla sirve para medir el tiempo. En Egipto se empleó desde la antigüedad más remota: los romanos le usaron al propio tiempo que las clepsidras; en la Sorbona se usó hasta el siglo XVII, y en muchas Universidades ha estado en uso para medir la duración de los ejercicios académicos, como exámenes, grados, etc.

El reloj de arena se observa ya en un antiguo bajo relieve que representa las bodas de Tetis y de Peleo, habiéndolo puesto los artistas en mano de Morfeo, como indicando que era el dueño de los favores que concedía en determinadas horas á los dioses del Olimpo.

En el reloj de sol se aprecia la medida del tiempo por la sombra que proyecta en un plano una varilla colocada perpendicularmente al mismo. Se atribuye su invención á los sabios griegos de la Escuela de Alejandría.

En el siglo X existía en muchos monasterios la costumbre de atenerse al canto del gallo para la celebración de los Oficios divinos, y esa era la señal precisa que servía de norma, sin tener otro medio de determinar el momento de cumplir tan sagrados deberes.

III

La intensidad de la luz solar y la proyección de las sombras durante el día, así como el brillo mayor ó menor de las estrellas por la noche, sirvió durante mucho tiempo en la antigüedad, como sirve hoy todavía á los campesinos, de procedimiento empírico para medir el tiempo, que la práctica consigue en algunos casos llegar á grandes exactitudes, pudiendo asegurar por estos medios vulgares en determinadas ocasiones la hora, con diferencias no muy grandes de las que señala un buen reloj.

Vemos, pues, que el empirismo ó la sencillez eran los únicos factores que se integraban para la resolución de tan interesante problema, marcando, por tanto, la infancia de las artes y los rudimentos de la ciencia, que no había realizado ninguno de los trabajos que más adelante iba llevando á cabo, si bien con bastante lentitud.

En 1370 pudo apreciarse en Francia, en la época de Carlos V, un reloj muy notable, construído por el artífice alemán Enrique de Vic, que acudió á palacio por orden del monarca, quien le señaló una retribución diaria de seis sueldos parisis, para que realizara su trabajo con toda calma y resultase con verdadera perfección. Dicho reloj, colocado en la torre de palacio, tenía por agente motor un gran peso, una pieza oscilatoria por regulador, y su escape. Pero todo esto era, sin embargo, muy rudimentario.

Los primeros relojes de rueda aparecieron en el año 760. El de balanza se atribuye al Papa Silvestre XI en 999, y los

de música aparecieron muy poco después de esta fecha. Los relojes portátiles datan de tiempo de Luis XI, y el reloj de Padua, debido al mecánico Douilis, llamado *horologium*, se construyó en 1334.

La cuerda de cadena de acero se inventó por Gruel, relojero de Ginebra. El escape de cilindro es debido á Gramhan, y los péndulos y repeticiones al inglés Barlon, en 1776. El reloj de bolsillo parece ser que se debe á Pedro Bell, relojero en Nurenberg en 1500, y el de repetición se inventó por el inglés Barlow, en 1673.

Ya en el siglo XV se comenzaron á usar los relojes en astronomía, con lo cual se inició una era de verdadero progreso en esta difícil é importante ciencia. Pero hay que llegar á la décima sexta centuria, para considerar al astrónomo dinamarqués Ticho-Brahé, de universal renombre, que ya en 1569 poseía en su gran Observatorio de Oranienburgo un reloj que marcaba minutos y segundos, y que, por la categoría científica de su poseedor, ha pasado á la historia como dato de interés.

El descubrimiento del péndulo y sus leyes, fue, indudablemente, un gran paso, que influyó en el progreso de la construcción del reloj, regularizando su marcha merced á la igualdad de duración en sus oscilaciones, ó sea el *isocronismo*, dado á conocer por el genio de Galileo en 1582, mediante el hecho sencillísimo de las oscilaciones de una lámpara en la Catedral de Pisa, que á su privilegiado talento estaba reservado interpretar, aun cuando tuvo que transcurrir un siglo para que el holandés Huyghens pusiese en práctica las ideas de Galileo, aplicando el péndulo á la medida del tiempo.

El invento de Huyghens fue notable, porque reunió ya los dos elementos de la moderna relojería, que son: el muelle espiral y el péndulo, y son notables las frases con que dedicó á Luis XIV su reloj oscilatorio, al decir: «no perderé el tiempo, gran Rey, en decir os cuánta es su utilidad, porque mis *autómatas* introducidos en vuestras habitaciones os llaman á

diario la atención por la regularidad de sus indicaciones y las consecuencias progresivas que han de traer en la astronomía y navegación.»

La fuerza que produce una espiral de acero comprimida, mediante la elasticidad que se desarrolla, ocasiona el mismo efecto del peso motor, y permitió, desde el momento en que se descubrió esa acción, construir relojes de bolsillo y fácilmente transportables; pero aunque ya han indicado como probables los anteriores datos, no puede fijar bien la historia, de un modo indudable, la fecha en que esto tuvo lugar, ni el nombre del autor que construyera los primeros relojes de esta índole. De todos modos fue un paso progresivo en esta clase de construcciones, y es un verdadero adelanto mecánico.

IV

La mecánica, auxiliada por otras ciencias, ha ideado maravillas en la construcción de estos objetos, pudiendo decirse que se han ido marcando sucesivamente los progresos de esta parte de los conocimientos humanos en la variedad de relojes que las diversas fábricas han producido, hasta el punto de realizar portentos tales, que apenas puede concebirlos la imaginación, aun en medio de los más soñadores caprichos.

En Europa, los italianos y los alemanes fueron los que primero se distinguieron en el arte de la relojería, y es precisamente en esos países donde se construyeron relojes que señalaban las horas con bastante exactitud, y eran entonces un verdadero prodigio de mecánica.

No puede hablarse de relojes célebres sin mencionar el famoso Jacquemart de Dijón. El origen de esta curiosa obra de arte está rodeada de gran obscuridad; se sabe, sin embargo, que perteneció primitivamente á la ciudad de Courtrai, de donde le quitó Felipe el Atrevido, Duque de Borgoña, para

castigar á sus habitantes el no haber dado á Carlos VI las espuelas doradas de los caballeros franceses muertos en 1312.

El Jacquemart consiste en dos hombres de hierro colocados bajo el campanario y que golpean las horas sobre la campana con un martillo.

En el siglo XIV se admiraba en Lund en (Suecia) un reloj tan artísticamente combinado, que cuando sonaban las horas se encontraban dos caballeros y se daban tantos golpes como horas habían de sonar; después se abría una puerta, y en el fondo aparecía un teatro, donde la Virgen María, sentada en un trono y teniendo en sus brazos al niño Jesús, recibía la visita de los magos, seguidos de una corte de caballeros: prosternábanse los Reyes y ofrecían sus presentes, sonaban dos trompetas durante la ceremonia, y después concluía todo este espectáculo de un modo brusco para comenzar de nuevo en la hora siguiente.

Más famoso todavía es el reloj astronómico de la capital de Strasburgo. Se construyó para reemplazar otro reloj astronómico que pasaba en el siglo XIV por la tercera de las siete maravillas de Alemania. Se halla en el interior de la iglesia, en el ala meridional. Comprende el cómputo eclesiástico en calendario perpetuo, con las fiestas movibles; un planetario según el sistema de Copérnico, que presenta las revoluciones medias trópicas de cada uno de los planetas visibles á simple vista, las fases de la luna, los eclipses de sol y luna, el tiempo aparente y el tiempo sideral; una esfera celeste que marca la precisión de los equinoccios, las ecuaciones solares y lunares para la reducción de los movimientos medios del sol y de la luna en tiempo y lugar verdaderos, etc. Las horas, sus divisiones, los días de la semana con los signos de los planetas que les corresponden, están marcados en el interior y en el exterior; además, un cuadrante interior, que no tiene menos de 9 metros de circunferencia, indica la letra dominical y el santo del día. Dos genios alados se hallan unidos á los dos lados del pequeño cuadrante por un autómeta que representa

las edades de la vida. La Infancia da el primer cuarto, la Adolescencia el segundo, la Virilidad el tercero y la Vejez el cuarto. La Muerte, que se dispone á sonar en el último cuarto, se halla sobre un pedestal al lado de la Vejez, y es la encargada de sonar las horas; y en cada vez el segundo de los genios alados que se han dicho invierte un reloj de arena que sale en una hora. Al medio día, cuando suenan las doce, sale una procesión de doce apóstoles que, inclinándose reverentemente, saludan á Cristo, el cual, colocado sobre un pedestal, extiende sobre ellos las manos en actitud de bendecirles. Al mismo tiempo un pájaro, colocado á la vuelta, agita sus alas y deja oír tres veces el canto de victoria. Diversos carros con figuritas salen alternativamente de un grupo de nubes, é indican los días de la semana. Este magnífico reloj se restauró, ó más bien se rehizo, en 1842.

La repetición se inventó en el siglo XVII por el relojero de Londres, Barlow, según se ha dicho. En este siglo, Lebón, Pero Leroy, Gaudron, Enderlin, en Francia, y Graham y Harrison, en Inglaterra, se hicieron célebres por la construcción de notables relojes en ejecución y combinación, así como por la publicación de obras de relojería. Después vinieron Lepin, Berthoud, Breguet y Robert. Por entonces es cuando empezó Suiza á descollar en esta industria, que cada día fue en progresivo desarrollo.

El reloj de la torre del Palacio de Justicia en París es también una curiosidad histórica, del mismo modo que el de Versalles, instalado en tiempo de Luis XIV, constituye una maravilla mecánica, y ambos se citan como verdaderas curiosidades que merecen ser conocidas y apreciadas por los visitantes como recuerdos que forman ya una leyenda en los sitios indicados.

El sabio Newton construyó en sus juveniles años un reloj de sol que todavía se enseña en Woolstrop como recuerdo glorioso del grande hombre, colocado en la pared de la casa que habitaba, cercano al jardín, y el viajero contempla con respe-

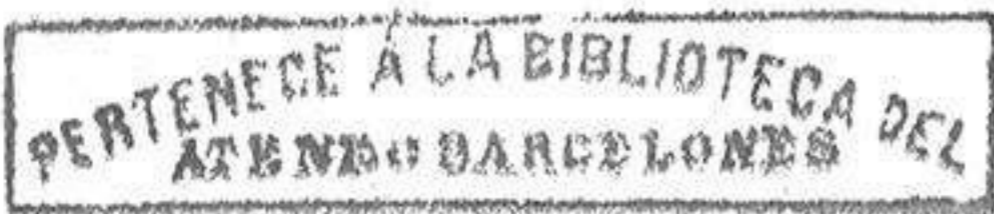
to la huella de la juventud de uno de los grandes genios de la humanidad, cada día más venerada á medida que transcurre el tiempo, y considerada cual monumento científico que á toda hora consigna los primeros pasos de la vida de un privilegiado cerebro.

En España hay no pocos relojes que tienen verdadera celebridad histórica y pueden citarse como ejemplos que recuerdan hechos interesantes ó que son á su vez notables por algún concepto. No es posible hacer una enumeración general, bastando indicar alguno entre los muchos de que se tiene noticia.

Muy conocido en Madrid es el reloj existente en la torre del Convento de monjas de San Plácido, hoy parroquia de Covadonga, en la calle del Pez, con fachadas á las de San Roque y la Madera, que el Rey Felipe IV, en el siglo XVII, mandó colocar en dicho sitio, y que el tañido de su campana recuerda el toque de difuntos, cuyo reloj se colocó como recuerdo de cierta aventura galante del Rey con una religiosa, con cuyo motivo formó la Inquisición un proceso que llegó hasta Roma, y de cuyo asunto se ha apoderado la fantasía poética de algunos escritores, que lo han llevado al teatro y á la novela.

También tiene gran celebridad el reloj existente en la catedral de Burgos, grandioso monumento que recuerda la España de la Edad Media, en cuyo reloj hay una figura que, al sonar las horas, abre desmesuradamente la boca, y por cuyo motivo se llama Papa-Moscas, y es uno de los objetos que se citan al hablar de la antigua cabeza de Castilla, mencionado por el ilustre Bretón de los Herreros en una de sus célebres comedias, designada con el calificativo de *Una noche en Burgos*.

No están conformes los autores respecto á cuál fue el primer reloj de torre que hubo en España, pues Capmañy dice que en 1396 se colocó uno en Barcelona, y Mariana asegura que en 1396 se puso en la célebre Giralda de Sevilla. Lo que sí se sabe es que eran de gran tamaño.



V

Se citan los relojes de muchos personajes cual objetos dignos de veneración y de verdadero valor histórico, porque indican también algún dato respecto á la época en que vivieron sus primeros poseedores, pues la forma de construcción ha cambiado algún tanto con relación al tiempo en que se consideran, así como también la elegancia, los adornos, los detalles artísticos de que estaban provistos, han experimentado multitud de cambios en los diversos períodos en que pueden considerarse.

El gran Carlos I tenía pasión por los relojes, y poseía en Yuste rica y variadísima colección. La gran figura histórica de este monarca, que con su nombre llenó el mundo, ha dado interés á esta regia afición, que inspiró al ilustre Campoamor una de sus bellas doloras, cuando dice:

Y entrando un día:—¿Qué tal?
le preguntó el confesor.
Y el relojero imperial
dijo:—Yo ando bien, señor,
pero mis relojes mal.

El Emperador, en el Monasterio de Yuste, se consagró, pues, á la construcción de relojes, donde le acompañó el gran mecánico Giovanni Torniano. Disgustado el augusto monarca de la discordancia de sus relojes, puso empeño en corregirla, aun cuando no lo consiguió.

Y así como han adquirido celebridad los poseedores de relojes, han conquistado gran renombre algunos artífices de estos objetos. Breguet alcanzó con justicia una fama universal. Suizo, pues nació en Neuchatel el 10 de Enero de 1747, murió en París el 17 de Septiembre de 1823, aprendiendo en Versalles el arte en que tanto brillo alcanzó, no sin experimentar grandes contrariedades y sin tener que luchar á brazo

partido con la suerte. De las obras é inventos que realizó, ninguno de más mérito que su contador astronómico, con el que se aprecian á la simple vista centésimas de segundo, al cual seguía el del cronómetro portátil para los marinos, todo lo cual le valió que le abriera sus puertas el Instituto de Francia, aun cuando también experimentó en las cumbres de la fama las amarguras que le produjo la envidia de sus émulos.

Los nombres de Berthond, Breguet, Hourriete de Locle, Pedro Leroy y en nuestros días el español Losada, deben figurar como ilustres personalidades en el arte de la relojería, dignas de que la fama las perpetúe y de que la historia las consigne en letras de oro, por haber impreso á sus obras el sello progresivo de sus admirables adelantos. No pueden pasar en silencio unas personalidades que han alcanzado tan ventajosa notoriedad universal.

Hay algunas flores que abren sus pétalos en determinadas horas, para lo cual los fenómenos atmosféricos tienen marcada influencia. Linneo, que estudió estos fenómenos con gran cuidado, dió el significativo nombre de reloj de flora á este conjunto de datos, que han tenido importancia en botánica y que sólo cito á título de curiosidad, por más que no haya tenido más aplicación que para el conocimiento detallado de las propiedades de algunas plantas.

También suele denominar el vulgo relojes á unos geranios que la ciencia conoce con el nombre de *Geranium molle*, porque se produce una curvatura periódica ó enroscamiento en sus pedúnculos, que va siguiendo con alguna regularidad las horas cuando se fijan sobre un objeto, y ese carácter ha justificado el nombre vulgar que lleva. Pero únicamente citamos este vegetal incidentalmente, por llevar el referido nombre vulgar, sin que tenga en la historia del reloj un lugar determinado.

La ciencia se halla identificada con el reloj, de tal suerte que sus progresos se han apoyado en multitud de casos en las

indicaciones de este aparato; por lo tanto, la historia científica, lo mismo que la historia literaria, habrá que buscarla en lo que marcan las esferas de los horarios, al referir el tiempo que han de durar las operaciones químicas, para obtener perfectos resultados; la mayor ó menor rapidez del pulso en la marcha de las enfermedades; la duración de los ejercicios en exámenes ú oposiciones, ó el tiempo que un orador ha de invertir, ya sea en una Cámara legislativa, en una Academia ó en un Tribunal sentenciador. Es, en todos casos, el reloj quien ordena y señala de una manera fatal los plazos indicadores.

Los latidos de nuestro corazón, son, en efecto, un reloj que marca nuestra existencia, y su marcha constituye la regularidad de nuestro ser, que empieza á regir con el primer suspiro y termina con el postrer aliento. La velocidad de esos latidos, comparada con la que indica la aguja de segundos, sirve de norma para revelar si nuestra salud se altera ó permanece normal, y, por tanto, es nuestro ser un reloj que no admite paradas, y que al órgano encargado de señalar los movimientos vitales, se le exige despóticamente que trabaje sin descansar en lo más mínimo, desde que vemos la primera luz, hasta que termina nuestra vida.

La frase vulgar y conocidísima de que «el hombre es un reloj que tiene cuerda para setenta años», indica claramente que se ha condensado en pocas palabras un pensamiento que es la expresión de una idea de semejanza que surge de un modo espontáneo al comparar la vida con un reloj.

Puede, por fin, sintetizarse la significación del reloj en los siguientes versos de Zorrilla:

«¡Ay! que es muy duro el destino
De nuestra existencia, ver
En un misterioso círculo
Trazado en una pared;
Ver en números escrito,
De nuestro orgulloso sér,
La miseria..... el polvo..... nada,

Lo que será nuestro *fue*.
Es triste oír de una péndola
El compasado caer,
Como se oyera el ruido
De los descarnados pies
De la muerte, que viniera
Nuestra existencia á romper.»

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

APUNTES PARA UN ESTUDIO

SOBRE LAS CATEDRALES ESPAÑOLAS

I

Si la Arquitectura fue siempre la más fiel representación de cada época en sus costumbres, usos y religiones, la Catedral es, en el arte cristiano, la *Arquitectura* por antonomasia. Ella compendia por sí sola cuanto producía la inteligencia, cuanto necesitaban las costumbres para su manifestación externa, cuanto bastaba á llenar el corazón de las edades medias. Hacer la historia de ciertas catedrales es relatar la vida de la ciudad que la erigió, biografiar á los hombres notables que en ella florecieron y reseñar las costumbres del pueblo que á su alrededor habitaba. Estudiad cuanto se ha escrito sobre las artes de la Edad Media, y veréis siempre relegado á secundario término, si bien importante, cuanto á la arquitectura civil atañe, dominando por completo la historia del arte religioso, y, dentro de éste, la de los templos episcopales.

Nacida la sociedad cristiana bajo el dominio casi absoluto del elemento eclesiástico, *la cathedra* ó silla del Obispo, el trono episcopal colocado en una iglesia como el asiento del Juez en la antigua Basílica, simboliza el doble carácter civil y religioso que desde el principio tuvo la Catedral, verdadero lazo de unión entre la Basílica pagana y la iglesia cristiana.

Pero hasta el siglo XII, la sociedad, sometida á poder feudal en su doble aspecto monástico y civil, vejetó oprimida bajo el duro yugo del monje que abatía los vuelos de su inteligencia comprimiéndola en formas hieráticas y obligándola á seguir determinados senderos, ó sujeta al poder feudal, que tiranizaba su cuerpo y sus acciones, poniendo á sus derechos frenos y valladares que no reconocían otro origen que su capricho, su codicia y su orgullo. Al finalizar la duodécima centuria, por causas muy complejas y varias, y porque así estaba dispuesto en la marcha de la humanidad, el poder real cobró más importancia, el episcopal sintióse más vigoroso, el pueblo adquirió la fuerza de su conciencia, y el aspecto de la sociedad varió por completo. Un notable autor, el insigne Viollet-le-Duc (1), afirma que en tal cambio se funda la importancia que en esta época toma la construcción de las catedrales. Pequeñas cuando el poder feudal lo absorbía todo, se engrandecen al adquirir su importancia el elemento popular, que pone en su construcción toda su inteligencia y sus energías todas, en la exaltación de su protesta contra los lazos que hasta entonces la oprimieran. Son las grandes catedrales la expresión pétrea de esta protesta: un edificio *idea* erigido enfrente del castillo feudal. Tal es, en síntesis, la opinión de tan insigne autor.

Séame permitido hacer algunas observaciones á lo anteriormente expuesto, en cuanto á nuestra patria se refiere. Faltos casi por completo de libros que traten los puntos generales de Arte con la necesaria extensión y competencia; reducidas nuestras obras arqueológicas á interesantísimas pero breves monografías, solemos inspirar nuestra crítica y nuestros estudios artísticos en tratados extranjeros, aplicando fechas y sucesos de otros países á nuestros monumentos. No es, por lo tanto, ocioso advertir que las notabilísimas obser-

(1) *Dictionnaire raisonné de l'Architecture française.*—T. II.—*Cathedrale.*

vaciones del insigne restaurador de Nuestra Señora de París, escritas en una historia del Arte francés, no tienen exacta aplicación en nuestra patria. Márcanse las épocas de la humanidad por caracteres generales á todos los países, por acordadas tendencias y por ideas similares. Pero esta uniformidad no excluye los distintos matices, dentro del mismo tono, según las condiciones particulares en que su desarrollo se presenta. Común era á toda Europa el régimen feudal, y sin embargo, bien diferente el semisalvaje feudalismo sajón del férreo dominio del barón alemán ó del señor francés y del blando yugo de los nobles españoles. Nunca alcanzaron éstos—dice un notable historiador (1)—la independencia y el poder que obtuvo la nobleza en Alemania, Francia é Inglaterra, ni se conoció aquí la organización jerárquica del feudalismo. A pesar—añade—de los derechos dominicales y jurisdiccionales que los reyes de León y Castilla otorgaban á los nobles, Obispos y Abades, y de que éstos tenían sus vasallos privativos, nunca los monarcas se desprendieron de la suprema autoridad sobre todos sus súbditos, y conservaron el derecho inalterable de apoderarse, en caso necesario, de los castillos y fortalezas de los señores. La guerra continua con los árabes obligaba á los cristianos españoles á agruparse en derredor de un poder central, y los señores tampoco podían vivir mucho tiempo encastillados como los barones feudales, ni el desarrollo del régimen municipal les permitía abrogarse la soberanía que en otros países. La necesidad de repoblar las villas y ciudades que arrancadas á los moros pasaban á ser muralla y valladar contra las invasiones enemigas, los privilegios que los monarcas concedían á los que se prestaban á repoblar estas ciudades, y por ende las franquicias que los señores se veían obligados á otorgar á sus siervos, temerosos de que abandonasen sus tierras y Estados para acogerse á las ventajas que les concedían las cartas-pueblas, y el apoyo mutuo y roce

(1) Lafuente: *Historia de España*.

continuo de señores y vasallos á que les sujetaba un común enemigo, constante en la brecha, anularon por completo el feudalismo en nuestro suelo. Pruébalo el estudio de los Fueros de León y Castilla, Navarra y Aragón, que precedieron en tiempo y excedieron en cantidad á cuanto se legisló en Europa sobre derechos, franquicias y libertades comunales; afirmanlo acuerdos como los del Concilio de León de 1020, y lo testifican disposiciones en que se concede á los *caballeros* y *cibdadanos* el derecho de concurrir á las Cortes, consignado en las de Burgos de 1169, y á los pueblos la facultad de elegir señor, que consta en el Fuero de Molina de 1152; franquicias que no pueden concebirse en un pueblo que no llevase largos años de existir con independencia del estrecho régimen feudal, y que denotan la infiltración constante en las costumbres del sentimiento comunal.

Pues si con la autoridad de tan irrefutables argumentos podemos afirmar que en España no existió nunca el tiránico yugo feudal en su verdadera acepción, mal podremos aplicar á la fundación de nuestras catedrales el origen que el insigne arquitecto francés atribuye á las del Dominio Real y la Champagne. Más exacto, y al par más dulce y consolador, es reconocer á las nuestras un origen puramente religioso y social: la exaltación de la fe y el desenvolvimiento de los medios intelectuales y materiales que hicieron encontrar mezquinas y ahogadas las románicas iglesias, juntándose como factores principalísimos al impulso hacia el nuevo arte que por transformaciones sucesivas se había extendido por Francia. Permítaseme, pues, afirmar que á estos móviles es debida la creación de nuestras grandes catedrales, verdaderos *libros de piedra* donde una pléyade de artistas se concentraba alrededor de un sublime ideal, derramando á manos llenas su inspiración, su entusiasmo y su poder, y legándonos esos monumentos, escuelas perennes donde el alma aprende á sentir y la inteligencia á crear.

II

Cuatro períodos pueden señalarse en la historia de las catedrales españolas. Comprende el primero el final de aquellos azarosos tiempos en que los descendientes de Pelayo y Sancho Abarca, tras siglos de tenaz lucha contra los árabes, apenas tuvieron alientos sino para elevar las toscas y primitivas iglesias de San Miguel de Lino, Santa Cristina de Lena y otras similares. Más seguros ya en la posesión de buena parte de la Península, construyen los primeros templos que pueden ostentar el dictado de catedrales. Abarca este período las centurias XI y X, que levantaron varias iglesias episcopales, entre las que desellan por su capital importancia en el arte nacional las catedrales de Santiago y la vieja de Salamanca.

Márca el principio del segundo período con el prodigioso paso de gigante que señala la fundación de la iglesia leonesa, que con las de Burgos y Toledo, las tres monumentales creaciones de los siglos XIII y XIV, señala el apogeo de la arquitectura ojival, cerrado con el inconcluso y colosal templo de Sevilla.

Abrese el tercer período en plena lucha del estilo gótico con el pagano Renacimiento; pero firme todavía el primero, da forma á las nuevas catedrales de Salamanca y Segovia, si bien su visible decadencia deja palpables huellas en ambos templos, fundados en el último tercio del siglo XV y el primero del XVI.

Domina por el estilo del Renacimiento italiano, empieza Diego de Siloé en 1529 la catedral de Granada, abriendo el último período de los cuatro citados. En el mismo arte se elevaron también las de Málaga y Jaén, edificios los tres de planta y estructura ojival, y elementos y detalles del nuevo estilo.

Cuanto arte religioso produjo en España con posterioridad á las obras de los Siloés y Valdelviras, no debe llamar

nuestra atención, embargada por las magníficas creaciones de los siglos XII al XVI, y no puede considerarse más que como un apéndice á los períodos citados, si interesante como documento en la historia del arte, secundario en absoluto en la del buen gusto.

Pasemos, pues, al estudio de los monumentos de la Edad Media, que, á despecho de los tiempos y de los hombres, han llegado á nosotros, así como la belleza inmateral y las ideas del bien y la justicia atraviesan inmaculadas las revoluciones y los absurdos filosóficos de las edades.

III

En el obscuro período que cerró la catástrofe del Guadalete aparece nebulosamente esbozada la Catedral toledana, desconocido edificio de estilo ignorado, pero sin duda concebido en la bárbara degeneración del arte romano; templo que constituye la prehistoria de nuestras iglesias episcopales (1). Pasó por España el huracán de la invasión mahometana; surgió Pelayo entre los breñales asturianos, y allá, en la recién fundada Oviedo, levantó Alfonso el Casto, hacia el año 800, la primera Catedral de que se conserva alguna noticia; ruda edificación en la que Tioda ó Teudis dió forma, á la que puede considerarse como embrión de nuestras catedrales. Ningún vestigio queda de la traza y disposición de esta basílica, desaparecida en el siglo XIV; pero es presumible su tosquedad, producto de la pobreza de los tiempos y del temor de las irrupciones de los árabes. Pronunciemos, sin embargo, con veneración el nombre del godo Tioda, primer arquitecto cuyo

(1) Véase *Toledo Pintoresca*, por D. José Amador de los Ríos. Madrid, 1845, págs. 11, 12 y 279.

Véase también *Nociones fisionómico-históricas sobre la Arquitectura de España*, por D. M. de Assas. *Semanario Pintoresco*, 1857.

recuerdo nos ha conservado la historia de los siglos medios, é imaginémosle trazando con tosco carbón sobre pétrea lámina las groseras ideas que amplía en latín bárbaro á sus obreros, indoctos artífices de tan primitiva construcción (1).

Transcurrió más de un siglo, y dueños ya los cristianos de extenso territorio y tranquilos en su posesión, vieron surgir sobre las antiguas termas romanas legionenses la basílica de Ordoño II, más tarde reedificada y luego desaparecida. Los ilustres restauradores que en el presente siglo ha tenido esta Catedral han puesto al descubierto los incompletos cimientos de aquella antigua iglesia, intentando describirla, en lo que permiten los oscuros datos recogidos (2).

Por fin, como primer punto luminoso en estas tinieblas, aparece la majestuosa Catedral compostelana, que aunque mutilada y maltrecha, ha llegado á nosotros llena de grandeza, como primer peldaño de esa escala ascendente del arte románico en nuestro suelo, que termina en aquel notabilísimo fragmento, en la puerta del Palau de la Catedral de Valencia, brillante despedida de un arte que moría.

Pero antes de emprender la observación de las catedrales que de este período nos quedan, permítasenos hacer algunas consideraciones necesarias á nuestro objeto. Sabido es que el arte romano, degenerado al marchar hacia Oriente, engendró el *bizantino* bajo las influencias asiáticas, y al venir á Occidente, á través de las invasiones de los bárbaros, dió forma al estilo que llamóse *latino-bizantino*, y más tarde al *románico*. Dos tipos existen, pues, en la Arquitectura de la época, que salen del mismo tronco: Italia, donde, al amalgamarse ambos, se produce ese arte peculiar que admite de la basílica romana las naves y los ábsides, y de la iglesia bizantina, las cúpulas;

(1) Véase *Ensayo histórico sobre los diversos géneros de Arquitectura empleados en España*, por D. José Caveda. Madrid, 1849, cap. IV.

(2) *Monografía de la Catedral de León*, por el Ilmo. Sr. D. Demetrio de los Ríos y Serrano, Arquitecto Director de sus obras de restauración.—Madrid, 1895.—Tomo I.

de aquélla las columnas y capiteles, de ésta los dorados mosaicos y las hieráticas pinturas.

En los países que, como el nuestro, se encuentran al Occidente de esta madre común, dominó casi por completo el tipo latino. Hay, sin embargo, cierto número de iglesias en las que se percibe la influencia bizantina, no en sus detalles (de secundaria importancia), sino en su verdadera característica, la cúpula. Este elemento constructivo transmitióse á España directamente ó por el camino que señalan Santa Sofía, de Constantinopla; San Marcos, de Venecia; Saint Front, de Perigord, y la Catedral de Angulema.

Mezcla del arte latino que cubre las naves de sus iglesias con bóvedas de cañón seguido y de arista, y del bizantino que corona los compartimientos de sus plantas con cúpulas, elevanse en Francia las iglesias de San Esteban, de Nevers; Nuestra Señora del Puerto, en Clermond Ferrand, y en España la iglesia monacal de Ripoll, edificada en 1018; la de Santa Cruz de la Serós, en Huesca, del siglo XI igualmente; la benedictina de San Pedro de Camprodón (Gerona) y la de San Pablo del Campo, en Barcelona (1), y otras varias.

Más avanzados los tiempos, al mediar la duodécima centuria, cuando ya las bóvedas de crucería proporcionaban á la construcción soluciones que antes parecían inabordables, se levantan en España algunos templos que, como las catedrales de Salamanca y Zamora, y la Colegiata de Toro, elevan en sus cruceros esos pintorescos cimborrios en que aparece, por su construcción nervada, una mezcla de la cúpula bizantina y de la bóveda de crucería románica. Pero dicho elemento es característico de las iglesias de esta región; las restantes de tal época, cierran el encuentro de sus naves con crucerías, más ó menos ingeniosas, como la de San Millán, de Segovia; San Vicente, de Avila, y la de Santa María de las Huelgas, de

(1) Véanse las láminas de *Los monumentos arquitectónicos de España*.

Burgos, de plena transición, notabilísimas por todos estilos, pero apartadas completamente del tipo de la cúpula de Salamanca.

Otro elemento característico, en el que debe pararse la atención, es el de contrarresto del empuje de la nava alta. Abandonadas por los constructores del siglo XI las armaduras de madera en sus iglesias, apelan al cañón seguido, la bóveda más sencilla que habían heredado de los romanos. Para resistir el empuje de este cañón, empléase desde el citado siglo, en algunas iglesias francesas, el sistema de contrarresto por medios cañones, construídos sobre las bóvedas de las naves bajas; procedimiento racional como construcción, pero lleno de inconvenientes en cuanto á la manera de dar luces á las naves altas. Este sistema aparece empleado en las catedrales de Santiago, de Lugo y Tuy, y es el origen de los exentos arbotantes de la arquitectura ojival, pues lógico era oponer contrarrestos aislados á empujes que habían dejado de ser continuos.

Vemos, pues, esbozarse entre los monumentos españoles de los siglos XI y XII dos escuelas distintas, con caracteres comunes á la época, pero con sistemas diferentes. Constituye la primera escuela, que pudiéramos llamar *galaica*, las catedrales de Santiago, Lugo, Tuy y Orense, de admirable construcción, francamente latina en sus formas generales, con tres naves, cañón seguido en la mayor, y bóvedas de arista sin nervios en las bajas, contrarrestando el empuje de aquélla por medios cañones sobre éstas.

Forman la segunda, las iglesias que cubren sus naves con bóvedas por arista con ó sin nervios, según se originen de tiempos puros ó de transición, y cierran sus cruceros con sencillas cúpulas, cual las iglesias de Cataluña, Aragón y Navarra, ó con el intermedio de esas célebres linternas, cuyo apogeo marcan las catedrales hermanas de Salamanca y Zamora, y la Colegiata de Toro.

Percíbese la influencia normanda en las del Noroeste de

España, cuya ornamentación abarca toda la escala, apareciendo rudimentaria y salvaje, como en Sigena y Jaca, para alcanzar el mayor grado de finura y delicadeza en Lérida y Valencia, con marcado sabor bizantino, y extendiéndose varia y compleja, ya bizantina, ya latina, ya celta, en los templos de Salamanca, Segovia y Avila.

Pero dejando estas ya largas observaciones, dignas de más concienzudo estudio, enumerar emos las principales catedrales de este período.

La de Santiago fue fundada en 1078, en aquella época en que los Prelados compostelanos, en constante lucha con su pueblo, necesitaban elevar un edificio al par santuario y fortaleza. Parecía que el carácter del guerrero Apóstol inspiraba á aquellos belicosos Obispos, que, como el célebre Gelmírez, viéronse precisados más de una vez á hacerse fuertes en el templo del Señor contra sus ovejas, convertidas en fieros lobos. El maestro Bernardo proyectó este majestuoso templo de forma latina, de largas naves, con crucero y ábside que estuvo rodeado de capillas y con un pórtico ó *nartex*, bajo una disposición que recuerda la Basílica romana, y cuyo parentesco con las antiguas iglesias de San Sernín de Tolosa, y la de Conques en Francia, de la misma data, no es difícil encontrar. Dentro del tipo constructivo de la iglesia de Nuestra Señora de Clermond-Ferrand se caracteriza por el triforio, primero que aparece con su verdadera importancia en España, cuya abovedada techumbre sirve de lógico contrarresto al cañón de su nave mayor. Su actual crucero, elevado por el maestro Martís en 1384, no logra consolarnos de la falta de la cubierta que destinara para este sitio el maestro Raimundo, y que, de ser conocida, constituiría un dato inapreciable para el estudio de las escuelas de nuestro arte románico. Como joya estimabilísima de tal estilo ostenta el templo del Apóstol su célebre pórtico de la Gloria, creación del último tercio del siglo XII, donde el maestro Mateo desarrolló, con cuantas galas puede inspirar la fe á un artista, el más completo simbolismo de la Iglesia de

Cristo (1). Enterrado bajo las piedras que animó su cincel, su alma debe percibir constantemente la admiración que produce tan sublime obra.

No menos infeliz que otras esta Catedral, vió desfigurada su estructura primera con infinitos agregados y hoy verdadera construcción *enfundada*, si vale la palabra, dentro de otra, apenas deja entrever por algún intersticio de su moderno manto un interesante trozo de la primitiva forma que, cual la Puerta de las Platerías, nos hace deplorar las posteriores modificaciones.

Toda obra maestra deja en el mundo intelectual profunda huella, verdadera obsesión ejercida sobre el alma humana, cuya influencia se refleja en todas sus posteriores concepciones. Así la Catedral de Santiago y su pórtico de la Gloria *hicieron escuela*; y Lugo encargó en 1129 al mismo maestro Bernardo la erección de su Catedral, bajo análogas formas; y Tuy y Orense construyeron las suyas, esculpiéndose en la última el pórtico llamado «El Paraíso», inspirado directamente en la inmortal creación del maestro Mateo.

La Catedral vieja de Salamanca fue trazada hacia 1120. Ocupaba la episcopal silla salmantina D. Jerónimo Visquio, natural de Perigord, uno de los prelados franceses que Bernardo, Arzobispo de Toledo, hizo venir de su país, y que, después de la pérdida de Valencia, fue nombrado para aquel Obispado por el Conde D. Ramón y su mujer doña Urraca, los cuales habían fundado la Iglesia salmantina en los primeros años de la duodécima centuria. Dato importantísimo es el de la historia del prelado Visquio para explicar el parentesco que pueda tener la cúpula de la Catedral vieja de Salamanca con las célebres de Saint Frond, de Perigord (2), edificadas en

(1) *El Pórtico de la Gloria*, por D. Antonio López Ferreiro.—Santiago, 1893.

(2) Véase mi artículo «La antigua Iglesia de Gilos», publicado en *La Ilustración Española y Americana* del 22 de Enero de 1899.

los primeros años del siglo XII, si hemos de dar por buenos los argumentos de los arqueólogos franceses, que niegan en absoluto fecha anterior al notabilísimo templo bizantino (1).

Es nuestra Catedral el más completo tipo de las iglesias pertenecientes á la escuela que pudiéramos llamar *salmantina*. Gracias al desacostumbrado y feliz acuerdo que se tomó en 1513, al construir la nueva Catedral, de respetar la antigua (si bien inutilizándola en su izquierdo brazo) podemos admirarla casi íntegra. ¡Ojalá hubiese dominado el mismo criterio en todos los casos análogos, y hoy podríamos contemplar catedrales como las primitivas de Oviedo, León, Palencia, Pamplona y Barcelona, que tanta luz habían de arrojar en este obscuro camino de las investigaciones arqueológicas!

Éntrase comunmente á la vieja Catedral de Salamanca, atravesando la nueva, en la que Juan Gil de Ontañón dió tan patentas muestras de su pericia en el arte de construir. Y cuando, después de pasar bajo aquellas elevadísimas bóvedas de estrellada crucería, sostenidas por pilares semejantes á ligero haz de juncos, y que dan forma á aquel templo lleno de luz y animado con las armonías del culto cristiano, se traspone la puerta que comunica ambas basílicas, el violento contraste que ofrecen produce inefable impresión de recogimiento y misteriosa tranquilidad ante el abandonado recinto de

(1) Por todo extremo interesante es la polémica que sostienen en la actualidad los arqueólogos franceses, sobre la famosa iglesia de Saint Front, de Perigord. Merecen consignarse, como puntos extremos de la discusión, el parecer de Mr. Verneilh, que fija la fundación de aquel templo entre los años 984 y 1047, considerándole como hermano de San Marcos, de Venecia, y las opiniones de Mrs. Berthelé, Ramé y Brutails, que no admiten que sea anterior á 1120, afirmando el primero de estos arqueólogos, y con él Mr. Corroyer, que no hay en las cúpulas de Saint Front más que una imitación de las bizantinas, mientras Mr. Chois niega que exista parentesco de ninguna clase entre unas y otras, ni en la estructura y aparejo, ni en el trazado y forma exterior. (Véase *Revue de l'Art Chrétien*.—1895-1896).

aquella severa construcción, con aspecto al par guerrero y monacal, no turbada por el bullicio y esplendor de las ceremonias litúrgicas. Comparando ambas catedrales, dijérase que la una es el impenetrable santuario, vedado para los profanos á los misteriosos ritos; y ante cuya puerta queda detenida la muchedumbre, que, movible y bulliciosa, puebla las naves de la otra. Alegre y esbelta la moderna y severa y pesada la antigua, pudiera creerse que aparecían juntas en histórica panoplia la cincelada espada milanese del siglo XVI y el tosco mandoble de la undécima centuria.

Consta de tres naves, crucero y triple ábside, y sus bóvedas, donde apunta la ojiva, son de crucería, con robusta nervatura. Dentro del tipo latino, por lo que se refiere á estos elementos, aparece en ella una influencia bizantina en la cubierta del crucero, donde, sobre pechinas, se eleva un cuerpo cilíndrico, circundado de arcadas, apoyo de una doble cúpula peraltada al exterior y construída al interior por un curiosísimo sistema de plementos curvilíneos sobre los recios nervios. Esta originalísima cubierta, sin semejante en ningún país, según confiesa el célebre arquitecto inglés Street (1), es, á mi modo de ver, una amalgama de la cúpula oriental y de las crucerías del último período románico. Como construcción, aparece aquí contrarrestado su empuje, no por nichos como en Santa Sofía ó San Vital, de Rávena, ó por medios cañones como en Nuestra Señora del Puerto, de Clermond-Ferrand, ó por enormes machos como en Saint Front; sino por cuatro torrecillas cilíndricas, aplomadas sobre los vértices del cuadro de la planta, y que con sus redondas masas y su gravitación oponen fuerte resistencia á los empujes de la cúpula. Respecto á la decoración, es verdaderamente arquitectónica, no buscada por mosaicos ó pinturas como en las desnudas bóvedas bizantinas, sino por las líneas de sus arcaturas y de sus nervios al interior, y por el sabio sistema de contrarresto y su

(1) *Some account of Gothic Architecture in Spain.* —London, 1865.

útil y lógico escamado al exterior, que producen ese pintoresco conjunto que ha hecho célebre en el Arte la torre del Gallo de la Catedral vieja de Salamanca.

Como cuanto tiende á estudiar tan curioso monumento no puede menos de ser interesante, permítaseme una digresión con el ligero estudio que voy á tratar de hacer de la románica iglesia del Monasterio de Hirache, en Navarra; que si tal estudio se sale del cuadro de estos apuntes, puede proporcionarnos algún dato para la historia de semejantes construcciones en España.

La iglesia de Hirache fue construída en el siglo XII dentro del carácter cluniacense. Pertenece, pues, al estilo románico, puro en su ábside y crucero y con indicios de transición en las naves. Prescindiendo por completo de las demás partes, diremos que el crucero presenta hoy una insignificante cúpula, con degeneradas trompas. Pero sobre este postizo descúbranse los restos de la primitiva traza que he podido estudiar bajo la inteligentísima dirección del notable arquitecto y académico D. Ricardo Velázquez, al que se debe el anteproyecto de restauración que voy á detallar. Sobre los cuatro arcos torales elévanse gruesos muros que cortados á igual altura, ofrecen un paso alrededor de todo el cuerpo del crucero. Sobre este paso lánzanse otros cuatro arcos torales, que pudiéramos llamar *de descarga*, en los que se apoyan las pechinas, que, al alcanzar la planta circular, darían asiento á la cúpula hoy destruída. El empuje de esta bóveda está contrarrestado por cuatro torreones con casquetes esféricos por cubierta, acusados al exterior en su totalidad.

El sistema constructivo es, como se ve, análogo al empleado en Salamanca; pero desnudo, frío en este templo. Transportémosle recibiendo el calor artístico que le falta; amalgámese con las arquerías, canecillos y archivoltas románicas; facilítese su construcción con la nervatura de las bóvedas de crucería de transición, y tendremos el cimborrio de la Catedral de Salamanca.

Presenta este templo multitud de elementos decorativos, capiteles, impostas, archivoltas y canecillos, historiados unos y de celtas entrelazos ó exuberante flora otros; y en los enjarjes de las bóvedas de la nave alta colocó el arquitecto sendas estatuas de santos, que producen excelente efecto artístico, constituyendo un verdadero museo del arte decorativo en el estilo románico, con todas sus influencias.

Algo posterior á la vieja iglesia de Salamanca, y hermana suya en disposición y elementos, aunque de más robustas formas, se eleva de 1151 á 1174 la Catedral de Zamora, con su cúpula contrarrestada por torrecillas, sistema seguido en la Colegiata de Toro, y acaso primitivamente en la Catedral de Ciudad-Rodrigo, comenzada hacia 1170, donde quedan algunos restos que parecen indicar la existencia de un triforio, cuya suposición, de confirmarse, haría de esta iglesia el punto de enlace de ambos tipos, *galaico* y *salmantino*.

Vemos, por lo tanto, cómo la Catedral de Salamanca creó *escuela* y de especialísimos caracteres, tan alejados de los que distinguen las iglesias bizantinas del Sur y Oeste de Francia y del Nordeste de España, como de los que marcan el estilo de los templos latinos, si bien participan de ambas tendencias.

Contemporánea de la iglesia de Salamanca, se eleva en 1128 la Catedral de Tarragona, trazada por ignorado arquitecto, bajo la influencia normanda, y en suelo donde romanos y árabes dejaron poderosos restos de sus artes. Preséntase maciza y robusta en sus machones, con aspecto de fortaleza en el amatacanado ábside, y con reminiscencias del de aquellos pueblos en sus elementos ornamentales. El arte ojival encargóse posteriormente de terminar su crucero y su fachada, bajo la dirección de Fray Bernardo, maestro de las obras en 1250, y la de los dos Vallfogona, que al fin del siglo XIV y principios del XV empleaban sus talentos de escultores y arquitectos en la terminación de la fábrica.

Es común á casi todas las iglesias elevadas en España en

los siglos XI y XII el carácter guerrero que á su exterior presentan los fuertes torreones de sus fachadas, los matacanes y almenas de sus cornisas y sus aspilleradas ventanas. Pero este carácter no aparece marcado en ninguna con el vigor que en la catedral de Avila. Templo y Alcázar de la ciudad al mismo tiempo, emplazóse en la muralla, de modo que el ábside constituye un enorme cubo del recinto, y sobre las bóvedas de sus naves elévanse los pasos fortificados que la defensa exige. Al ver los lisos y fuertes muros, la enorme y doble coronación de matacanes y almenas y el general aspecto, recuérdase involuntariamente que más de una vez, en aquellos belicosos siglos XII y XIII, el estrépito de la lucha sobre las capillas sostenida, turbaría el reposo del sagrado recinto. Es, en suma, el ábside de la Catedral abulense símbolo de la íntima unión que se estableció en España en los tiempos medios entre el elemento eclesiástico y el guerrero; representación pétrea de aquellos prelados que cobijaban su alma de teólogos y santos bajo la férrea cota del soldado.

Obscura es la fecha de su fundación, que algunos fijan en 1091. Se sabe únicamente que por el año 1195 erguíase ya el amurallado ábside, parte la más antigua de su fábrica, de marcado sabor románico, pero presentando ya la disposición de la girola rodeada de capillas, no seguida hasta entonces en España, y característica de las iglesias de los siglos XIII al XVI. El trazado de esta parte del templo es singularísimo. Cada una de las capillas absidales está formada por un cuerpo á manera de exedra que apenas sobresale de la línea que circunvala el ábside, y por un tramo de bóveda trapezoidal ó antecapilla, que, en su unión con las correspondientes á las inmediatas, forman el segundo colateral del ábside, separado del primero por una serie de columnas aisladas. Esta disposición, única, según creo, en España, presenta cierta analogía con la de las catedrales de Chartres (construida en 1194) y la de Coutances, de los primeros años del siglo XIII, ambas, por consiguiente, de fecha posterior á la de Avila, y de más per-

fecta estructura (1). Créese que el ábside de la iglesia abulense es obra del arquitecto Eruchel, que figura como maestro en 1192, y cuya procedencia extranjera explica la exótica traza de esta fábrica.

Consta la Catedral de Avila de tres naves y crucero, y elevase hasta la altura de las colaterales del cuerpo principal dentro de las proporciones y elementos del arte románico. Lo prueban sus toscas molduras, las archivoltas de cuadrado perfil, y sus sencillos capiteles. Pero salvado aquel nivel, lanzáronse al espacio sus bóvedas, ya concebidas en el estilo ojival, y sus pilares, no amparados entre sí por otros elementos que por enorme tracería de piedra, que ocupa todo el vano, del mismo modo que en León. La nave alta carece hoy de triforio, siendo presumible que las bajas estuviesen destinadas á ser cubiertas por armaduras en pabellón; curioso sistema que también se observa en la citada Catedral legionense, siguiendo la escuela de Amiens.

Es, pues, el templo de la ciudad de los Caballeros un notable ejemplo de iglesia de transición, ojival primitiva por su planta y sus bóvedas, pero románica por su ábside y por las proporciones y elementos de las naves bajas. Acaso por esta falta de unidad, por la índole de los materiales en ella empleados y por la rudeza de sus elementos ornamentales, presenta este templo un carácter particular y no del todo agradable; no inspira la misteriosa impresión de la vieja iglesia de Salamanca, ni el sublime encanto de la de León.

La Catedral de Sigüenza, fundada en 1169, afecta los caracteres comunes á las iglesias de transición, con señales de haber tenido tres ábsides, sustituidos por la girola edificada en 1385.

Ultima Catedral erigida en el estilo románico, aparece la

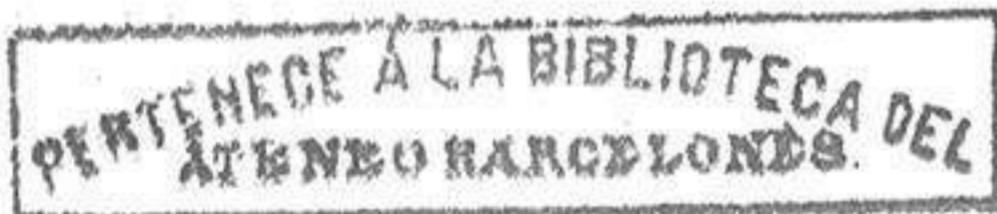
(1) También son de notar los caracteres comunes del ábside de Avila, con el de la iglesia de Morienvall, en Francia, que Gonse considera como el prototipo de la arquitectura ojival.

de Lérida como protesta de la invasión de las nuevas formas, que por los mismos primeros años del siglo décimotercero daban vida á la ojival iglesia de León. En mala hora la situaron en la plaza de armas de una fortaleza. Tratada como parte integrante de ella por los soldados de Felipe V, debemos al poder militar la cruel mutilación y el abandono de este monumento. Dividióse en dos partes su altura para utilizar un piso más, cerráronse sus arcadas con tabiques, mutiláronse sus ornatos y se destrozaron sus sepulcros, y así ha llegado á nosotros la obra atribuída al maestro Pedro de Cumba; triste destino, en el que han acompañado á la Catedral leridense el morisco alcázar zaragozano de la Aljafería, convertido igualmente en cuartel y parque de armas después de la guerra de Sucesión, y más modernamente, en tiempos tenidos por ilustrados, los alcázares de Segovia y Toledo, que han sido destruídos por el afán de buscar aplicación útil á lo que no debe ser más que objeto conservado para recreo del espíritu y enseñanza de las generaciones; como si los monumentos históricos y artísticos no cumplieran con esto su finalidad. ¡Dios haga que el futuro destino de estos palacios nó sea causa de que desaparezca para siempre lo que dejaron en pie los anteriores desaciertos!

Pero volviendo á la fundación de Don Pedro I el Católico, diremos que la Catedral de Lérida, de planta de cruz latina, con brazos muy cortos y un solo ábside, es de construcción románica; pero elevada desde 1203 á 1278, al propio tiempo que León, Burgos y Toledo veían levantarse sus ojivales templos, presenta en su traza notables influencias del nuevo estilo. Y como joya inapreciable del arte, posee esta Catedral la portada llamada de los Infantes, de trazado románico, con arcos de medio punto magníficamente decorados, con capiteles de cúbica silueta, con basas que conservan el perfil ático decadente y un voladizo tejeroz, apeado por canecillos. Pero en todos sus detalles campea el gusto y la perfección alcanzados por los artistas de la escuela ojival, que si componían en el

estilo viejo, ejecutaban en el nuevo, aunque sujetando su cincel á las minuciosidades bizantinas.

Digno remate de este primer período histórico de las iglesias episcopales en España, es en la ciudad reconquistada por Don Jaime I la puerta del Palau ó de Lérida de su Catedral; interesantísimo y único fragmento del arte románico, en una iglesia construída en 1262, dentro de la época ojival. Unida esta puerta á una tradición en que aparecen como protagonistas las doncellas de Lérida, y llevando el nombre de dicha ciudad, no es más que una repetición, hermoseada si cabe, de aquella puerta de los Infantes que acabamos de describir: el mismo trazado, idénticos elementos ornamentales, igual perfección en el entalle. Un sentimental y poético autor ha llamado á esta puerta *el último suspiro de un Arte que moría*; exacta y feliz expresión para caracterizar este fragmento que, separado por el tiempo y la distancia de sus progenitores y hermanos, parece haber venido á morir bajo el amparo de una Catedral que se elevaba en un estilo lleno de juventud y de fuerza.



IV

Empezaba el siglo XIII, edad de oro de los tiempos medios, que nacido al calor místico de la inmensa caridad del Santo de Umbría, fundador de aquellos humildes *frailes menores* que fueron protesta y reacción del poder alcanzado por los abades feudales de las anteriores centurias, moría sintiendo vibrar la potente inspiración del poeta florentino. San Francisco de Asís y el Dante, el coloso de la acción y el de la inteligencia, abarcan esa centuria donde descuellan Reyes como Luis de Francia y Fernando de Castilla, pensadores como San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino, polígrafos como Raimundo Lulio, legisladores como Alfonso el Sabio, conquistadores como Jaime de Aragón, artistas como Andrea

Pisano, el Giotto, Juan de Orbais y Enrique (1); siglo que presenció en lo político la muerte del poder feudal; en la literatura, la formación de las lenguas de Toscana y de Castilla; en la ciencia, las Tablas astronómicas; en el Derecho, las Siete Partidas, y en el arte, la erección de las catedrales sublimes.

Ensanchadas las aspiraciones de la sociedad, creciente la inteligencia y el poder popular, parecían insuficientes las ahogadas iglesias románicas. Necesitábanse mayores espacios, que al ser cubiertos por bóvedas de más amplitud, sostenidas por pilares de reducida sección, obligaron á llevar al exterior los empujes, ya disminuídos por la adopción del arco apuntado y aislados por el empleo de las crucerías. Constituyéronse los estrechos contrafuertes exteriores; lanzáronse hasta las naves los atrevidos botareles, lógica transformación de los medios cañones de contrarresto que hemos visto empleados en la arquitectura románica; ayudóse su efecto mecánico con la agregación de los pináculos; decoróse todo con elementos libremente inspirados en la flora local, abandonando los absurdos y monstruosos simbolismos del arte hierático que preconizaba las escuelas de Cluny, tan anatematizados por San Bernardo; y de todos estos elementos, libremente manifestados en cada país, según sus condiciones y necesidades locales, surgió el estilo ojival, lógico en su sistema constructivo, razonado en la satisfacción de las necesidades á que responde, magnífico en su ornamentación y sublime en la impresión estética que produce. ¿Qué más puede pedirse á una arquitectura para ser perfecta?

El arte español del siglo XIII es tributario del francés, como puede probarse con el análisis que luego intentaremos de nuestras tres más insignes catedrales. Justifican esta dependencia, por una parte el predominio que el estilo ojival

(1) Arquitecto de las catedrales de León y Burgos, muerto en 1277. (Véase *Historia del templo catedral de Burgos*, por el Dr. D. Manuel Martínez y Saenz.—Burgos, 1866.)

adquirió en la nación vecina, fuente donde se inspiraron los demás países; y por otra la influencia que en nuestras costumbres ejercían los hijos de Francia desde la expedición extranjera formada para la conquista de Toledo, aumentada más tarde con el natural influjo de las Reinas que compartían el solio, de los condes franceses con que casó Alfonso VI á sus hijas, y de los abades y monjes de aquella nación, que poblabron nuestros monasterios. Pero la influencia del arte francés déjase sentir más en la disposición general de las catedrales, que en sus accesorios; pues el especial desarrollo que el arte románico había adquirido en nuestro suelo, y el contacto incesante con los árabes, dieron á muchos detalles del arte ojival singular fisonomía, que al desenvolverse con la marcha de los tiempos, produce nuestro estilo florido de la décimaquinta centuria, exuberante cual ningún otro.

Enorme empresa sería la de analizar todas las catedrales que nos legaron los siglos XIII, XIV y XV. Entre ellas brillan como astros de primera magnitud las tres iglesias de León, Burgos y Toledo. Su estudio condensará, por lo tanto, el de todas las demás. Considerémoslas, pues, aisladamente, para terminar por compararlas entre sí, tal como las edades sucesivas las han hecho llegar á nosotros, con todas sus mutilaciones y todos sus espléndidos ó absurdos agregados.

*
* *

La Catedral de León fue fundada en el reinado de Alfonso IX. Ignórase la fecha exacta, aunque parece la más probable la de 1202. Desconócese, igualmente, quién fue el arquitecto que dió su admirable traza. ¿Sería acaso aquél Pedro Cebrián que aparece como maestro del anterior templo en 1175? Posible es, aunque cuesta trabajo concebir que imaginase tan esbelta planta quien necesariamente había de estar influído por el arte románico que imperaba á la sazón. La Catedral legionense es un monumento sin premisas en España.

Supremo adelanto sobre la apenas esbozada iglesia de Ávila con su rudimentaria girola, no puede encontrarse en nuestro país la gradación que caracteriza siempre la marcha del Arte, y por la cual ascendiésemos insensiblemente de las pesadas iglesias románicas á la esbelta é incomparable *Pulchra leonina*. Hay, por lo tanto, que buscar su inspiración fuera de nuestro suelo. Contemporánea de las catedrales de París, Bourges y algo posterior á la de Chartres, en esta última hallaremos la fuente donde se inspiró el autor. Tiene tres naves, lo mismo en el brazo mayor que en el del crucero, y su girola está provista de capillas absidales.

En este tipo, cuya nota característica es la disposición del crucero, en el que vuelven las naves bajas, construyéronse posteriormente la de Reims, en 1212; la de Amiens, en 1220; la de Beauvais, en 1225, y la de Colonia, en 1248, de cinco naves estas dos últimas.

La Catedral de León, anterior á todas, las aventaja acaso, ya que no en sus dimensiones, en la armonía de sus partes. En su perímetro no existen otros macizos que las reducidas pilas, y de una á otra, en toda la altura de su nave, extiéndese enorme vano, formado en su primera zona por los arcos de la nave baja; en la segunda, por el calado triforio, y por inmenso ventanal en la tercera. El constructor quiso obtener el mayor efecto disponiendo el triforio de modo que diese entrada á la luz exterior, para lo que pensó cubrir sus naves bajas con armaduras en pabellón, en lugar de hacerlo por pendiente á un agua, apoyada en el muro de la nave alta, sobre la galería del triforio; disposición adoptada en el ábside de la iglesia abacial de San Dionisio, de París, construída en 1240, y en las Catedrales de Amiens y Troyes.

Nada más armonioso que la planta de esta iglesia; nada más audaz que su construcción; nada más lógico que sus hastiales, verdaderas secciones transversales de sus naves, en las que se acusan todos sus elementos: triforios, arcos, fajones, piñón de armadura, botareles y contrafuertes; nada más so-

brio que su ornamentación. Tales son los rasgos característicos de esta Catedral que, por fortuna para el arte, debe su restauración completa á distinguidos arquitectos modernos (1) que, al reparar los ultrajes que el tiempo y los hombres causaron en ella, nos la han devuelto tal como la concibió su insigne y anónimo autor.

Ejercía el poder real el Santo Fernando III, cuando en 1221 puso la primera piedra de la Catedral de Burgos. Tampoco es conocido con certeza su autor, pues para atribuirle al maestro Enrique, primero que figura como arquitecto de la Catedral, habríamos de suponer que la concibió á los veinticinco años, temprana edad para poseer tan vastos conocimientos.

Su planta es de cruz latina, con tres naves, girola y capillas absidales; pero las naves bajas no vuelven por la del crucero, sino que mueren en él, lo que quita al conjunto la ligereza y diafanidad que tiene la de León. Pertenece, por lo tanto, al tipo iniciado en Francia por la Catedral de Noyon, en 1150, y seguido en la de Tours y Sens, ambas de los primeros años del siglo XIII, dentro de una escuela un tanto pesada. La girola presenta hoy las trazas de sus cinco capillas absidales, de las que únicamente la de San Gregorio conserva su planta primitiva, pues las cuatro restantes fueron destruídas para elevar las suntuosas que hoy desfiguran la primitiva disposición de esta parte del templo. Las naves bajas no alcanzan la altura que la necesaria proporción, con la mayor, pediría, y los altos ventanales corecen de esbeltez y de gracia, pues su mezquina tracería y la rudeza de sus perfiles le roban uno de los mayores encantos que el arte ojival ha dado á sus catedrales. El triforio es, en cambio, un trozo de originalísimo estilo, acaso sin ejemplar (2). Compónese de ligeras colum-

(1) Véase la *Monografía* citada.

(2) Mi opinión en este punto concuerda con la de M. Street. Obra citada.

nas que sostienen ancha losa perforada, con arcos y ojos lobulados, cobijada por saliente archivolta que decoran cabezas humanas esculpidas. El conjunto es de un efecto pintoresco sin igual, distinto por completo de las tradicionales arcaturas de los triforios de este arte. La parte que al exterior ha quedado de su primitiva fábrica, es del más puro y rico estilo en sus hastiales, contrafuertes y arbotantes. Es, en suma, la catedral burgalesa, en sus fábricas primitivas, una gallarda manifestación del arte ojival, si bien en sus proporciones y en alguno de sus elementos se percibe cierta rudeza que hoy desaparece bajo el espléndido manto con que Arzobispos y potentados, arquitectos y artífices de todas clases, han cubierto el monumento desde el siglo XIV, convirtiéndole en museo de sepulcros y retablos, rejas y estatuas, estrelladas bóvedas y caladas agujas (1).

Mediaba el siglo XV cuando el célebre Juan de Colonia emprendió la terminación de las torres, coronándolas con las caladas agujas ó pirámides, que tan célebre han hecho esta Catedral. Nada más absurdo, desde el punto de vista de la lógica, que tales remates; *cubiertas que no cubren* y bajo las cuales necesariamente ha de colocarse otra construcción que defienda de las aguas el cuerpo de las campanas. Pero nada tampoco tan ideal, tan artístico y tan atrevido. Su octógona pirámide, con sólo 0,30 metros de espesor, se eleva 30 metros sobre la plataforma de las torres, presentando en sus caras las más variadas tracerías. Hay que buscar en la patria del célebre maestro alemán que las dirigió el original de estas *agujas*, de cercano parentesco con las de la Catedral de Colonia. Tan sutil encaje no podía desafiar por muchos siglos la labor del tiempo; y hoy, maltrechas y descompuestas, deben á recientes apeos una vida que, para desgracia del arte, está próxima á concluir.

El crucero de la iglesia de Burgos debió estar cubierto pri-

(1) Véase la Historia citada.

mitivamente por sencilla bóveda, sustituida más tarde por la linterna que el Arzobispo Acuña construyó á sus expensas al finalizar el siglo XV. Comenzaba el año 1539, cuando se hundió; catástrofe á la cual se debe la admirable obra de Juan de Vallejo, que sustituyó á la arruinada. Construyola dentro del estilo del Renacimiento; pero de tal modo la admirable silueta de las agujas y pináculos de las torres y de la capilla del Condestable subyugaban al artista, que su fábrica, vista á distancia, dijérase elevada por los mismos Colonias que concibieron aquéllas. Acaso influyó en su traza la del derrumbado cimborrio, que, á creer á testigos oculares, *era elevadísimo y remataba con ocho pirámides, con muchas efigies, labrado todo con mucho arte y delicadeza.* ¿No se ve en esta descripción las mismas cualidades distintivas de la actual linterna? Pero si queremos buscar más lejos la fuente de inspiración de esta obra, tan diversa de las agujas que coronan las catedrales de París, de Colonia y otras francesas y alemanas, parécenos que no sería difícil encontrar en aquella Torre del Gallo, de Salamanca, el origen de la costumbre española de colocar sobre los cruceros de nuestras catedrales estos cuerpos, que á su vez, y por degeneraciones sucesivas é influencias de los estilos, vinieron á parar en la cúpula con que Churriguera cubrió el crucero de la nueva Catedral de Salamanca.

En el mismo emplazamiento y con el propio ingreso de una de las cinco capillas absidales, construyó Simón de Colonia, en 1482, la del Condestable, espléndido alarde del arte ojival en su último período, de elevadísima bóveda en estrella, cerrada por una de las maravillas de la rejería española, con la que Cristobal de Andino sentaba en 1523 su reputación de artista sin igual, colocando digna guarda á aquellos tesoros, á aquellos retablos y sepulcros que hacen de esta capilla un monumento de subido mérito.

Pasemos por alto el magnífico claustro procesional, y sus varias capillas, de fábrica suntuosa, llenas de sepulcros, retablos, rejas y estatuas, en que los Colonias, los Siloes, Vallejos

y Andinos dejaron el cimiento de su gloria. Bástenos decir que la Catedral de Burgos, hermosísima en su traza primitiva, debe, sin embargo, su mayor importancia en el arte á las edades sucesivas á su fundación, que á porfía la han enriquecido, si bien desfigurándola. Pero no deploramos demasiado este caso, ya que en otros muchos vemos análogos agregados, sin que el postizo nos haga olvidar por su hermosura la del elemento desaparecido.

Coinciden á veces en la marcha de los tiempos y por modo providencial, hombres que se completan, genios que se ayudan. Fernando III, Rey de Castilla, y D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, se encontraron en la vida; y al juntar su fe, sus energías y sus talentos, surgieron las conquistas de Jaén y Córdoba en el campo de la guerra, y la Catedral de Toledo en el de las artes. Ambos sentaron la primera piedra en 1227, según traza de ignorado arquitecto. ¿Fué Pedro Pérez, que aparece como primer maestro de la obra y que murió en 1285? No es fácil saberlo; pero como dato que se presta á más amplios estudios, diré que Mr. Enlart, en un estudio sobre Villard de Honnecourt, notable arquitecto francés del siglo XIII, apunta la idea de que acaso el Petrus Petri que conocemos no sea otro sino Pedro de Corbie, colaborador de Villard de Honnecourt; curiosa noticia que no he visto citada por ningún autor español (1).

Sea de ello como quiera, resulta que el autor de la iglesia primada parece haberse inspirado en la planta de Nuestra Señora de París, que data de 1160, y cuya construcción hallábase muy adelantada hacia 1223, y en la de Bourges, fundada al

(1) Mr. C. Enlart y M. Street, haciendo notar la disposición del ábside de la catedral de Toledo, donde alternan las capillas rectangulares con las semicirculares, análogamente á lo que se observa en la planta trazada por Villard de Honnecourt y por Pedro de Corbie para la iglesia de Vaucelles, dice lo siguiente:

«Si es casi seguro que el primero de estos arquitectos no estuvo en Toledo, nada prueba que el segundo no haya trabajado allí. ¿Quién sabe si

comenzar el siglo XIII. Ambas son de cinco naves, y la segunda no tiene crucero como la nuestra. Es, pues, indudable que entre la de París y la de Toledo existen visibles semejanzas y analogías.

Pero lo que distingue de ambas citadas á la iglesia toledana, lo que la avalora y singulariza, es el trazado de su doble girola. Sabidas son por cuantos se han dedicado á estos estudios constructivos y artísticos, las enormes dificultades con que tropezaron los arquitectos de los siglos XII y XIII para resolver el problema de cubrir los trapezoidales tramos de las girolas de sus iglesias. Todas las combinaciones adoptadas pecan de dificultosas y, entre ellas, es notable la que presenta el ábside de la iglesia de San Remy, de Reims, más por lo ingeniosa que por lo satisfactorio de su solución. Admira la sencillez del trazado del ábside de Toledo, en el que aparecen

el maestro *Petrus Petri*, de Toledo, muerto en 1290 (a), no es el mismo *Pedro* de Corbie? Esta idea no se le ocurrió á Street; pero nada se opone á que este *Pedro*, apellidado en su epitafio en la Catedral de Toledo por el nombre de su padre, *Pedro* (Petri), lo fuese otras veces por el de su ciudad natal, *Corbie* (b); y si hacia 1230 empezó sus trabajos con Villard de Honnecourt, pudo vivir hasta 1290. Esto no es, entiéndase bien, más que una hipótesis; pero vale tanto ó más que muchas de las que se han emitido sobre los arquitectos de la Edad Media» (c).

Véase *Villar de Honnecourt et les cirterciens*, por Mr. C. Enlart.—*Bibliothèque de l'Ecole des Chartres* (LVI Année 1895).—Véase también la obra citada de Viollet-le-Duc, tomo I. *Architecte*, pág. 111.

(a) No existe conformidad acerca de la fecha de la muerte de *Petrus Petri*, grabada en su epitafio de la capilla de Santa Marina. Cean Bermúdez y Llaguno, en su obra de *Los Arquitectos y la Arquitectura de España*, «copia:.....

..... era de MCCCXXVIII (1290 de J. C.).

Cuadrado y Lafuente, en el tomo III de *Castilla la Nueva* de la obra *España*, transcribe:.....

..... era de MCCCXXIII (1285 de J. C.).

Y el Sr. Vizconde de Palazuelos, en su *Guía de Toledo*, dice que en el citado epitafio consta:.....

..... era de MCCCXXVIII (1291 de J. C.).

(b) *Corbie*, ciudad de Francia (Somme), á 17 kilómetros de Amiens.

(c) Véase mi estudio. *El trazado de la Catedral de Toledo y su arquitecto Pedro Pérez*; conferencia dada en la Sociedad Central de Arquitectos el 20 de Mayo de 1898, y publicada en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.—Enero de 1899.

vencidas la mayor parte de las dificultades. Su doble colateral presenta dividida el área en compartimentos rectangulares, cubiertos por crucerías en las que no se presenta ya dificultad alguna, y las diferencias de perímetro entre la línea de la capilla mayor y la de la fila intermedia de pilares, y entre ésta y la de entrada á las capillas absidales, véncese con aumentar el número de apoyos; quedando divididas, en suma, ambas naves en una serie de compartimentos rectangulares y triangulares alternados, de la más lógica traza y del más hermoso efecto. Esta disposición no aparece hasta entonces empleada en ninguna Catedral española, ni el estudio de las plantas de las principales iglesias francesas me lo ha mostrado, si se exceptúa en las de Saint Martín des Champs, en París (1), y en la Catedral de Mans, cuyo ábside fue construído en 1220 (y es, por lo tanto, algo anterior al de Toledo) el cual presenta en el segundo colateral una alternada ordenación de compartimentos rectangulares y triangulares, empleados por cierto de un modo mucho menos lógico que en Toledo, puesto que por seguir la citada disposición en la parte recta de la nave, donde era innecesaria, tuvieron que trazar bóvedas de planta trapezoidal, cayendo en el defecto que pretendían evitar (2).

Consecuencia de tan bello trazado es en esta Catedral una ordenación de capillas absidales de dos distintas dimensiones, según que tienen su ingreso en los formeros de los tramos rectangulares ó en los de los triangulares.

Estas capillas absidales, así como las que aparecen á los lados del brazo mayor de la cruz, son de reducidas dimensiones, y por algunos signos que se perciben en los muros exteriores, pudiera deducirse que las últimamente citadas son posteriores á la construcción del templo, aprovechando el salien-

(1) Véase Viollet-le-Duc, obra citada, *Abside*.

(2) Véase Viollet-le-Duc, obra citada, *Architecture*.—*Calhedrale*.

te de los contrafuertes, á semejanza de lo efectuado en 1245 en Nuestra Señora de París.

Si notable es la Catedral de Toledo por la traza de su planta, no lo es menos por la de su alzado. Distínguese desde luego por la carencia de triforio en la verdadera importancia que este elemento tiene en las iglesias de los siglos XIII y XIV, pues no aparece al interior y queda reducido á un paso para el servicio del templo en los arranques de los ventanales de la nave mayor y de las intermedias (1). En la del crucero existe el triforio, y en el ábside aparece una sencilla galería con arcos lobulados, teniendo, finalmente, una arquearía de arcos entrelazados, de marcadísimo sabor oriental, en torno de la nave mayor. La falta casi absoluta de tan importante elemento de la arquitectura ojival contribuye acaso al efecto de severidad que produce la nave mayor, pues su misma simplificación de líneas y sobriedad de elementos aumentan su imponente majestad.

Adicionad aquella capilla del infeliz valido de D. Juan II, elevada en 1450, no menos rica que la del Condestable en Burgos; unidla á la de San Ildefonso, de igual fecha; poblad su recinto de obras maestras como el retablo de Diego Copin, el coro de Felipe de Borgoña y Alfonso de Berruguete, y las rejas y púlpitos de Villalpando y Céspedes, y comprenderéis que no en vano ostenta la Catedral de Toledo título de obra maestra de las Artes españolas en las centurias que abarcan, como gigantes de la historia, Fernando III el Santo y Carlos V el Emperador (2).

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA,
Arquitecto.

(Se concluirá.)

❧ (1) No falta quien opina que primitivamente tuvo triforio, y que este desapareció en una restauración del siglo XIV.

(2) Véase *España, sus monumentos y artes, su naturaleza é historia. Castilla la Nueva*, tomo III.—Barcelona, 1887.

CRÓNICA LITERARIA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS.

Las letras españolas en 1899.—*De la enseñanza superior en España*, por D. Miguel de Unamuno. — *Los hidalgos (La vida en el siglo XVII)*, por D. J. Martínez Ruiz.

No es difícil de hacer el balance de las letras en el año 1899 (en España, se entiende), pues sus partidas ni son muchas ni de gran importancia. Si algún carácter ofrece es negativo: la paralización en los principales géneros literarios, la falta absoluta de obras de primer orden. Empleando una frase, como popular, expresiva, puede decirse que ha sido un *año muerto* para la literatura.

En los teatros especialmente, esa infecundidad ha sido manifiesta. Los pocos laureles dramáticos que se han cosechado, han correspondido á compañías extranjeras y obras extranjeras. La obra más celebrada, la que puede llamarse la obra del año ha sido *Cyrano de Bergerac*, una traducción del francés... representada en el teatro Español, para que resultase más patente ese carácter de la temporada. Las compañías de Teresa Mariani, Sarah Bernardt, la Réjane, con su repertorio francés, alemán, inglés é italiano, han llamado mucho más la atención del público (y no sin razón) que las compañías de comediantes españoles, de las cuales las del *teatro grande* han puesto en escena más arreglos, adaptaciones á comedias inspiradas en

obras extranjeras, que producciones originales de nuestros dramaturgos.

Hasta el *género chico*, que con su tendencia á resucitar el tradicional sainete (género secundario, pero castizo) parecía el refugio que le quedaba al ingenio dramático nacional en su decadencia, se ha visto amenazado de una terrible competencia extranjera. No es que ya se traduzcan sin rebozo los *vau-devilles* y piezas francesas que han solido ser, por mucho tiempo, una de las fuentes de inspiración más frecuentadas por nuestros autores cómicos. La competencia exótica ha aparecido bajo la forma de un género más chico todavía, del que llamó con gracia Zeda *género mínimo*, ó sea el remedo de los *cafés concerts* franceses, que hemos visto aparecer en gran número de salones de espectáculos donde se han exhibido tantas *chanteuses, danseuses, diseuses, excentriques*, etc. (por lo general, los desechos de este género en Francia), alternando á veces con el *baile andaluz* y el *cante jondo*, como si se confundiesen en una especie de alianza franco-española de burdel el flamenquismo y el can-cán. La clausura de la mayor parte de estos espectáculos, por razones de moral pública, no ha hecho más que conjurar el peligro para nuestras tiples y nuestros saineteros. Las *chanteuses* volverán... más seguras que las golondrinas.

Las obras que mejor éxito han obtenido en los teatros principales, han sido arreglos: además de *Cyrano de Bergerac*, arreglo del melodrama de Rostand, *Los Reyes en el Desierto*, de Daudet, arreglado por D. Alejandro Sawa; *Cuento de amor*, de Benavente, adaptación notable de *Como gustéis*, de Shakespeare; *La enamorada*, de Marco Praga, arreglo de D. Manuel Bueno; *La vida de bohemia*, por Palencia; *Colinette*, por el Marqués de Altavilla, etc. *La Duquesa de la Vallière*, del Sr. Cavestany, estrenada últimamente en el teatro de la Princesa, no es un arreglo, pero, cuando menos, tiene francés el asunto, y por su corte pertenece al género de *Madame Sans Gêne* (traducida: *La Corte de Napoleón*), es decir, á aquella

clase de obras de gran espectáculo, en que el decorado y vestuario figuran como atractivos muy principales.

De las obras originales (dramas y comedias de costumbres), las más importantes han sido *Los caballos*, de Sellés, y *Sin rumbo*, de Fernández Villegas, producciones dramáticas, cuyo éxito material en la escena fue, sin duda, inferior á su mérito, y que merecieron, con justicia, la atención de la crítica.

La zarzuela *grande*, es decir, la zarzuela en tres actos, ha tenido sus éxitos: *Don Lucas del Cigarral*, de Fernández Shaw y Luceño, con música de Vives; el *Clavel rojo*, de Perrín y Palacios, con música de Bretón, y últimamente *La Cara de Dios*, de Arniches, con música de Chapí, han sido las obras más celebradas en este género. En el *chico*, pueden citarse un sainete de Ricardo de la Vega: *Amor engendra desdichas ó...* no sé cuantas cosas más, pues este autor abusa demasiado del amaneramiento de los títulos largos; *La muela del juicio*, de Ramos Carrión, y *La sala de armas*, de Vital Aza, estrenadas en Lara, y otra media docena de obras más ó menos ingeniosas y entretenidas, distribuídas por los escenarios de Apolo, la Zarzuela, Lara, Eslava. Claro es que los estrenos han sido bastante más, pero las obras admisibles si pasan de aquel número no excederán de él en mucho.

En la novela, Galdós se ha llevado, como de costumbre, la palma de la fecundidad: en 1899 ha publicado cinco *Episodios Nacionales* de la tercera serie: *De Oñate á la Granja*, *Luchana*, *La Campaña del Maestrazgo*, *La Estafeta romántica* y *Vergara*. De sus obras antiguas, se han impreso nuevas ediciones de *Marianela* y *Doña Perfecta*, que alcanzan ó rebasan ya la cifra de 25.000 ejemplares. Relativamente, este número, aunque obtenido en un período de más de veinte años, representa como triunfo para el autor, casi más que los cientos de miles de ejemplares por que se cuentan ya las principales obras de Zola. La proporción entre los lectores españoles de novelas y los lectores no ya franceses, sino universales de Zola, hace

que dentro de esta proporción iguale ó supere al autor de *Los Rougon Macquart*, bajo este respecto, el de los *Episodios*.

Aparte de las obras de Galdós, la producción novelesca ha sido muy escasa. D. Juan Valera nos ha dado *Morsamor*; Don Armando Palacio Valdés, *La alegría del Capitán Ribot*. Con esto y algún tomo de cuentos de la señora Pardo Bazán, podría cerrarse el balance de la novela en 1899, á no haberse dado á conocer un novelista nuevo, el Sr. Gutiérrez Gamero, que ha empezado por donde no acabaron muchos y cuya novela *El ilustre Manguindoy* llamó justamente la atención del público y de los críticos. También el malogrado Macías Picavea dió en la segunda parte de su *Tierra de Campos* una muestra de las sobresalientes aptitudes que poseía para el cultivo de este género literario.

En la poesía lírica el cuadro es aún más pobre. El poeta del año ha sido D. Vicente Medina, autor de los *Aires murcianos*; pero le falta mucho para que podamos ver en él un heredero de Becquer, ya que no de Campoamor ó Nuñez de Arce, á los cuales se parece poco.

Tampoco han abundado los trabajos de erudición ni de crítica. El Centenario de Velázquez, celebrado sin entusiasmo público, no ha dejado tras sí más que un excelente libro de D. Jacinto Octavio Picón acerca del gran pintor español; otro del Sr. Beruete (en francés) y otro del Sr. Mesonero Romanos (hijo), acerca de las obras de Velázquez que no figuran en el Museo del Prado. Entre las obras de carácter didáctico referentes á problemas sociales y políticos de actualidad, pueden citarse algún que otro libro como *El problema nacional*, de Macías Picavea; *El problema cubano*, del Sr. Alzola; el estudio del Sr. Sánchez de Toca sobre el poder naval de España, poder que, dicho sea entre paréntesis, es pura hipótesis.

Y esto es todo..... pues aunque la anterior enumeración, como hecha de memoria sea incompleta, puede asegurarse que después de llenar sus lagunas y omisiones, no se alteraría el concepto general sobre la producción literaria en 1899.

Obra verdaderamente notable no ha habido ninguna, y en todos los géneros ha sido muy corto el número de las buenas ó superiores á la medianía.

No es tiempo suficiente un año para que de sus datos puedan sacarse inducciones firmes sobre el estado de la literatura: la evolución de ésta se verifica en mucho más largos períodos, pero el año 1899 ha venido, tras otros, si no tan pobres, semejantes; y hay sobre todo un síntoma de decadencia, transitoria acaso, que es de los que menos duda admiten: la falta de elementos de renovación. La última generación literaria brillante, apareció por los tiempos de la revolución de Septiembre ó se formó en ellos; muchos de nuestros actuales literatos de primera línea pertenecen á un período histórico anterior; desde entonces se espera en vano á la generación nueva que debía de suceder á estos ingenios; algunas personalidades sueltas han aparecido de vez en cuando, pero seguimos esperando á los sucesores de Nuñez de Arce y de Campoamor en la poesía lírica, de Echegaray y de Sellés en el Teatro, de Galdós, Pereda y Valera en la novela.

Hoy, sin embargo, se lee más que hace veinte años, y la prensa, el moderno elemento de propaganda, presta mayor atención á la literatura y á las artes. No es nuestro público muy numeroso ni está muy educado, pero ha habido en él acaso más progreso que en los autores. De ahí que cada día sea mayor la competencia que hace á la nuestra la literatura extranjera, ya traducida, ya en su idioma original, cuando éste es asequible á las personas de alguna cultura, como sucede con el francés, que es el caso más frecuente, por ser la literatura francesa la más conocida entre nosotros y la que mayor influencia suele ejercer sobre nuestros escritores, siendo además el vehículo por donde generalmente vienen á nosotros las ideas y las creaciones literarias de otros pueblos, de los cuales nos separa más la diferencia de idioma y la falta de comunicaciones de vecindad. Por donde resulta que, lejos de ejercer nosotros una hegemonía espiritual y una verdadera

influencia literaria sobre los pueblos de nuestra lengua, á duras penas conservamos en nuestra misma literatura la independencia del carácter propio, de escuelas propias, de ideas y procedimientos originales y castizos. Mas no hay que achacarlo todo á afición al extranjerismo, á perversión del gusto ó capricho de la moda, que haga preferir lo exótico á lo nacional. La principal razón de esas influencias extrañas está acaso en la inferioridad relativa de nuestra literatura contemporánea. Basta considerar lo distante que se halla ésta, en mérito y abundancia, de la literatura española del siglo XVI, mientras que la francesa bien puede decirse que en el siglo actual no sólo ha igualado, sino que ha superado á la de sus clásicos; de suerte, que el verdadero siglo de oro suyo ha sido el XIX, más todavía que el XVII. Nada tiene de extraño que el vínculo de parentesco y proximidad espiritual que supone la conacionalidad no baste para que una literatura decadente y escasa pueda resistir la competencia de otra en pleno florecimiento y vigor, afín, aunque sea extranjera y perteneciente á una lengua fácil, difundida y de la misma estirpe que la nuestra.

Esperemos que llegará algún día, más tarde ó más temprano, esa nueva generación literaria que se aguarda hace años. Entre tanto, sólo vemos de ella algunas raras avanzadas, algunos contados exploradores. Quizás el actual estancamiento de las ideas y la falta de pasión por ellas hace que su advenimiento sea más tardío y trabajoso. Puede señalarse en nuestra historia literaria de este siglo la coincidencia de los períodos de producción activa con los momentos de fermentación política y social, de combate por las ideas. Quizás nos ha faltado también sentido de la realidad y de nuestra historia para saber cultivar nuestra tradición, sin hacerla objeto de un culto idolátrico, ofuscados hasta el punto de considerar que la España del siglo XVI fue la fórmula definitiva de la perfección social y de la inspiración artística, ni menospreciarla tampoco movidos por pasiones contrarias, hasta el extremo de pensar

que no hubo en nuestro pasado más que aberraciones lastimosas. Entre una y otra exageración oscila nuestra crítica histórica, y ni unos ni otros, ni los admiradores ni los detractores de la España que fue saben dar á la tradición su verdadero valor, distinguiendo lo que hay en ella de temporal y pasajero, y hasta de accidental, de lo que es revelación del carácter permanente de un pueblo.

Prescindiendo de causas generales, siempre vagas y remotas, quizás influyen en la exigüidad de nuestra producción literaria otras causas próximas más modestas, pero cuya acción transitoria es eficaz. Tal vez no hay lectores bastantes en España para que sea posible y natural, como lo es en Francia y en los demás países adelantados de Europa, la convivencia de un periodismo cada vez más extendido y enciclopédico, y de una literatura floreciente. Quizás la prensa, que prepara y educa lectores para la literatura de mañana, priva entre nosotros á las letras de buena parte de los ingenios que habrían podido emplearse en ellas. El periodismo, y sobre todo, el periodismo tal como se ejerce en España, es profesión tan absorbente, que no deja, á los que en ella se ocupan, el ocio y el reposo necesarios para la producción de las obras literarias de empeño. Y es evidente que la prensa, como camino áspero y difícil, pero camino al fin que conduce á las posiciones políticas y á la notoriedad ambicionada por los escritores, atrae hacia sí y encadena á sus tareas penosas y subalternas, desde el punto de vista estético, á la flor de la juventud que maneja la pluma, á una verdadera *élite*, que por lo común malgasta la frescura de su ingenio y pierde los hábitos de estudio y de perfeccionamiento en este ejercicio de improvisación forzada, literatura democrática que tiene que hablar al vulgo en su lenguaje y en su tono, y que es, bajo tantos conceptos, ajena á la esencia verdaderamente aristocrática, de producto refinado y de excepción, de las genuinas producciones literarias.

Pero, sean estas ú otras las causas, el hecho está ahí, escueto, irrefutable. Y el hecho es que el movimiento literario

en 1899 dará poco que hacer y poco que escribir á los futuros historiadores de nuestra literatura en el siglo XIX.

*
* *

Pocas más de 100 páginas tiene el folleto del Sr. Unamuno, *De la enseñanza superior en España*; pero hay en él más pensamiento, más médula intelectual que en muchos abultados volúmenes, tan revestidos de apariencias doctorales, que no parece sino que fueron escritos vestido el autor de toga y calado el birrete.

A su mérito intrínseco presta una circunstancia que contribuye á avalorar su sinceridad: es una crítica de la enseñanza, escrita por un catedrático. Es, pues, una protesta viva contra el *espíritu de clase*, que puede calificarse en España de verdadera plaga, amparo de los abusos que redundan en beneficio de alguna colectividad particular, rémora de las reformas útiles, sostén de las rutinas, encubridor de vicios, pregonero de alabanzas propias, baluarte de *derechos adquiridos*, aunque haya sido malamente; tacto de codos y egoísmo colectivo, disfrazado con pretextos de utilidad pública.

Este funesto espíritu de cuerpo hace que los males de las colectividades por él dominadas, no encuentren remedio en el interior de ellas y tengan que recibirlo de fuera, á ciegas y acaso á mano airada. Nadie mejor que un catedrático puede comprender los defectos de la enseñanza; pero, generalmente, los catedráticos se creen obligados á sostener, por decoro *de la clase*, que el cuerpo docente es lo mejor, y la enseñanza lo menos malo que hay en España. Hablo de catedráticos, porque se trata ahora de un folleto sobre enseñanza; pero no es, ciertamente, el profesorado la clase donde aquel espíritu colectivo hace mayores estragos: en el ejército, en la magistratura, en la burocracia, tiene más hondas raíces y brotes más pujantes.

Unamuno se muestra emancipado de esta servidumbre. El cuadro que traza de la enseñanza no temple los colores de la realidad con ninguna atenuación interesada; es profundamen-

te verídico y nada laudatorio. Pinta á la cátedra convertida en órgano de repetición oral de la que dicen, acaso mejor, los libros, en órgano de exposición de *asignaturas*, de ciencia *hecha*, petrificada, no de ciencia en elaboración viviente; muestra al oficio de catedrático mirado como una prebenda cuya propiedad absoluta con su *jus utendi et abutendi*, se adquiere de una vez con la oposición, ejecutoria de dominio como la escritura de compra de un predio; lamenta, en fin, la falta de fe en la enseñanza y de espíritu científico que priva á aquélla de actividades vitales y de verdaderos frutos.

Todos los que hemos pasado por las aulas, llevando á ellas alguna ilusión de cultura, algo más que la resignación del forzoso aprendizaje para alcanzar un diploma profesional, algo más que la idea de servir á Laban cinco ó seis años para lograr el desposorio con la ciencia oficial, conservamos en la propia experiencia un repertorio más ó menos abundante de datos y recuerdos que se ajustan exactamente á la pintura trazada por el sabio profesor de Salamanca. Ese tipo del opositor que se *quema las cejas* durante algunos años, y revuelve textos y pone en tortura su intelecto y su memoria para alcanzar con la cátedra una posición cómoda y segura, una canongía laica, sin otra obligación que la hora y media de clase (la asistencia al coro, siguiendo la comparación), es muy español; de ahí tantas cátedras que podrían ser ventajosamente suplidas para el alumno con media hora de buenas lecturas; tantos libros de texto que nada enseñan y sólo representan una industria accesoria del profesorado; tantos profesores que entienden que, despachada la hora de clase, ya *el resto del día es domingo*, como dijo uno de ellos á Unamuno.

A esta clara visión de la realidad, y á ese juicio sereno é imparcial para juzgarla, une el autor del folleto, y en éste se refleja, una potente originalidad intelectual que llega á veces á los límites de la paradoja. Así, al refutar el dicho vulgar: «más industriales y menos doctores», después de advertir agudamente que de nuestras escuelas industriales saldrían licen-

ciados y doctores en industria, por la manera de ser teórica y verbalista de nuestra enseñanza, sostiene Unamuno que todavía hacen falta más doctores famélicos, más *declassés* salidos de las Universidades, más proletarios de levita, en fin, cuyo descontento sirva de palanca para corregir las injusticias sociales. Hay todo un programa revolucionario en esa opinión. Pero ¿quién nos responde de que esos *ratés* de la enseñanza universitaria, una vez llegados á la meta, serían mejores ni lo harían mejor que los privilegiados de hoy?

Con la abundancia exuberante de ideas, que parece como que manan en tropel á medida que va avanzando el discurso, casa bien el carácter especial del estilo de Unamuno, espontáneo, vivo, natural, apartado cuanto es posible de la simetría de las formas retóricas, producto de reflexión y de lima. En los escritos de Unamuno no es el lenguaje vestidura de las ideas, sino como cuerpo en que éstas se encarnan con tales apariencias de naturalidad, que se diría que no hay solución de continuidad entre la representación primera del pensamiento en lo interior y su salida al mundo exterior revestido de palabras. Este mismo folleto, que versa acerca de una cuestión didáctica, y sobre didáctica universitaria, en que podían tener fácil acceso todos los artificios lógicos de método, sistema, clasificación, parece escrito con la propia inspiración de un poema en un arranque en que la concepción y la expresión parecen simultáneas. De poesía hablo, y poeta es Unamuno tanto como filósofo, aunque no haya publicado versos, y acaso por ser filósofo es poeta. Filosofía y poesía tienen la misma honda raíz y la propia estirpe, aunque el vulgo se las figure tan diferentes, no viendo en la una más que una frívola canción, ni en la otra más que un estudio abstruso y escolástico.

Estilos como el de Unamuno, que desprovistos casi de todo ornato retórico, ejercen, sin embargo, viva sugestión sobre el lector, son la mejor demostración de que la importancia de los artificios retóricos no es tan grande como se supone, ni tan decisivo su influjo para determinar el valor de las creaciones li-

terarias. Al cabo, las formas retóricas no son en absoluto una determinación necesaria como la forma del cristal en las especies minerales. Son un producto *á posteriori* de la experiencia literaria, que al formularse como regla parecen alejar de sí este modesto origen de resultados de la experiencia de los literatos que escribieron sin preceptiva, y adquieren con el carácter dogmático la apariencia de formas precisas, de moldes obligados. La historia literaria, al mostrarnos la transformación de esas reglas y de esos tipos de la preceptiva literaria, nos enseña implícitamente lo que tienen de caducos, de transitorios, de históricos. ¿Dónde está ya la forma de la tragedia helénica? ¿Dónde, aún tratándose de disciplinas científicas y de formas lógicas, el sistema silogístico de los escolásticos? Para condenar á los innovadores y á los independientes habría que admitir la teoría de la cristalización definitiva de las formas retóricas, dando á esta cristalización el alcance no de una determinación histórica, como es, sino de algo permanente é invariable.

*
* *

En su opúsculo *Los hidalgos* ha querido presentar el inteligente escritor Sr. Martínez Ruiz algunos rasgos salientes de la fisonomía de la sociedad española del siglo XVII.

No se trata de un trabajo de investigación histórica encaminado á aclarar algún punto dudoso, sino de un ensayo afortunado de exposición literaria de algunas notas sintéticas de un período histórico. Los siete capítulos de esta obrita, titulados, *La hacienda, La casa, El amor, La moda, La inquisición, Los literatos y La prosa castellana*, son de fácil y agradable estilo y revelan sentido de la historia y lecturas bien elegidas y bien asimiladas.

En esta clase de literatura histórica, que no tiene apenas fin didáctico, y que viene á ser una interpretación estética de la historia, la fantasía es cualidad indispensable para reconstituir lo que debieron ser los tiempos y los hombres pasados

que el autor ha elegido como objeto. Y no sólo en este género de escritos históricos, si no en todos, hasta en aquellos en que hay más investigación científica que arte literario, la imaginación es elemento indispensable. Las fuentes históricas no nos ofrecen más que una mínima parte de los acontecimientos, la parte más externa, la mera corporeidad de los sucesos, no su espíritu ni su mecanismo interior; ni tampoco nos hablan más que de los hechos sonados y extraordinarios, pues de los comunes y corrientes que formaron la trama de la vida de la inmensa mayoría de los hombres, apenas nos ofrecen noticias incompletas, y de lo referente á la vida psíquica de nuestros semejantes de otras épocas, nos brindan tan sólo aventuradas interpretaciones. El resto tiene que reconstruirlo la fantasía, á la manera que el arqueólogo por los vestigios de algún monumento reconstruye su traza y disposición primitiva, sin haberla visto ni tener de ella explicaciones completas. La historia tiene que ser, en gran parte, obra de artista y de poeta, de *vate*, de adivino.

Claro es que la imaginación ha de partir de la realidad, y ha de procurar mantenerse en contacto con ella, caminando siempre en la dirección de las posibilidades más probables. De otra suerte, la historia traspondría el límite que la separa de la novela.

Ese consorcio de la imaginación, facultad evocadora y artística, con el material histórico, dato objetivo, lo presenta el opúsculo del Sr. Martínez Ruiz, en el grado necesario en los escritos de su género, que deben ser, ante todo, literarios, sin dejar de ser históricos.

El Sr. Martínez Ruiz ha progresado mucho como pensador y como escritor. En sus primeros escritos, en que nos daba á conocer con excesiva franqueza intimidades reservadas de la bohemia literaria, revelaba ya una personalidad. Sus últimos libros, *La evolución de la crítica*, *La Sociología criminal* y *Los hidalgos*, le acreditan de literato de elegante estilo y fecundo pensamiento.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—FILOSOFÍA: «La verdadera vida» de Tolstoi.—LITERATURA: La novela contemporánea inglesa.—El teatro en Italia.—BIOGRAFÍA: José Chamberlain.—HISTORIA: Los jesuitas y los kuanes.—POLÍTICA: La degeneración del régimen parlamentario.—IMPRESIONES Y NOTAS: Una instalación eléctrica conventual.—Pensamientos de Ruggero Bonghi.—La votación automática.—Los herederos de los archimillonarios.

FILOSOFÍA

«LA VERDADERA VIDA» DE TOLSTOI (1).—La tercera parte de *La verdadera vida*, trabajo inédito de Tolstoi, publicado por la *Nouvelle Revue Internationale*, se titula «Las seducciones».

Aunque desde los tiempos más remotos los hombres han dictado leyes contra las consecuencias de los pecados, castigando el robo, el asesinato y los demás crímenes, éstos han seguido cometiéndose á causa de las *seducciones*, trampa en que el hombre cae atraído por una apariencia de bien y en la que encuentra su perdición.

Mientras el hombre tiene solamente intención de pecar, no ve claramente el desacuerdo entre sus actos y su conciencia; pero una vez cometido el pecado, se revela ese desacuerdo, y para hacerlo desaparecer, el hombre trata de justificar su con-

(1) Véase el número anterior de nuestra *Revista de Revistas*.

ducta: esa serie de justificaciones, transmitidas algunas por la tradición para servir de excusa á los pecados, es lo que constituye *las seducciones*.

Las seducciones son cinco: seducción individual ó de preparación, seducción familiar ó de continuación de la especie, seducción del trabajo ó de la utilidad, seducción del compañerismo ó de la fidelidad, y seducción social ó del bien común. La primera consiste en justificar sus pecados por la preparación á una actividad que será útil á los hombres en el porvenir; la segunda justifica los pecados por el bien de la familia; la tercera por la necesidad de llevar á cabo la obra comenzada, útil á todos; la cuarta por el bien de los hombres, con los que se está en relaciones exclusivas; y la quinta por el bien del grupo, de la nación, de la humanidad: es la representada por Caifás pidiendo el asesinato de Cristo en nombre del interés público.

Para ser realmente útil á mis semejantes—se dice el hombre,—necesito, ante todo, asegurar mi propia existencia. Ocupado en la conservación y perfeccionamiento de su personalidad, olvida el fin de esta preparación, no piensa más que en sí mismo, y comete pecados de sensualidad, de ociosidad, de apropiación y otros, disipando sus fuerzas y dañando ó pervirtiendo las ajenas. Tal es la *seducción personal*.

Al crearse lazos de familia, el hombre piensa que el amor á los suyos es su principal deber, y que los pecados que se ve obligado á cometer por el bien de la familia son perdonables. «Si no tuviese mujer, si no tuviese marido, si no tuviera hijos—se dicen,—viviría de otro modo; y si no me sometiese á esta vida de familia, la especie humana desaparecería de la tierra.» Satisfechos con este razonamiento, se quitan tranquilamente unos á otros el fruto de su trabajo; les obligan á penar, con detrimento de su salud; se apoderan de sus tierras ó privan á un hijo de la leche de su madre para que alimente á otro. Tal es la *seducción familiar*.

El hombre necesita ocuparse en algo, y toda ocupación

exige ciertos actos en el momento oportuno. «Tengo que terminar la labor de mis tierras y sembrarlas—se dice;—si no lo hago en este instante, perderé mi trabajo y mis semillas.» Y razonando así, el hombre no abandona su labor para ayudar al vecino á levantar su caballo, ni interrumpe su tarea urgente para asistir á un enfermo, ni detiene su fabricación para que los obreros no sufran. Al contrario: está dispuesto á quitar al enfermo su enfermero para que éste termine sus tareas, y á minar la salud de generaciones enteras á trueque de acreditar su fábrica. Tal es la *seducción de la actividad*.

Colocados en condiciones análogas de existencia, los hombres tienen la tendencia á dividirse en clases; entonces nace en ellos el espíritu de cuerpo, y sólo ven los intereses del grupo á que pertenecen, sobreponiéndose estos intereses á todos los demás. En nombre del compañerismo se cometen los actos más salvajes é insensatos, tales como el envenenamiento por el vino ó la cerveza, los disfraces en corporaciones distintivas que provocan animosidades, riñas y asesinatos, y otra multitud de pecados, todos realizados por la *seducción del compañerismo*.

Los hombres viven bajo cierto régimen social; pero los que consideran el orden de cosas existente como más provechoso para ellos, estiman que es también el mejor de todos, y para mantenerlo se creen con derecho á ejecutar los más abominables crímenes colectivos, tales como las ejecuciones capitales, el encarcelamiento, las guerras, la esclavitud y el proletariado. La posesión de la tierra y de los instrumentos de trabajo por hombres que no los usan se considera como justa, y debe ser defendida hasta el punto de encarcelar y ejecutar á quienes se sublevaran contra este régimen, estimándose asimismo lícito por el provecho social, no sólo sostener un ejército, sino matar en masa á los hombres de otra nación. Tal es la *seducción social*.

Si las seducciones no existieran, ningún hombre podría gozar de lo superfluo en medio de los que perecen por carecer de lo necesario, y esos ricos no llegarían nunca al estado de ocio-

sidad que les hace la vida inútil y fastidiosa, mientras los viejos, los niños y los débiles trabajan en su lugar para sostener su fausto. Las consecuencias de la existencia de los pecados son la miseria y opresión de unos, y la saciedad y ociosidad de otros; el reparto desigual de los bienes, las luchas, procesos, ejecuciones y guerras, el desorden y el salvajismo; las seducciones consagran esas consecuencias, y nos reducen al estado social, intelectual y moral en que nos encontramos.

La cuarta parte de *La verdadera vida* se titula «Las mentiras de la fe y los medios de librarse de ellas».

La mentira de la fe—dice Tolstoi—es la confusión buscada de las nociones de fe y de confianza; se afirma que el hombre no puede vivir ni pensar sin fe, lo que es muy cierto; pero se sustituye á la noción de fe—es decir, á la conciencia de que existe algo que no puede ser definido por la razón: Dios, el alma, el bien—la noción de la confianza ciega en la existencia de un Dios en tres personas que ha creado el mundo en tal momento, haciendo tal revelación en tal instante y por tales profetas.

La verdad no necesita ninguna confirmación por el ejemplo, pues es aceptada libremente por todos los que la comprenden: la mentira, por el contrario, exige procedimientos especiales para obligar á los hombres á sufrirla y admitirla. Estos procedimientos, aplicados á la fe, son los mismos en todos los pueblos: 1.º La falsa interpretación de la verdad. 2.º La creencia en lo maravilloso. 3.º La sustitución de intermediarios entre el hombre y Dios. 4.º La acción sobre los sentidos. 5.º La enseñanza á los niños de la falsa fe.

Para vivir según la doctrina de Cristo, el hombre debe destruir los obstáculos que dificultan la verdadera vida, la manifestación del amor; esos obstáculos son los pecados; pero los pecados no pueden desarraigarse mientras el hombre esté bajo la influencia de las seducciones, y de éstas no puede librarse sino librándose antes de las mentiras de la fe, emancipando su razón de su yugo.

LITERATURA

LA NOVELA CONTEMPORÁNEA INGLESA.—En la primera mitad del siglo — dice en la *Rivista politica e letteraria*, de Roma, Olindo Malagodi—en el período de Walter Scott, la literatura inglesa producía dos novelas por semana, y ya entonces parecía mucho. Hoy, sin contar los folletines y las novelas de Revistas, la estadística revela una producción media de 40 novelas por semana ó 2.000 por año, siendo de notar que la más modesta no se tira á menos de 4.000 ejemplares, y que las producciones de los autores favoritos del público llegan frecuentemente á ediciones de 100 y de 200.000 ejemplares, y debiéndose también tener en cuenta que con las bibliotecas circulantes y las colosales máquinas de difusión, como la London Library, la Muddie Library y tantas otras, cada ejemplar pasa por las manos de cientos de lectores, llegando al máximo de su circulación.

La novela, en tales condiciones, deja de ser simple fenómeno literario para pasar al rango de fenómeno social; entra en la categoría de los objetos ordinarios de consumo como la cerveza, el te y el tabaco, y se somete necesariamente al proceso fatal de la industrialización. Los editores imponen al autor su criterio fijando el tamaño, el tipo, el carácter y hasta el estilo de las obras; los autores se convierten, de artistas, en simples manipuladores. La obra de arte se hace cada vez más rara, y el éxito perdurable es sustituido por el éxito efímero, pero lucrativo, del momento.

El público inglés (y en él entra el norteamericano, el canadiense y el australiano) que consume novelas, es uno de tantos productos psicológicos de la democracia industrial, y se distingue profundamente del novolatino y del eslavo; nuestro público español, francés, ruso ó italiano, es un público restringido, pero de cultura refinada, si no varia y profunda; el

público inglés es un público vastísimo, pero de cultura más grosera; aquél está formado por propietarios, funcionarios y profesionistas, á quienes las necesidades de la vida material ocupan poco, y sus energías intelectuales, dirigidas largos años en liceos, gimnasios y Universidades en el sentido de la cultura ideal, tiende á desenvolverse en el mismo sentido, engendrando naturalmente una literatura sutil, delicada, refinada, propia para satisfacer los gustos aristocráticos de nuestros intelectuales; el público inglés está formado por las clases industriales, que no hacen ni pueden hacer de la cultura artística un fin, ni puede tener el refinamiento del público latino-eslavo. En la sociedad agrícola-aristocrática, el campo y la agricultura forman el elemento principal: en la sociedad industrial los términos se invierten y las ciudades obreras absorben la población campesina. La ciudad industrial inglesa y la ciudad aristocrática italiana, son los símbolos de las dos almas diversas de ambos pueblos; en la una, brillan los mármoreos y artísticos palacios del Renacimiento, hoy muertos y solitarios; en la otra, las fábricas antiestéticas de hierro, llenas de vida y energía. La evolución industrial ha destruído en Inglaterra la clase de propietarios medios y de funcionarios ociosos, que son el terreno propio para el desarrollo de la cultura refinada; ha concentrado la riqueza en manos de unos cuantos, sometiendo el resto de la población al trabajo continuo; la clase artesana ha formado el proletariado manual, y la media el proletariado intelectual. En política esta transformación ha producido un gran progreso; en moral un progreso parcial; en arte un retroceso.

El público inglés, poco culto y sujeto á la necesidad del trabajo mecánico, no se halla en condiciones de gozar el placer puro de la contemplación intelectual, ni de acumular esas energías psíquicas que en un momento feliz irradian esplendorosamente produciendo la obra de arte. La meditación tranquila, casi soñadora, que es el estado propio del espíritu que crea, y que apareciendo semejante al ocio encierra en reali-

dad una actividad profunda, compleja y admirable, es incompatible con el mecanismo del trabajo diario. Tal es la razón por la que las sociedades materialmente activas y prácticas no son artísticas, y por qué los períodos históricos de acción son pobres en artes y en pensamientos.

Otro carácter del público inglés es el predominio del elemento femenino: la mujer en Inglaterra lee más que el hombre; los dos tercios de los abonados á las grandes librerías circulantes son mujeres; de aquí la gran influencia que los gustos y las tendencias de la mujer ejercen en la literatura popular.

La psicología del público explica los caracteres de la literatura. La vida práctica del público explica por qué la novela se ha desnaturalizado hasta convertirse en un vehículo de cuestiones prácticas, religiosas; políticas y económicas del momento. Esta misma vida, con su monótona regularidad, explica el gusto por lo imprevisto, y por lo mismo, la novela fantástica, que hace en Inglaterra el papel del opio en la China, alegrando con los vivos colores del sueño el horizonte uniformemente grisáceo de la vida. Toda esta literatura, buena por el momento, se pone en seguida rancia, y pasa con ella lo que con la lectura de los diarios: nada más interesante que las noticias y discusiones del día, ni más atractivo que la lectura del periódico que las trae; pero un periódico atrasado parece un montón de cenizas. Lo mismo ocurre con toda esta literatura efímera, á pesar de la habilidad de factura con que frecuentemente se presenta.

Y no es que Inglaterra carezca de autores distinguidos y de público culto; posee unos y otro. Pero así como la aristocracia histórica ha perdido la dirección de la vida política y social, así la aristocracia literaria no tiene influencia alguna en el mercado de la literatura, y los más insignes novelistas se quedan en la obscuridad, admirados por un público tan escogido como limitado, que no puede alcanzar á recompensar materialmente á sus autores en proporción de la admiración que por ellos siente. Uno de ellos sobre todo, que no tiene

en la literatura moderna más rival que Balzac, Jorge Meredith, y cuya primera obra maestra data de 1857, no ha visto premiada su labor hasta estos últimos años.

De aquí el problema: ¿Está destinada á desaparecer la aristocracia literaria democratizándose, ó se aristocratizará el industrialismo literario? ¿Matará el libro del día al libro del siglo? Mientras la sociedad inglesa siga siendo lo que es, la literatura industrial mantendrá su prepotencia, y la literatura artística seguirá siendo pasto de un público tan selecto como escaso.

La clase más numerosa de novelistas y el tipo más propio de novelas, es el relacionado con los problemas de la moral; esta preocupación moral ha entrado en la literatura inglesa á fines del siglo pasado, se ha afirmado con Dickens y con Thackeray, y domina hoy como inviolable ley. Ha transformado la novela en un sermón dramatizado, conquistando así el apoyo de la Iglesia; los *clergymen*, en sus predicaciones del domingo, desarrollan frecuentemente la tesis de las novelas en boga, y los fieles las compran.

El más ilustre representante de esta escuela es la señora Humphry Ward, cuyas novelas, grises y monótonas, no sólo desarrollan siempre una tesis moral, sino que están empedradas de trozos de elocuencia religiosa; María Corellí, de origen italiano, la ha sucedido y sobrepujado en el favor del público, no por su mayor valor positivo, sino por su fácil y profusa imaginación meridional; en *Barrabás*, *Los dolores de Satanás*, *Una novela de dos mundos*, etc., se ponen en juego los grandes delitos y pasiones, riquezas fabulosas y misterios impenetrables, ángeles y demonios y todos los elementos de la dramática popular. Otro escritor del género es Hall Caine; su último libro, *El Cristiano*, lleno de sensualismo disimulado y de misticismo romántico, es su obra maestra, especie de síntesis de lo que pasa ordinariamente á los ojos del pueblo londinense, despertando su curiosidad.

Dentro del mismo género, pero enfrente de la moral orto-

doxa, está la heterodoxia. Los iconoclastas de la moral actual, interesados sobre todo en las cuestiones conyugales, han creado la novela *sexual*, cuyos principales representantes son Sarah Grant, Jorge Egerton, Mona Caird, Arabela Kenealy, Grant Allen y Tomás Hardy. Sarah Grant, la enemiga del varón, ha flagelado la brutalidad del hombre, que sacrifica la mujer á sus placeres, siendo sus obras más conocidas *Heavenly Twin* y *Beth Book*; Mona Caird sostiene, en *Las hijas de Danao*, que la mujer no debe estar sometida ciegamente á los deberes de la maternidad; Grant Allen ha patrocinado en sus obras la teoría del amor libre, y Hardy en las suyas ha pintado con vivos colores las desilusiones de la vida sexual.

El segundo puesto por la importancia y el primero por la profusión y la difusión, lo ocupan las novelas de intriga, la *plot-novel*, ramificada en multitud de especies: la criminal, la de aventuras, la de descubrimientos de tesoros, la fantástica y muchas otras. El mismo Darwin hacía de estas novelas su principal recreo intelectual, mientras le dejaban frío los dramas de Shakespeare, fenómeno que él atribuía á la atrofia del sentido estético por el uso excesivo de la observación. El *plot* ó intriga ha llegado á ser un artículo de comercio, habiendo autores que se dedicau á forjar *plots* para venderlos á escritores de poca imaginación.

Los autores más en boga de este género, son: Walter Besant, novelista de intrigas contemporáneas, cuya novela más famosa es *All sorts and conditions of men*; Miss Braddon, la más fecunda de todos; Merriman, Carlos Benham y Frank Barret, que han picoteado en todo género de intrigas; Antonio Hope, que se ha ceñido á una especialidad de narraciones; Rider Haggard, dedicado á la evocación de tiempos y países remotos; Clarke Russel, especialista en aventuras de piratas, y Wells, especie de Verne psico-metafísico.

La novela de costumbres, simple fotografía de la realidad, es de las más florecientes, y entre sus cultivadores figuran Norris, Zangwill, Morrison, Crocket, Emma Marshall y Ma-

claren, que han puesto á contribución todas las clases y todas las provincias, creando la novela aristocrática, la profesional, la militar, la clerical, la del Norte y la del Sur, la escocesa y la irlandesa, la comercial y la burguesa.

Otro especialísimo género de novela lo ha dado la afición de los ingleses á los viajes y el desarrollo inmenso de su poder colonial. Entre los novelistas de costumbres extranjeras figuran algunos de los mejores escritores contemporáneos, como Rudyard Kipling, el pintor de la vida de la India; la Señora Steele, cultivadora de narraciones de la misma región; Oliva Schreiner, narradora de escenas de costumbres del Sur de Africa, y Luis Beck, cronista de los tiempos históricos de la conquista de Australia y del Pacífico.

Entre los miles y miles de novelas que produce Inglaterra, es rarísima la aparición de una obra de arte. Entre los autores, si bien es cierto que la mayoría son simples manufactureros, no faltan quienes posean notabilísimas facultades artísticas. Kipling es escritor de vigor extraordinario, con vivísimo sentido de los efectos dramáticos; Hope tiene una imaginación tan fina como graciosa; Morrison y Gissing, los pintores de la vida obrera de Londres, son observadores profundos. Pero la producción literaria, hasta en sus mejores resultados, queda fuera del verdadero campo del arte, por la preocupación didáctica y moral, por la necesidad de hacer interesante el libro á un público falto de sentido estético, adaptándolo, como un periódico, á las cosas del momento.

Los dos novelistas que en Inglaterra representan el arte puro son Jorge Meredith y Tomás Hardy; pero su éxito en el gran público ha sido escaso y lento, no habiéndolo llegado á medio conquistar sino á fuerza de producir obras maestras. Meredith ha cumplido ya sus setenta años y su labor puede estimarse conclusa; es una obra colosal, como la de Balzac. El primero de estos libros, *Ricardo Feverel*, es la más alta representación de la literatura inglesa del siglo, superior á la de Dickens por la riqueza, variedad y altura de propósitos, y á la

de Thackeray por el poder creador y el esplendor poético que la colorea. La labor de Meredith es la gran epopeya de la juventud y de la actividad: de todas sus páginas parece brotar una voz que os dice: «¡Vivid! vivid como podáis, sin dejaros jamás vencer por el sueño ni el dolor.» Como psicólogo y pintor de la juventud, de sus ilusiones y sus generosidades, Meredith es único en la literatura universal; como psicólogo y pintor de mujeres no tiene quizá más rival que Shakespeare; su galería de mujeres, no sólo es la más rica de la literatura moderna, sino que tiene propia originalidad por su maravilloso carácter objetivo. El arte de componer y el estilo de Meredith llevan también en su originalidad el sello del genio; no falta quien tache de artificioso su método, pero representa, por el contrario, la reacción de la verdadera naturaleza contra la naturaleza convencional.

Tomás Hardy es otro verdadero artista, aunque bastante distante de Meredith, por no tener ni la riqueza de su fantasía creadora, ni sus ideas múltiples y varias de la vida, ni su objetivismo y superior serenidad. Hasta representa la tendencia opuesta: el subjetivismo, el pesimismo doloroso y la sublevación contra las leyes de la vida. Sus personajes, extraña procesión de figuras pálidas y mal vestidas, inútilmente inteligentes y buenas, presentan vivo contraste con la familia señorial de Meredith, rica de todos los dones de la naturaleza y de la sociedad. El arte de Hardy, si tiene menos variedad de tonos que el de Meredith, tiene algunas notas más delicadas y profundas, siendo más directa é intensa su acción. La tristeza que se desprende de las obras de Hardy no es la tristeza del pensamiento, como en Leopardi, ni la del sentimiento como en Musset; es una especie de tristeza instintiva, más fatal y profunda, que podía llamarse la tristeza natural de la vida por oposición á la alegría de la vida, de Meredith. De los dos grandes procesos perennes de la naturaleza, el nacimiento y la muerte, el desarrollo y la decadencia, la formación y la disolución, Hardy está fascinado por el segundo, y

en toda cosa y en todo hecho siente la presencia de la muerte. A primera vista la idea fundamental de la labor de Hardy parece idéntica á la de Flaubert; pero la diferencia es profunda: Flaubert odia la vida, é intenta deprimirla y envilecerla; Hardy otorga amplia parte á la belleza y al bien, y esta fusión de la bondad y la tristeza, de la belleza y de la muerte, vela con magnífica poesía su pesimismo, dando á sus libros una originalidad y un encanto que los distinguen de todas las demás obras pesimistas de la literatura contemporánea.

*
* *

EL TEATRO EN ITALIA.—El teatro en Italia vive en condiciones especialísimas. En España—dice Lyonnet en la *Nouvelle Revue Internationale*—las piezas nuevas se crean en Madrid y en Portugal en Lisboa; y esta regla es casi inmutable. En Italia cualquier obra nueva puede estrenarse indistintamente en Milán, en Roma, en Turín, en Florencia ó en Venecia. Las compañías jamás tienen domicilio fijo y recorren todas las grandes capitales en cada temporada, labor de judío errante á que los artistas italianos están sujetos, sin exceptuar ni á la Duse, ni á Novelli, ni á Zacconi, ni á la Tina di Lorenzo.

Claro es que para los provincianos es una gran comodidad ver desfilan ante sus ojos, sin molestarse en viajar, las más famosas compañías y los artistas más célebres. Pero ¿qué sería entonces de nuestros teatros de París ó Madrid, sino vastos locales que alquilar al primer empresario de paso, en lugar de ser asiento fijo de todas las celebridades de la escena?

Estas costumbres dramáticas italianas son enteramente distintas de las nuestras, punto en que importa insistir. No hay en Italia, en materia artística, ninguna verdadera metrópoli en torno de la cual todo gire, y el antiguo fraccionamiento político de este país ha dejado en esto profundas huellas; es una gran desventaja para los autores y para las obras, cuya *mise en scène* es siempre necesariamente pobre.

Una compañía que viaja sin cesar, puede todavía llevar fácilmente su vestuario en sus maletas; pero cuando se trata de variar en un mes todas las noches de espectáculo para dar á conocer un repertorio, no es fácil de arreglar el llevar consigo un *atrezzo* y unas decoraciones adecuadas. De ahí una sobriedad en trajes y decorado de que no es fácil dar idea. ¿Cómo obrar de otro modo, además, en un país donde el teatro es barato y donde una compañía de importancia monta su repertorio en decoraciones y trajes por 15.000 francos?

Como el año teatral principia en Cuaresma, cada compañía sabe aproximadamente, con un año de anticipación, dónde ha de ir, pues tiene que contratar los teatros con oportunidad para no quedarse sin local. Tal empresario que comienza sus tareas por la Cuaresma en Roma, pasará la primavera en Venecia, el verano en Génova, el otoño en Turín, si es que no recorre de paso Liorna, Nápoles ó Florencia. Dada esta situación, fácil es formar idea del estado de la escena en Italia.

—¡Oh, la Italia!—dirá cualquier sediciente perito.—¡El arte dramático italiano! ¡Qué fecundo campo de estudio! ¡Qué artistas!

—Dispensad; pero.....

—Por de pronto la Ristori.

—¡Ah, caballero! La Ristori se ha despedido de la escena y vive en Roma muy retirada.

—Olvidaba ese detalle. Ernesto Rossi también ha muerto hace poco. Pero, ¿no tenéis á Salvini?

—Sin duda. Pero Tomás Salvini, casi septuagenario, apenas se exhibe ya. Vive en Florencia, no aparece en público sino en circunstancias excepcionales, y el teatro de que es propietario está cerrado.

—Pero, ¿y la Duse, caballero? ¡La Duse!

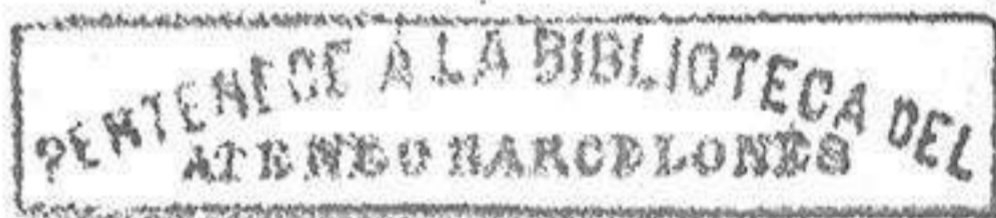
—Después de haber descansado todo el invierno por causa de salud, la Duse ha salido para Egipto. Y estamos hablando de Italia.

—Pase todavía por la Duse, cuya salud es muy inestable,

y que representa casi siempre fuera de Italia. Pero no diréis que no tenéis á Novelli.

—Sí, á quien tengo la fortuna de conocer por haberle visto trabajar en Barcelona y en Valencia, porque también Novelli es de los que se reservan para el extranjero.

Italia, como España, encierra toda una pléyade de valiosos artistas cuyos nombres son en Francia completamente desconocidos; sólo que en Italia, consecuencia de la difusión del personal dramático en diez capitales, hay que abandonar toda clasificación metódica, y para conocer los artistas y las compañías de valor, hay que dejar correr los sucesos y abandonarse un tanto al azar.



POLITICA Y BIOGRAFIA

JOSÉ CHAMBERLAIN.—Hace unos años—dice Ouida en la *Nuova Antologia*,—en el momento en que Chamberlain, habiendo dejado el partido liberal, era adorado por el conservador, le contemplaba yo una noche en uno de los palacios de Belgrave Square. Estaba de pie, rodeado por la flor y nata de la aristocracia inglesa, que le rendía pleito homenaje, gratísimo para él. Era espectáculo curioso, y me imagino que Chamberlain, sin demostrarlo, gozaba y hasta se reía un poco de aquella idolatría. Su fisonomía indica su carácter: no es distinguida, pero sí repleta de energía, de inteligencia y de obstinación; es la fisonomía de un comerciante, no de un estadista; su eterno monóculo en el ojo sirve para velar su expresión, y su nariz, corta y remangada, da vulgar aspecto á su perfil, que de otro modo resultaría regular y fino. En estos últimos años ha envejecido más de lo que su edad justifica, y se dice que está atormentado por la gota y la neuralgia. ¡Uno sólo de estos males sería bastante! Chamberlain viste siempre bien,

«demasiado bien», y no se halla sin una orquidea en el ojal de su levita, flores venidas de aquel famoso invernáculo de su propiedad que tanto deseaban quemar los conservadores no hace mucho tiempo, cuando Chamberlain era por ellos odiado, condenado, y considerado como el Antecristo.

Se dice, y probablemente con acierto, que Chamberlain dejó á los liberales por sus celos de Gladstone, por la irritación que le causaba el imperio que Gladstone ejercía siempre sobre sus colegas, y además porque entre los liberales estaba Lord Rosebery, que entonces prometía mucho, y en el partido del *Home rule* el genio de Parnell, en quien Chamberlain ha debido sentir siempre un superior invencible. Si esas fueron las razones, debe estar satisfecho, porque en el Gabinete de Lord Salisbury, el Ministro de las Colonias es de hecho, si no de derecho, el verdadero jefe del Gobierno, siendo fenómeno curioso el ver á Roberto Cecil, Marqués de Salisbury, bajo el dominio del antiguo comerciante de Birmingham.

El hecho es que cuando Chamberlain renunció al partido liberal no dejó de acertar, atendiendo á su triunfo actual. Si la posteridad lo alabará ó lo censurará es otro asunto, pero Chamberlain es hombre á quien debe importar poco lo que digan de él después de muerto. Es duro y fuerte, con buena dosis de cinismo, y á un hombre político de tal empaque le importa un bledo la Historia. El gran Napoleón, después de la campaña de Egipto, dijo: «Si yo muriera mañana, tendría ya siquiera media página en un Diccionario universal.» A Chamberlain le sería probablemente indiferente tener media página ó una página entera. Lo que le satisface es dominar. ¿Habría tenido el mismo éxito hace cincuenta años? No es de creer. Hace cincuenta años se admiraban en los políticos cualidades muy distintas de las suyas; en época más animosa, íntegra y noble que esta, un gran partido hubiera recibido con desdén al tráfuga; hoy, las cualidades de Chamberlain son las que privan, y los conservadores ingleses le reciben con los brazos abiertos, haciendo de él su ídolo, sin atender á su origen ni á

su historia, ni siquiera á su filiación religiosa de unitarista (1).

Él es quien ha concebido y fraguado la guerra del Transvaal, á la que puede llamar «su guerra», como la Emperatriz Eugenia llamaba la guerra de 1870 «*ma guerre à moi*». La guerra ha sido concebida, deseada é impuesta por el Ministro de las Colonias. Quien haya seguido atentamente la acción de Chamberlain antes y después de la comisión real sobre Cecilio Rhodes y la incursión de Jameson en el Transvaal, no puede dudar de las íntimas relaciones entre Rhodes y Chamberlain. Los dos primeros días de su examen, Rhodes estaba excesivamente nervioso; luego, tranquilizado, recobró toda su estólida indiferencia; y no son éstas sospechas ni chismes; son verdades que brotan claramente de los informes de esa comedia de comisión de 1897. Más tarde, unos meses después, la *Chartered Company*, de Africa, se veía algo apurada; fue comprada por el Gobierno, del que formaba parte Chamberlain, por un precio bastante elevado; todos sabían perfectamente que Chamberlain era gran accionista de la Compañía, y en la Cámara se hizo, aunque tímidamente, una pregunta sobre aquel negocio; pero Chamberlain respondió atrevidamente que no había tratado de la venta al Estado, y que no estuvo presente á la votación sobre aquel asunto; y con respuesta semejante nadie se atrevió á replicar.

Chamberlain es hombre que ha llevado á la carrera política el criterio y las costumbres de un *commis voyageur* sin escrúpulos. Un día se alababa en un discurso de pertenecer al partido de los *gentlemen*, pero si hubiera sido un verdadero *gentlemen* no lo hubiera dicho. El comerciante puede tener grandes cualidades, gran inteligencia y gran audacia; pero no por eso es un gentilhomme, ni tiene las condiciones de gran jefe político. El comerciante en la vida pública lleva las tradiciones de su oficio, buscando siempre el modo de arrollar á

(1) Secta que sólo cree en Dios, pero no en Cristo ni en el Espíritu Santo.

los demás, y la vida política debe ser algo más que un negocio en que la única aspiración es la de superar á los propios rivales.

Chamberlain es un truhán; pero su truhanería no tiene aquella máscara elegante y sonriente que tuvo la truhanería de Disraeli. No tiene el talento, superior en el hombre político, de refugiarse en frases exquisitas que no dicen nada. Ni tampoco habla con franqueza: su réplica ó llega en derechura á la brutalidad, ó es equívoca. Se irrita fácilmente, y en los nervios de su rostro se ve que no tiene aquel dominio de sí mismo, que constituye un don de la Naturaleza, tan precioso en el gentilhombre de raza. Ha llevado al *Treasury Bench* (Banco de los Ministros) las maneras que antes tenía en el Municipio de Birmingham. Cuando es sincero, es vulgar: su comparación del presidente Kruger con una esponja que hay que estrujar, es una muestra de su género de elocuencia. La Cámara no hubiera podido soportarle en los días de Palmerston ó Melbourne, cuando los oradores citaban versos en griego y latín, seguros de que todos los comprendían. La Gran Bretaña, que sufre y que aplaude á Chamberlain, no es ya la Gran Bretaña de lord Grey, de Canning, de Wellington, de los primeros años de Gladstone y... «Disraeli ha pasado por allí».

Disraeli y su doctrina han dominado y penetrado la vida inglesa en sus más altas esferas, como una fiebre perniciosa entra y reina en una comarca. Falta espacio para explicar aquí el fenómeno de aquel judío veneciano que dominó por completo á la aristocracia inglesa; pero ningún espectáculo ha sido más prodigioso, y la influencia de Disraeli existe y crece todavía en la singular Asociación que se llama la *Primrose League*, así llamada por la preferencia atribuída á Disraeli por la modesta flor primaveral. Disraeli, con todo su genio, tenía la pasión del reclamo con su falso brillo, y consiguió arraigar aquella pasión en el reservado carácter inglés. La primera señal de esta enfermedad fue cuando la nación permi-

tió á Disraeli cambiar una Monarquía antigua é ilustre en un Imperio nuevo y de oropel. Tras este paso, la manía de las falsas grandezas ha penetrado en todo el país, haciendo que aquella nación, verdaderamente grande y noble, se sintiese hinchada por sus riquezas, y proclamara á gritos su superioridad, como si la vanidad no fuese tan ridícula en una nación como en un individuo.

Este cambio, obra sin duda de Disraeli y de la plutocracia, ha preparado el terreno á Chamberlain, que, sin el idealismo de Disraeli, tiene más vanidad y es más cruel, teniendo muchos menos escrúpulos, si es que tiene alguno. Hay ya señales de que el país está cansado de lord Salisbury, deseando estar bajo la sola tutela del audaz comerciante de Birmingham. Salisbury tiene demasiados escrúpulos, demasiado honor, demasiada dignidad para la nueva época, y da pena ver á semejante hombre hacerse apologista y eco de un sujeto del empaque de Chamberlain. Parece increíble que lord Salisbury haya consentido en repetir la fábula de que la guerra surafricana se haya hecho por dotar de derecho electoral á los *Ouilanders*, emigrantes que han ido al Transvaal á trabajar y hacer fortuna. Los ingleses que viven en Italia no votan allí, y á nadie se le ocurre por eso pensar que Italia ofende á Inglaterra. ¿Por qué, pues, ha de sentirse ofendida Inglaterra en el Transvaal porque allí no voten los ingleses?

La guerra no tiene disculpa ni tendrá gloria, porque cuando una nación enormemente rica y poderosa se bate por motivos de codicia con un pueblo pequeño, pobre y sin apoyo, ninguna victoria del poderoso puede jamás ser noble ni digna. Los más ilustres pensadores ingleses, como Herbert Spencer, Morley y Harrison han protestado inútilmente contra la locura de lanzar el ejército inglés al fondo del África para defender los intereses de los accionistas de la Chartered Company; todo en vano, porque es tan fácil embriagar á un pueblo con el brebaje de la vanidad y de la brutalidad, como difícil hacerle escuchar los consejos del buen sentido y de la justicia.

El reinado de la reina Victoria ha sido una larga sucesión de guerras, ninguna de las cuales ha sido necesaria ó inevitable. Pero tampoco ninguna ha sido interior; el ciudadano ó el campesino inglés no sabe nada de las agonías de la guerra; nunca ha sufrido personalmente viendo su casa quemada, su familia hambrienta, sus campos devastados, sus hijos muertos en una carga de caballería ó en un bombardeo. No ha visto nunca en su provincia ó en su ciudad una batalla ó un sitio, y no comprende el daño atroz que hace cuando, al aplaudir á un político, lanza el espíritu infernal de la guerra sobre países y pueblos lejanos. Esta es la disculpa de la nación; pero al mismo tiempo es la condena inexorable de quienes llevan por malos caminos á un pueblo generoso y bueno, apelando á sus más brutales instintos y abusando sin escrúpulo de su ignorancia.

La moral de este breve estudio es esta: no deseéis una victoria ni una conquista fácil á los ingleses en el Transvaal, porque producirá seguramente el ascenso de Chamberlain al poder supremo y el triunfo consiguiente de todo lo que Chamberlain representa y significa.

HISTORIA

LOS JESUITAS Y LOS KUANES.—V́ctor Charbonnel intenta demostrar en la *Revue des Revues* que San Ignacio de Loyola se inspiró, al fundar la orden de los jesuitas, en las congregaciones ó cofradías musulmanas, especialmente en las *Quadryas* y en las *Chadelyas*, fundándose en el conocido encuentro de San Ignacio con el moro de Manresa al ir á Montserrat, en el viaje que hizo á Palestina, en la comparación de las congregaciones cristianas y musulmanas con la Compañía de Jesús, y en las acusaciones de mahometismo que la Inquisición lanzó contra San Ignacio, y que dieron por resultado su encarcelamiento en Alcalá primero, y en Salamanca después, obligándole á

salir de España y á refugiarse en París, donde fundó definitivamente la Compañía.

Lo más interesante de la demostración de la tesis sustentada por Charbonnel está en la comparación entre el *kuanismo* musulmán y el jesuitismo, comparación de la que resulta efectivamente la existencia de no pocos rasgos comunes, no negados por los mismos jesuítas, pero sí explicados como meras coincidencias, nacidas de que el kuanismo había seguido en varios puntos las reglas y el espíritu de las órdenes monásticas cristianas, punto de partida común del jesuitismo y del kuanismo.

La comparación hecha por Charbonnel versa sobre cuatro extremos: los métodos de iniciación, la organización interior, el concepto de la autoridad y el espíritu y fines de ambas instituciones.

Métodos de iniciación.—A todo el que quiere entrar en una orden religiosa de la Iglesia se le impone un noviciado de un año y un día por lo menos. En las congregaciones musulmanas se prescribe, antes de toda admisión, un retiro ó *kelna* de treinta ó cuarenta días: el iniciado debe aislarse; no hablar con nadie más que con su *cheikh*; pedir por señas ó por escrito lo que necesita; no comer absolutamente nada por el día, tomando por la noche la cantidad estrictamente necesaria de alimentos; rezar, repitiendo la misma fórmula diez ó veinte mil veces, y cerrar los ojos para iluminar su corazón. En la Compañía de Jesús se exige también un retiro de treinta á cuarenta días, sin ver ni hablar más que á su director espiritual, con prohibición absoluta de reir ni de emplear palabra alguna que excite á reir, y dedicando cuatro horas del día y una de la noche á la meditación más profunda sobre la muerte y el infierno. Son, como se ve, los mismos procedimientos de quebrantamiento físico y moral.

Hasta en los detalles son sorprendentes las semejanzas: los kuanes ven en su ritual «un libro venido del cielo»; los jesuítas tienen el libro de los *Ejercicios* como una «revelación de

Dios.» Los kuanes leen en su regla ó *Ouerd*: «Cuando el adepto es de naturaleza vulgar, conviene iniciarle poco á poco, imponiéndole sólo oraciones fáciles»; los jesuítas leen en sus *Ejercicios*: «Si el que da los ejercicios reconoce que quien los recibe tiene poca capacidad, es más conveniente darle sólo ejercicios fáciles.» Los kuanes repiten su *Dikr* cientos y miles de veces, hasta atontarse; los jesuítas repiten lo mismo ciertas frases y fórmulas para llegar al mismo estado de vaga inconsciencia. A los kuanes se les recomienda que tengan fija su mirada, durante la oración, en un solo punto, sin apartarla de él; á los jesuítas se les hace en los *Ejercicios* la misma recomendación. Los kuanes rezan á compás ó con cadencia, de modo que entre respiración y respiración no se profiera nunca más de un nombre; los jesuítas tienen también en su «tercera manera de rezar» este rezo cadencioso, consistente en decir, á cada respiración, una palabra del Padrenuestro ú otra oración, de modo que «no se pronuncie más que una sola palabra entre una respiración y otra», empleándose el tiempo sobrante en considerar la significación de esa palabra. Los kuanes quieren que en la oración «el verdadero creyente vea, toque, oiga, huela y guste el objeto de sus meditaciones»; los jesuítas tienen el método de orar «por la aplicación de los sentidos», según el cual el religioso «ve, oye, huele, gusta y toca aquello sobre que medita.» Los kuanes sufren cinco pruebas, que son: las de «servir á los pobres, hacer una peregrinación á la Meca, hacer durante mil y un días trabajos domésticos, enseñar el Korán al pueblo y predicar solemnemente»; los jesuítas tienen también estas cinco pruebas, teniendo que cuidar durante un mes á los enfermos; hacer una peregrinación, ejecutar los trabajos abyectos en el convento; enseñar la doctrina cristiana á los niños y á los rústicos, y ejercitarse en la gran predicación.

Organización interior.—En las órdenes monásticas, fundadas en el principio de la fraternidad, la ley es común para todos: los novicios profesan, y los profesos son electores y ele-

gibles dentro de ciertas condiciones. En las congregaciones musulmanas, los grados de iniciación y los rangos jerárquicos son múltiples, y sólo el *cheikh* los confiere á su arbitrio, sin leyes ni traba alguna. Lo mismo ocurre en la Compañía de Jesús: el novicio, á los dos años se hace *escolástico*; el escolástico, á los cuatro años de estudios, pasa á *coadjutor temporal*, éste á *coadjutor espiritual* y éste á *profeso de tres votos* (castidad, obediencia, pobreza) y luego á *profeso de cuatro votos* (consagración á la Compañía); en todos estos grados, el general juzga y resuelve, pudiendo mantener á un iniciado eternamente en la condición de escolar aprobado, ó hacerle recorrer los grados todos de la jerarquía, sin que haya nada fijo que pueda sujetar al general á llevar á cabo una promoción en determinado tiempo.

Los kuanes practican el ocultismo y forman sociedades secretas, obligándose por juramento á la reserva, respecto de los profanos, y aun respecto de los iniciados de grado inferior. Lo mismo hacen los jesuítas: sus orígenes son secretos, su organización secreta, sus constituciones y gobierno secretos, en lo posible; los jesuítas tienen sus *Monita secreta*, que sólo reciben los grandes iniciados, y que hasta los Papas desconocen.

Los kuanes no tienen traje especial. Los jesuítas tampoco, y aunque suelen vestir el hábito ordinario del sacerdocio, no es para ellos una regla, y pueden vestirse, si quieren, de seculares.

Los kuanes tienen afiliados laicos, kuanes externos, dispuestos á todas las tareas temporales, especialmente las políticas, que ejecutan secretamente. Los jesuítas tienen agregados de la misma clase, cuya afiliación se conserva secreta; mediante esta especie de *profesión tácita*, como la llama el P. Petitdidier, Papas, Cardenales, Ministros y hombres políticos de todas clases, llegan á ser *jesuítas secretos*, sin contar los que, dentro ya de la Compañía, reciben la *despedida simulada* ó la *limitada*, mediante las cuales el general puede secula-

rizar aparentemente á los jesuítas profesos que estima conveniente. Las terceras órdenes de las diversas congregaciones son una imitación de esta institución de jesuítas laicos.

Concepto de la autoridad.—En todas las comunidades religiosas, sobre el Superior está siempre la Regla ó Constituciones de la comunidad. Entre los kuanes, la autoridad del *Cheikh* es absoluta; si consulta á alguien es porque quiere, sin que jamás se le pueda contradecir; la Regla es él. La misma autoridad absoluta tiene el General de los jesuítas, quien, según las *Constituciones*, «podrá obrar en todo como quiera, y será siempre preciso respetarle y obedecerle como representante de Jesucristo»; puede consultar á un Consejo de Ancianos, pero nunca está obligado á seguir su dictamen; él es la Regla viva, el único intérprete y dispensador de la Regla.

Los kuanes, bajo la autoridad absoluta de su *cheikh*, están obligados á la más absoluta obediencia. Los jesuítas tienen el mismo deber de obediencia absoluta á la autoridad absoluta de su General. «Serás entre las manos de tu *cheikh*—dice el texto musulmán—como el cadáver entre las manos del lavador de muertos.» «Que los que viven en la obediencia—dicen los textos de San Ignacio—se dejen conducir por su Superior como el cadáver que se deja revolver y manejar en todos sentidos.»

El espíritu y los fines.—La divisa misma de los jesuítas, el *A. M. D. G.* (*ad majorem Dei gloriam*, á la mayor gloria de Dios), es una fórmula del Korán, donde se halla frecuentemente repetida, y de los rituales de los kuanes, que la reproducen á menudo. Esta mayor gloria de Dios—dice Charbonnel—no es más que la teocracia en provecho de un santonismo que se esfuerza en confundir el poder espiritual con el temporal, la religión con la política, dominando por el poder del misterio y del dogma las conciencias y las voluntades.

Las congregaciones musulmanas, con pretexto de vida mística, no suelen ser más que una perpetua conspiración política; á veces mensajeros del *cheikh* recorren las regiones isla-

mitas, y cambiando con los kuanes palabras sagradas y anunciando las órdenes del jefe, predicán la guerra santa. Algunas semanas ó algunos meses más tarde, brota una insurrección inesperada en un punto cualquiera del territorio, y surge un nuevo *sherif*, enarbolando el estandarte verde del profeta; las autoridades ignoran á veces el motivo real y los móviles de aquel levantamiento, pero pronto adquieren la certidumbre de que todo es obra de las cofradías religiosas, de las sociedades secretas del Islam, que animadas de fanático ardor, son tanto más peligrosas cuanto que obran más en secreto y á la sombra. ¿No es todo esto la propia historia de la acción política y social de los jesuítas en el mundo cristiano? ¿No obran unos y otros en nombre de la caridad, de la religión, del apostolado social y de la salvación de las almas?

POLÍTICA

LA DEGENERACIÓN DEL RÉGIMEN PARLAMENTARIO.—En todo el viejo mundo, si se exceptúa Inglaterra — dice en la *Rivista politica e letteraria*, E. Spagnolo — el régimen parlamentario atraviesa profunda crisis. ¿Cuáles son sus causas? Varían con los países; pero hay una general, que la excepción de Inglaterra explica claramente: mientras la acción política de los países constitucionales arranca de conceptos abstractos y de una idea exagerada de la soberanía popular, en Inglaterra el concepto abstracto ó la teoría de la libertad aparece como derivación de instituciones lentamente producidas, del propósito de innovar sin destruir por eso completamente la tradición; mientras en otras partes la libertad política es considerada como fin, en Inglaterra lo es como medio, como «la más fuerte salvaguardia del orden, de la propiedad, de la moral», según frase de Macaulay.

Esta diferencia típica demuestra el error de los que hacen derivar la fortuna de una nación de los resultados del sufra-

gio: la mala elección lo mismo puede salir del sufragio universal que del restringido, de la elección por doble grado que de la pluralidad de votos según la capacidad, de la representación proporcional que de la exclusión de las minorías. La idea de que basta variar la forma del sufragio para que el Parlamento pierda su impotencia y mediocridad, es un error evidente. La primera vez que Roland se presentó en la corte de Luis XVI, el descuido de su vestir produjo pésima impresión; la falta, especialmente de hebillas en los zapatos, pareció cosa intolerable; el maestro de ceremonias, acercándose á Dumouriez, le dijo señalándole á Roland con voz trémula de indignación:—«¡Oh, señor! ¡No tiene hebillas en los zapatos!»—«¡Ah, señor!»—contestó Dumouriez conteniendo la risa—«¡todo está perdido!» Los que intentan curar los males del régimen variando la forma del sufragio, se parecen al maestro de ceremonias de Luis XVI.

No es posible negar que la gran difusión del sufragio, ese desmenuzamiento de la soberanía en millares de átomos iguales y solitarios, expuestos á todas las sugerencias, no influya naturalmente en las instituciones sociales; pero la cuestión es substancialmente mucho más alta y compleja que la organización del sufragio ó la reducción del número de representantes ó la independencia del poder ejecutivo de los votos del Parlamento. En Francia la crisis resulta de la oposición entre el espíritu profundamente democrático y el régimen puramente representativo del país; en Italia, de la falta de una verdadera opinión pública, del fraccionamiento de los antiguos partidos en manípulos obedientes á jefes sedientos de honores ó dominados por profundo hipercriticismo, del estado de atonía de los más importantes cuerpos sociales y del divorcio entre la Italia legal y la Italia real.

Es frecuente el lamento de que en los cafés, en los comités organizados por unos cuantos, se prepara la elección de un diputado que, una vez elegido, representará solamente los intereses particulares de aquellos á quienes debe su triunfo. En

Inglaterra se suele decir: *Public business is private business of every man*; es decir, «los negocios públicos son los negocios privados de cada cual»; en los demás países se suele decir y hacer lo contrario. ¿Es por culpa de la legislación parlamentaria? No; sino por culpa de la opinión, por culpa de todos, porque nadie se interesa real y efectivamente en la cosa pública.

Los nuevos partidos, agotado en breve el contenido de su primer programa, el de las esperanzas, se muestran incapaces de formular nuevos conceptos de gobierno, abriendo nuevos horizontes á la actividad política del país; y, como ningún Ministerio ni Parlamento alguno ha sabido ejecutar ninguna de aquellas reformas que dejan huellas y obtienen la fe de los ciudadanos, se ha ido poco á poco difundiendo en el cuerpo electoral el convencimiento de que tanto valían los unos como los otros, llegándose al escepticismo actual. ¿Se puede creer en serio que semejante crisis aguda de las instituciones parlamentarias se remedia restringiendo el derecho electoral, ampliando las facultades del Poder ejecutivo ó escogitando nuevas gradaciones de capacidad? Ya hemos adquirido la experiencia de que los medios mecánicos no producen mejora alguna directa.

El mal primero, el verdadero origen de todo el embarullamiento presente, que desacredita cada vez más el sistema constitucional, está en la falta de una diferenciación absoluta entre grupo y grupo, por la que sea posible resolver en cada caso lo que puede esperar ó temer el país del predominio de uno ú otro partido. Siendo esta la causa primera, el primer remedio debe ser este: que quien tenga autoridad bastante lance un programa que tenga la virtud de agrupar en torno suyo á los que tengan fe en aquellas ideas, y de poner enfrente á cuantos las combatan.

Claro es que la tentativa de reconstruir los partidos sobre la base de criterios determinados de acción y no de obsequio á personas determinadas, ha de hacerse con sinceridad, sin

prejuicios, con altura de miras. Una actividad que desaliente á la indolencia ajena, una austeridad que intimide la indulgencia de otros, una rigidez de principios que sea como un acicate del oportunismo contrario, ayudarían ciertamente, pero no bastarían. Y estas aspiraciones no habrán de lanzarse al aire por lanzarlas, sino que habrán de representar algo vivo y eficaz capaz de atraer las voluntades, porque los partidos no se forman como una sociedad anónima ó en comandita, no se hacen con pacto preventivo, y toda combinación artificiosa está en ellos fatalmente condenada al aborto.

No queremos decir con esto que baste oír de la boca de cualquier taumaturgo la fórmula sacramental para que los partidos salgan de la tumba en que los han sepultado sus egoismos y ambiciones. La degeneración del parlamentarismo tiene otras causas además de la indicada. El Parlamento, por rápida transformación, se ha convertido á sí mismo en Gobierno, y tiene todos los defectos de los Gobiernos más arbitrarios y absolutos, transformando al legislador de perro guardián del contribuyente en lobo devorador de sus ahorros. Por otra parte, el régimen parlamentario tiene que luchar con los partidos subversivos que, enamorados de los métodos revolucionarios ó facciosos, han introducido en las costumbres el obstruccionismo sistemático, que es la tentativa de proclamar la impotencia de las funciones y ficciones constitucionales. Pero queda posible, con un esfuerzo de sinceridad, el funcionamiento normal de los partidos, y el resto puede lograrse por los medios llamados mecánicos, como la nueva organización del sufragio, deducida, no del desprecio de los hechos ni de excesiva confianza en las teorías, sino de la realidad de la vida, de las condiciones fisiológicas de la sociedad moderna.

IMPRESIONES Y NOTAS

UNA INSTALACIÓN ELÉCTRICA CONVENCIONAL.—El desarrollo de la energía eléctrica de las cataratas del Niágara ha permi-

do—según *L' Elettività*—la implantación en el nuevo Hospicio de carmelitas, situado á dos millas de la cascada, de una instalación eléctrica de alumbrado y calefacción, que es única en el mundo. El convento está iluminado por 300 lámparas de incandescencia y sus habitaciones caldeadas por caloríferos eléctricos de cuatro caballos; en las alcobas hay otros caloríferos de conmutador para obtener dos temperaturas diferentes. En el comedor hay tres cafeteras de cinco galones y una jarra para calentar agua; la cocina tiene una superficie caldeable de dos metros cuadrados, y tres hornos, pudiéndose preparar al mismo tiempo en el mayor de estos hornos cuatro asados de 25 libras cada uno; en el más pequeño se puede cocer pan en dieciocho minutos. Baste decir que el 15 de Junio, día de la inauguración del edificio, se pudo guisar con semejante instalación eléctrica, una comida para 250 personas en sólo dos horas y media.

*
* *

PENSAMIENTOS DE RUGGIERO BONGHI.—Con motivo de la inauguración del monumento erigido á la memoria de Ruggiero Bonghi, el Municipio de Lucera ha publicado un volumen de pensamientos del ilustre escritor italiano, del que entresacamos los siguientes, extraídos de la *Nuova Antologia*.

«Todos los días me crece el deseo de saber y la conciencia del no saber. Moriré de sed espiritual.»

«Si vuestro adversario razona en serio, tomadlo á risa; si lo toma á risa, razonad en serio. Regla del siglo V antes de Jesucristo, que todavía es buena dieciocho siglos después.»

«La Italia se ha hecho, pero si los italianos no se rehacen, la desharán.»

«Muchas veces en mi vida mis amigos me han hecho mal y mis enemigos bien; pero yo no he dejado de llamar amigos á aquéllos y enemigos á éstos.»

«Es indicio de vejez amar las alabanzas; agrada que entre

la multitud ó en una calle, si le señalan á uno con el dedo ó es pronunciado vuestro nombre, llegue, nuevo ó no, á los oídos de quien lo oye; y es gran debilidad. Es juventud, y fuerza hacer, hacer, hacer; y en el hacer sin esperar nada, hallar todo el contento y satisfacción del ánimo.»

«Entre los burgueses y los nobles hay la diferencia de que los primeros hablan siempre de los segundos, y los segundos nunca de los primeros. Esta diferencia da gran superioridad á los nobles sobre los burgueses, y es superioridad que no se pierde, porque se reconoce en el hecho mismo de negarla.»

«Los hombres pueden dividirse en dos órdenes: productores y consumidores. Tan modestos en su género son los primeros como presuntuosos los segundos. Así tienen en todo cualidades opuestas: aquéllos pensadores y éstos locuaces; aquéllos contentos con todo y éstos con nada; aquéllos ajenos á salir de su propia ocupación, y éstos creyendo propia suya la ocupación de cualquiera, ó mejor dicho, que su oficio consiste en regular la ocupación de los demás, y gozar de sus frutos. Los primeros son gobernados; los segundos gobiernan.»

«Las cuestiones políticas no se resuelven sino formulando su solución en una frase que ninguno entiende bien, pero que todos se imaginan entender.»

«Los que dicen que los exámenes son inútiles ó los desprecian, no han visto jamás un colegio cuando los exámenes se acercan.»

«Premiar á los buenos es un modo de castigar á los malos.»

«Hoy, María, que es tu santo, quiero decirte un secreto: de todo cuanto he leído y estudiado, y sentido y visto, he sacado esta enseñanza: sólo una cosa vale: ser buenos.»

«El cristianismo es la emersión del yo; el socialismo la sumersión del yo.»

«Quien ha sentido la necesidad, da si ve que otros la sienten; pero quien nunca la ha sentido, es más tarde en dar.»

«Si quieres que el espíritu no se te enmohezca, debes bruñirlo todos los días, y su esmeril es pensar.»

«Sin un granito de locura, nada se hace en el mundo grande y sabio.»

«Nada educa tanto el carácter como la costumbre constante de decir la verdad.»

«Dios es la última investigación, el último enigma y la última respuesta.»

*
* *

LA VOTACIÓN AUTOMÁTICA.—Gino Trespíoli, ayudado por su hermano Fausto, ha conseguido realizar una invención que puede ser de gran resultado para la práctica del régimen parlamentario. Ha construido una máquina que facilitaría extraordinariamente las operaciones electorales, haciendo imposibles la mayor parte de los fraudes. El aparato consta de una cajita que contiene la urna y un teclado, cada una de cuyas teclas corresponde á un candidato, designado con una letra del alfabeto. La urna está encerrada en la cajita, y cuando se saca, se corre un pestillo, no pudiéndose abrir la urna sino con la llave entregada al magistrado que preside el escrutinio. El teclado luego no funciona sino en el momento en que el presidente, identificado el elector, oprime el registro con un timbre, ligado á una cadenita que permite obrar al pestillo. Cuando el votante toca una tecla, lo que puede hacer sin ser guiado por nadie, aparece al costado de la máquina un número que indica las veces que ha accionado el mecanismo. Mucho dudamos, á pesar de los elogios que del aparato hacen los periódicos italianos, que con él se obtengan resultados prácticos, en España por lo menos, pues como los abusos, más que por los electores, se cometen por las mesas electorales, esa máquina no garantizaría nunca la corrección de la mesa, sino que sería quizá un arma más de falsificación del sufragio.

*
* *

LOS HEREDEROS DE LOS ARCHIMILLONARIOS. — Continuando L. de Norwins sus curiosas relaciones sobre la vida de los multimillonarios americanos, consagra el último de sus artículos de la *Revue des Revues* al estudio de la existencia de los hijos de aquellos legendarios nababs.

Como tipo de recién nacido presenta al presunto heredero de Harry Payne Witney, nieto de Vanderbilt. Su abuelo materno le ha obsequiado con una pesada cadena de oro con un broche de diamantes, y el paterno con un sonajero formado por un colmillo de elefante incrustado de oro y piedras preciosas y guarnecido de campanitas de oro; los Wilson con una guarnición de turquesas rodeadas de brillantes; los Sloane con un collar de coral montado en brillantes, y así los demás parientes y amigos. Su canastilla, regalo de su abuela, ha costado 400.000 francos. La criatura descansa en una cuna de oro esmaltado, pendiente de cuatro columnas de idéntico trabajo y cubierta por un cielo de seda azul guarnecido de antiguos encajes de Venecia. Tres mujeres, enfermeras con título, velan al niño, y cuatro médicos le asisten, visitándole cada uno de ellos á las ocho de la mañana, á la una, á las siete y á media noche; cada cual redacta un parte de su asistencia, que se telefonea á la familia, y se lleva 250 francos por su visita. No se tienen cuidados semejantes ni con el más encumbrado heredero de las casas reales de Europa.

Como tipo de niño de tierna edad presenta Norwins al primo del anterior, llamado, á estilo de monarca, Cornelio V Vanderbilt, como quien dice, Alfonso XIII de Borbón ó Nicolás II Romanoff. Tiene un año y algunos meses, y su servidumbre especial se compone de dos doncellas, que velan día y noche por el niño, dos cocheros, una costurera, una modista y dos mozos de servicio. Nadie, ni aun su madre, puede besarle, para que no se le pueda comunicar enfermedad ninguna. Todos sus sesenta trajes son blancos y sus habitaciones están esmaltadas de blanco, desde el suelo al techo. Su guardarropa ha costado más de 200.000 francos, y lleva al cuello un collar

de perlas de 60.000 francos de valor. Uno de sus sombreros es de historia, por estar adornado con tres admirables plumas de avestruz del blanco más perfecto: estas plumas estaban destinadas al príncipe de Gales, pero la señora Vanderbilt las pagó al proveedor del heredero del trono de Inglaterra á un precio tan increíble, que el príncipe se quedó sin ellas. La pobre criatura está siempre aislada, no dejando sus padres que ningún otro niño se acerque á él. Su única distracción consiste en salir de paseo en un cochecito de mano, que es una maravilla, empujado por las doncellas y custodiado por dos fuertes mocetones para que nadie se aproxime.

Como tipo de niño ya formado, puede tomarse á Jack Astor, de ocho años. Como Cornelio V, vive siempre solo, teniendo á su disposición un ala entera del palacio de su padre. Allí pasa su tiempo del modo más aburrido, sin que ningún niño de su edad venga á compartir sus juegos; cuando sale en su carruaje, con un cochero y dos lacayos, su aya, que va detrás en otro coche, tiene orden de no dejarle hablar con nadie. Su servidumbre se compone de un aya francesa, dos doncellas, dos ayudas de cámara, dos lacayos, dos cocheros y seis mozos de caballerizas. Sus cocinas están admirablemente montadas, y sus padres se proponen educarle de modo que jamás tenga que ir al colegio ni á la Universidad, para no mezclarse con gentes de condición inferior á la suya. Para ello aducen el ejemplo de los reyes de Inglaterra ó de los emperadores de Rusia, que jamás han ido á un colegio. Y si se les objeta con el ejemplo de los hijos de Luis Felipe, hacen una mueca desdeñosa diciendo que «un Astor debe buscar modelos superiores y no inferiores á él.»

Lo que de semejantes condiciones de existencia puede salir, fácil es adivinar que ha de ser desastroso. Pero así las gastan los Cresos de la quinta Avenida de Nueva York.

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Pensieri di varia filosofia e di bella letteratura, di Giacomo Leopardi.—
Volume terzo.—Firenze, Successori Le Monnier, editori, 1899.—Un
vol. de 483 páginas, 3,50 liras.

Los lectores de LA ESPAÑA MODERNA recordarán que en ella se dió cuenta á su debido tiempo de la aparición de los dos primeros tomos del *Zibaldone di pensieri* del gran Leopardi.

La publicación continúa, habiéndose dado á luz hace poco el tomo tercero.

El cual es tan heterogéneo como se dijo eran los anteriores, cosa que se explica teniendo en cuenta que el *Zibaldone* no es sino una serie de impresiones que el autor iba estampando en el papel á medida que se las iban produciendo, y por el mismo orden que se las iban produciendo las lecturas que hacía. Se conoce, sin embargo, que desde Junio á Octubre de 1821 (período en que fueron escritos todos los pensamientos incluídos en este tercer tomo), las meditaciones de Leopardi recaían con mucha frecuencia sobre uno de los temas que siempre predominaron en su mente: el de la relatividad de nuestras ideas y nuestros juicios. Multitud de párrafos del tomo tratan, bajo diferentes aspectos, esta cuestión,

v. gr. los siguientes: «La ley natural varía según las naturalezas. Un caballo, que no es carnívoro, considerará acaso injusto á un lobo que asalta y da muerte á una oveja, lo odiará por sanguinario y experimentará gran repugnancia é indignación al presenciar cualquiera de sus carnicerías. Pero no le sucederá lo mismo á un león. *El bien y el mal moral no tienen, pues, nada de absoluto.* No hay otras acciones malas sino aquellas que repugnan á las inclinaciones de cada clase de seres operantes, ni son malas las que perjudican á otros seres, siempre que no repugnen á la naturaleza de quien las ejecuta».—«Se suele decir que todas las cosas, todas las verdades tienen dos caras diferentes ó contrarias; más bien tienen infinitas. No hay verdad alguna que, tomando de más ó menos lejos el argumento y caminando por una vía más ó menos nueva, no pueda demostrarse con evidencia que es falsa... Esta observación (que puede especificarse y desarrollarse mucho) ¿no demuestra que *ninguna verdad ni falsedad es absoluta*, ni siquiera con respecto á nuestro modo de ser y de razonar, ni aun dentro de los límites de la concepción y de la razón humana?»—«La idea de lo bello es relativa y mudable y dependiente, no de modelo alguno invariable, sino de la habituación, que cambia según las circunstancias.»

P. DORADO.

Des religions comparées au point de vue sociologique, por Raoul de la Grasserie.—Un vol., XVII de la *Bibliothèque sociologique internationale*, 396 páginas.—París, Giard y Brière, editores, 1899.—Su precio, 7 francos.

El estudio de las religiones, tanto desde el punto de vista histórico, como del psicológico, del científico y del confesional, es quizá hoy uno de los que más interés despiertan entre los sabios de todos los países. La *literatura* religiosa, ó bien sobre las religiones consideradas como ideas, como creencias, ó en general como manifestaciones de la actividad del hom-

bre, es tan numerosa y rica, que bien puede estimarse como la más importante de las *literaturas* referentes á los variadísimos fenómenos característicos de las sociedades humanas. Bastaría ojear el *Año sociológico*, recientemente publicado por el Sr. Durkheim (vol II), y del cual hablo largamente en otro lugar, para convencerse de cuanto dejo dicho. Ahora bien, uno de los aspectos más dignos de examen en las religiones—aspecto muy oportunamente señalado por el malogrado Guyau—es el sociológico, no meramente en el respecto del influjo social de la religión, sino en el de la consideración de éste como un fenómeno social ó sociológico por sí mismo.

El libro del Sr. de la Grasserie, cuyo título va al frente de esta nota, está dedicado principal, ó acaso exclusivamente, á estudiar, como su título indica, las religiones desde el punto de vista sociológico; en otros términos: la religión como cosa ó como obra social, ó mejor todavía, la *sociedad religiosa*. Y cuenta que aun cuando, según indicaba más arriba, la literatura religiosa ó sobre las religiones es tan abundante, sin embargo, el punto de vista sociológico, tal y como lo concibe nuestro autor, no ha sido considerado hasta ahora como merece y debe ser considerado: «las religiones, dice el señor de la Grasserie, han sido comparadas desde el punto de vista psicológico, pero muy poco desde el sociológico.» Se ha insistido mucho sobre el influjo social de las religiones, sobre su evolución como parte integrante de una evolución humana más amplia, pero no se ha insistido sobre el estudio de la religión como una sociedad por sí misma, una sociedad que entraña relaciones particulares, que trascienden del medio social natural y ordinario, en cuanto comprenden los seres que ya no existen, que no están presentes. Realmente un estudio completo de la sociología de las religiones comprendería primeramente el examen de las relaciones entre las sociedades religiosas, ó la Iglesia con la sociedad civil; luego el examen de la constitución de la sociedad humana religiosa á través de las otras, y por fin la observación de la religión como uno de

los fenómenos sociales; pero no sólo esto: comprendería, además, por el lado que pudiéramos llamar *interno* y en el supuesto de que la religión abarca una especie de *sociedad cósmica*, ó de *supra sociedad*, la consideración de ésta como un todo verdaderamente *orgánico* y específico á su modo.

Para verificar la tarea del estudio sociológico de las religiones comparadas, el señor de la Grasserie examina con gran atención, erudición rica y razonamiento vigoroso: 1.º Las ciencias *cosmosociológicas*. 2.º El lugar de la religión entre esas ciencias. 3.º El lazo social cósmico; los objetos del lazo religioso; la religión se considera primero como subjetiva, luego como objetiva, y por fin, como subjetiva de nuevo. 4.º La teoría orgánica de la sociedad religiosa interna; aplicación ingeniosa de la teoría orgánica sociológica al desenvolvimiento y constitución de la religión. 5.º Las sociedades interdivinas é intradivinas. 6.º Las sociedades divinas contrarias y sus conflictos. 7.º Constitución de la sociedad religiosa externa. 8.º Constitución de las sociedades religiosas externas más estrechas. 9.º Las relaciones entre las sociedades religiosas. 10 Las sociedades religiosas y la sociedad civil. 11 La clasificación de las religiones; y 12 El porvenir de las religiones.

A. POSADA.

Juvenile offenders.—*A report, based on an inquiry instituted by the committee of the Howard Association.*—London, 1898.—Un folleto de 40 páginas.

Pertenece esta publicación á la serie de folletos de propaganda que la Sociedad penitenciaria inglesa, que lleva el nombre del filántropo Howard, viene publicando—según costumbre muy general en Inglaterra y los Estados Unidos—con el propósito de difundir entre el pueblo las doctrinas y soluciones que los propagadores tienen por acertadas, ganándose de

esta manera la opinión (y formándola al mismo tiempo) en favor de las reformas legales que preconizan, las cuales se hacen de este modo viables, por estribar en una base sólida. La asociación Howard, aun no teniendo más que un carácter meramente privado, constituye hoy en Inglaterra una fuerza de sumo poder (no ciertamente para intrigas políticas, cual en otras partes hacen ciertas agrupaciones, sino exclusivamente para el bien), uno de tantos factores como en dicho país concurren á producir ese constante descenso en la delincuencia y ese aumento de bienestar social en todos los órdenes que ven con ojos de envidia otros pueblos; y el principal secreto á que debe semejante fuerza la asociación está en su activa propaganda. La gran mayoría, por no decir la totalidad, de las reformas penitenciarias realizadas en la Gran Bretaña y sus colonias (y muchas en países extranjeros, merced al influjo irradiador de dicha Sociedad, á imitación de la cual se ha formado, verbigracia, la no menos poderosamente influyente *Société générale des Prisons*, de París), han sido pedidas y preparadas por la *Howard Association*, entre cuyos miembros se cuentan muchos representantes del Parlamento.

La *Howard Association* suele preparar sus trabajos, para darles verdadera consistencia, por un procedimiento que cada vez va teniendo mayor extensión en los países cultos, y al que éstos acuden con frecuencia (como Bélgica y sobre todo la misma Inglaterra y los Estados Unidos) para formar las leyes: el procedimiento (que no es otra cosa sino una imposición del sentido realista de la vida social, opuesto al antiguo sentido abstracto engendrado por el idealismo revolucionario) de hacer informaciones detenidas para conocer el estado de hecho de aquella esfera sobre la que se pretende legislar, recogiendo al efecto datos reales que formen el ancho pedestal sobre que la construcción legislativa podrá elevarse con la indispensable solidez.

Con esto queda explicado cuál es el contenido del opúsculo á que la presente nota se refiere, y que indica ya su mismo

subtítulo: es una información sobre el tratamiento penal que debe aplicarse á los delincuentes jóvenes. Los estudiosos de cuestiones sociales y penales saben que este problema preocupa muchísimo dondequiera («dondequiera» es un continente del que, bajo este respecto, no forma parte España) á los pensadores y á los gobernantes, porque saben que el tratamiento penal en general, pero singularmente el de los jóvenes, los más sensibles á él (como á todo influjo exterior, ya beneficioso, ya perjudicial), tiene una inmensa trascendencia. La Sociedad Howard abrió recientemente una información relativa al problema indicado, dirigiendo al efecto una circular á aquellas personas que, por razón de sus ocupaciones, cargos ó estudios especiales, podrían tener más competencia para responder á las preguntas incluídas en ella (magistrados, altos empleados, personal de cárceles, jefes de policía, etc.). Las contestaciones dadas, íntegras, y un informe basado sobre ellas, en que se trata el problema de la criminalidad de los jóvenes brevemente, pero bajo diversidad de aspectos, dando en pocas líneas substanciosas multitud de puntos de vista y sugiriendo sinnúmero de ideas, eso es lo que el lector puede encontrar en el folleto *Juvenile offenders*. Sobre todo, á los que quieran tener una idea del asunto, orientarse en él sin consagrarle mucho tiempo ni largos estudios, puede servirles ese folleto admirablemente. A los gobernantes que quieran hacer algo, algo más que charlar en las Cortes y prometer lo que luego no dan, podría, el opúsculo de que se trata, prestarles mucha utilidad, porque les abriría mucho los ojos sobre un asunto de gran interés.

Entre las conclusiones á que llega en su *report* el Comité de la *Howard Association*, mencionaremos estas: los jóvenes no deben entrar en la cárcel, á no ser en casos de graves delitos ó de mala conducta bien determinada; debe usarse más cada vez de la *probation of first offenders act* (equivalente á la condena condicional), pero creando *probation officers* que vigilen, como en Massachusetts, á los jóvenes que se ha-

llen en libertad condicional; á los reformatorios y barcos de educación no deben ser llevados sino los jóvenes delincuentes más peligrosos y sus enganchadores; debe reforzarse la responsabilidad de los padres por abandono de sus hijos; no conviene imponer multas á los jóvenes.

P. DORADO.

Soggettivismo ed oggettivismo nella scienza del diritto penale, per Leonardo Restano, professore di diritto e procedura penale nella R. Università di Genova.—Modena, 1898.—Un volumen de 281 páginas, 5 liras.

Desde que apareció en Italia la llamada «nueva escuela penal», puede decirse que cuantos en ese país escriben sobre asuntos penales lo hacen para defender ó para combatir á dicha escuela. Y así es raro que se publiquen estudios verdaderamente imparciales, serenos, hechos como si la escuela positiva no existiese. Parece que todos han tomado por divisa aquello de *qui non est mecum contra me est*, sin considerar que puede muy bien no estarse *por* ni *contra* nadie, y sí sólo por la verdad. Y lo particular del caso es que el mismo prisma blanco ó rojo con que suelen mirar sus propios escritos lo aplican también á juzgar las obras de los extranjeros, siendo la principal de sus preocupaciones, al juzgar éstas, la de poder arrimar á sus autores al bando á que el crítico pertenece, bien sea el de los amigos, bien el de los adversarios.

No forma excepción á esta regla el Sr. Restano. El cual, en sus anteriores trabajos, á lo menos en los que yo conozco (y los conozco casi todos), no ha hecho otra cosa que discutir alguna de las afirmaciones fundamentales de la «nueva escuela» (la no existencia del libre albedrío), ó criticar las doctrinas de ésta acerca de determinados puntos (las relaciones entre la sociología y el derecho penal, la injuria y la calumnia, la prisión preventiva, la tentativa de delito).

El libro á que esta nota se refiere tiene la misma índole. Comiézase en él por sentar los caracteres diferenciales entre

la escuela clásica de derecho penal, la positiva y la positivo-crítica (la llamada *tercera* escuela), pasando después á discutir y juzgar el criterio subjetivo (mejor sería acaso decir subjetivista) que la primera emplea para resolver cierto número de problemas de los que actualmente preocupan á los estudiosos del derecho penal, tales como estos: si en esta disciplina debe preferirse ó no el examen del delincuente al del delito; si es ó no necesario dar el concepto anticipado de este último para que sirva como de base á toda la ciencia penal; valor del criterio de la temibilidad; valor de los motivos determinantes para inducir esa temibilidad; valor del criterio de la indeterminación absoluta de las penas; la reparación civil del daño y juicio acerca de este medio penal; juicio del criterio subjetivo tocante al problema de la tentativa; ídem tocante al concurso de varias personas en un mismo delito; ídem tocante á los delincuentes por pasión; ídem tocante á los delitos de la muchedumbre; ídem en cuanto al concurso de delitos; ídem respecto á la reincidencia, á la prescripción penal, á la liberación condicional, á la condena condicional, á la rehabilitación de los penados, á la reprensión judicial, y al procedimiento penal.

Como se ve, el profesor Restano, con ocasión de someter á examen crítico algunas afirmaciones de la «escuela penal positiva», va estudiando y pasando revista á una gran parte de la materia constitutiva del derecho penal. El subjetivismo de dicha escuela lo tiene por exagerado; mas tampoco acepta en absoluto las soluciones de la escuela clásica, el ontologismo ú objetivismo de ésta: sólo las hace suyas por mitad, compartiendo sus simpatías entre ellas y las de la escuela positiva. Es decir, que se coloca en un punto de vista intermedio, ecléctico, muy en alza hoy (ejemplo: el notable libro de Saleilles y el estado de espíritu de casi todos los que forman la *Société des Prisons* de Paris, gran parte de los penalistas alemanes contemporáneos, etc.); mas no por eso se suma con los de la tercera escuela, también intermedios. Según Restano, sin ne-

cesidad de crear una *cuarta* escuela subjetivo-objetiva, cabe combinar y deben combinarse las doctrinas del subjetivismo con las del objetivismo para constituir «un sistema penal fecundo, vital y verdaderamente científico».

P. DORADO.

Gerardo Hauptmann e l'opera sua letteraria, di Cesare de Lollis.—Firenze, successori Le Monnier, editori, 1899.—Un vol. de 190 págs., 2 liras.

Gerardo Hauptmann, no obstante su juventud (aún no llega á los cuarenta años), figura en primera línea entre los dramaturgos alemanes, y sus obras, de las llamadas «de tesis», despiertan en el mundo de los pensadores y estudiosos de cuestiones sociales el mismo grado de interés que en el mundo de los literatos, hallándose al nivel de las de Ibsen y demás escritores revolucionarios (de pluma) del Norte de Europa, de esos de que tanto se viene ocupando la generación actual de literatos en todos los países que se dicen cultos.

César de Lollis, en el opúsculo á que se contrae la presente nota (editado por la casa florentina de los sucesores de Le Monnier, con la limpieza y esmero tipográficos que es habitual en ella), además de darnos unas breves pinceladas biográficas de Hauptmann, hace un estudio bastante detenido de sus diferentes obras, en otros tantos párrafos, cuyos títulos son casi siempre los mismos que los de aquéllas, á saber: *Primeras tentativas literarias*, *La suerte de los Prometideos* (*Promethidenloos*), *Antes del alba* (*vor Sonnenaufgang*), *La fiesta de la paz* (*Das Friedensfest*), *Seres solitarios* (*Einsame Menschen*), *Los cuentos*, *El guardián Thiel* (*Bahnwärter Thiel*), *El apóstol* (*Der Apostel*), *Los tejedores* (*Die Weber*), *El colega Cramptom* (*College Crampton*), *La piel de castor* (*Der Biberpelz*) *Ascensión al cielo de Juanilla* (*Hanneles Himmelfahrt*), *Florian Geyer* (*Florian Geyer*), *La campana sumergida* (*Die versunkene Glocke*), *El cochero Henschel* (*Fuhrmann Henschel*), *Conclusión*.

P. DORADO.

OBRAS NUEVAS

- Albuerne y Cañedo (R.)—Manual novísimo de cuentas ajustadas del obrero. En 4.º, 203 págs.: 2 pesetas.
- Alcaide de Zafra (J.)—Trébol; poesías. En 8.º, 92 págs.: 2 pesetas.
- Almagro y Cárdenas (A.)—Catálogo de los manuscritos árabes que se conservan en la Universidad de Granada. En 4.º, 19 págs.: 1 peseta.
- Almanaque Bailly-Baillière. Pequeña enciclopedia popular de la vida práctica. En 8.º, 466 págs.: 1,50 pesetas.
- Almanaque del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. En 8.º, 161 págs.: 1 peseta.
- Amor y Neveiro (C.)—Examen crítico de las nuevas escuelas de Derecho penal. En 4.º mayor, 330 páginas: 3,50 pesetas.
- Ascarza (V. F.)—Tratado elemental de Física, Química é Historia Natural. En 8.º, 270 págs.: 2 pesetas.
- Ayot (D')—Las vírgenes de Mayo; poema en prosa. En 8.º, 15 páginas: 25 céntimos.
- Bartrina Capella (J. M.)—Aritmética para el primer curso de la segunda enseñanza. En 8.º, VIII-150 páginas: 2 pesetas.
- Burillo Stolle (A.)—Aritmética y contabilidad. En 8.º mayor, 198 páginas: 4 pesetas.
- Cabrerizo Sánchez (F.)—Cantares agridulces. En 4.º, 94 págs.: 1 peseta.
- Cadalso (F.)—Diccionario de legislación penal, procesal y de prisiones. En 4.º *Tomo I A-C*. xv-975 páginas: 15 pesetas.
- Carreras (L.)—España militar en próximo porvenir y solución del problema económico. En 12.º, 32 páginas: 50 céntimos.
- Castelló y Carreras (S.)—Avicultura; resumen de un curso completo de gallinocultura é industrias anexas. En 4.º, 815 páginas: 12 pesetas.
- Castillo (M.)—Análisis gramatical ó primer curso de Gramática de la Lengua Castellana. En 4.º, vi-161 páginas: 4 pesetas.
- Cotarelo y Mori (E.)—D. Ramón de la Cruz y sus obras; ensayo bio-

- gráfico y bibliográfico. En 4.º, 612 páginas y 8 de música: 10 pesetas.
- Covarsi (A.)—Narraciones de un Montero. En 4.º, 372 págs.: 6 pesetas.
- Dalmau Pujadas (J. M.)—Elementos generales de Anatomía. En 8.º, 192 páginas con 30 grabados: 2 pesetas.
- Domínguez Berrueta (J.)—Aritmética para uso de los alumnos del Bachillerato. En 8.º, 108 páginas: 2 pesetas.
- Estévanez (N.)—Calandracas. En 12.º, 130 págs.: 50 céntimos.
- Ferreiroa (U.)—Historia apologética de los Papas. *Tomo VIII*. En 8.º mayor, 392 págs.: 2,50 pesetas.
- Ferri (E.)—Los delincuentes en el arte. En 8.º, 336 págs.: 3 pesetas.
- Fola Igúrbide (J.)—El hijo del aire; melodrama. En 4.º, 109 páginas: 2 pesetas.
- Font y Sagué (N.)—Historia de Catalunya. En 8.º, 168 páginas: 1,50 pesetas.
- Fortuny y Durán (A.)—Del análisis de la orina en la clínica. En 8.º, 228 págs.: 4 pesetas.
- García Icazbalceta (J.)—Obras. *Tomo X*. Opúsculos varios: VI. México. Impr. de V. Agüeros. 1899. En 8.º, 500 págs.: 6 pesetas.
- Gil (J.)—La Nunciatura; breve noticia de lo que es, representa y hace en España. En 12.º, 71 páginas: 1 peseta.
- Gil Alvaro (E. y A.)—El año del ejército. 1889. Revista anual histórica, técnica y legislativa. *Volumen I*. En 4.º, 331 págs.: 3 pesetas.
- Gil de Oto (M.)—Amores de un paje del siglo XIV; novela. En 8.º, 175 págs.: 50 céntimos.
- Gimeno de Flaquer (C.)—Evangelios de la mujer. En 8.º, 271 páginas: 3 pesetas.
- Giner de los Ríos (H.)—Nociones de lógica. En 8.º, 107 págs.: 2 pesetas.
- González (N.)—Guía-itinerario de Málaga. En 8.º, 192 págs.: 2 pesetas.
- González García-Valladolid (C.)—Reseña histórica de la milagrosa imagen de María Santísima de San Lorenzo. En 4.º mayor, LXXXVII páginas y una lámina: 2 pesetas.
- González Rebollar (H.)—Algunas observaciones acerca de los problemas fundamentales de la Ley Hipotecaria. En 8.º, 115 páginas: 2 pesetas.
- Gorostiza (M. E. de).—Obras. *Tomo II*. Teatro II. México. Imprenta de V. Agüeros. 1899. En 8.º, 387 págs.: 6 pesetas.
Biblioteca de Autores Mexicanos, vol. 24.
- Hoyos Sáinz (L. de).—Lecciones de Antropología. *Tomo III*. Etnografía, clasificaciones, prehistoria y razas americanas. *Segunda edición*, aumentada y corregida. En 8.º, 375 págs.: 4 pesetas.
- Iñiguez é Iñiguez (F.)—Primer curso de aritmética. En 8.º, 126 páginas: 1 peseta.
- Laugi (J. de).—Carmen (novela). En 8.º, 198 págs.: 2 pesetas.
- Laredo Blanco (J.)—Geografía médica española; datos para el estudio médico-topográfico de Ponferrada. En 4.º, 212 págs.: 3 pesetas.
- Limendoux (F.)—«El Disloque»,

- Sociedad cómico-lírica, escena cómica en prosa. En 4.º, 9 páginas: 1 peseta.
- López García (J.)—Virtud, paz, amor; idealismos de un jornalero cristiano. En 4.º, VIII-363 páginas: 3,50 pesetas.
- Martínez Sierra (G.)—Diálogos fantásticos. En 8.º, 117 págs.: 2 pesetas.
- Octavio de Toledo (L.)—Teoría formal de las progresiones. En 4.º, 10 págs.
No se pone á la venta.
- Odrizola (V.)—La patata; su cultivo y explotación. En 4.º, 92 páginas: 2 pesetas.
- Pardo (M. E.)—Todo un pueblo, novela. En 8.º, 254 págs.: 2 pesetas.
- Pereda y Barona (J.)—Historia sagrada. En 8.º, 104 págs.: 1,50 pesetas.
- Pérez Zúñiga (J.) y Díaz de Quijano (J.)—La gente del patio, pasillo cómico lírico en un acto y en prosa. En 4.º, 30 págs.: 1 peseta.
Administración lírico-dramática.
- Presa (J. de la).—El Rey y el porvenir de España. En 8.º, 77 páginas: 1 peseta.
- Ramos Merel (L.)—La reorganización del Estado, ó economías y reformas radicales que las circunstancias exigen. En 8.º, 96 págs.: 1 peseta.
- Redel (E.)—San Rafael en Córdoba. En 4.º, 295 págs.: 5 pesetas.
- Rodríguez (L.)—Hacienda pública y reconstitución nacional. En 8.º, 256 págs.: 3 pesetas.
- Rodríguez Alonso (L.)—Historia eclesiástica; segundo curso de religión. En 8.º mayor, 48 páginas: 1 peseta.
- Idem.—Primer año de religión para los alumnos de segunda enseñanza. En 4.º, 357 págs.: 5 pesetas.
- Ruano Prieto (F.)—Anexión del Reino de Navarra en tiempo del Rey Católico. En 8.º, VI-412 páginas: 4 pesetas.
- Sánchez-Morate y Martínez (J.)—Nociones de fisiología é higiene. En 8.º, 208 págs.: 2,50 pesetas.
- Santonillo.—Artistas célebres: Rafael Guerra (*Guerrita*). En 8.º mayor, 36 págs.: 75 céntimos.
- Soriano (C.)—El amante del divino Corazón de Jesús. En 12.º, 231 páginas: 75 céntimos.
- Sota y Lastra (R. de la).—Manual teórico y práctico de las enfermedades de la nariz y de sus senos accesorios. En 8.º, XVI-495 páginas: 5 pesetas.
- Torre-Vélez (C. de).—Defensa del Excmo. Sr. D. Enrique Sostoa y Ordóñez. En 4.º, 136 páginas.
No se ha puesto en venta.
- Valencia (G.)—Poesías. Bogotá. Papelería de Samper Matiz, 1898. En 8.º, 144 páginas y un retrato: 3 pesetas.
- Villar (A.)—Trabajos de puente ó coronas continuas. En 4.º, 150 páginas: 5 pesetas.
- Zurita Nieto (B.)—Estudios de legislación mercantil comparada. *Tomo I*. Los actos de comercio considerados en sí mismos y en relación con los comerciantes. En 4.º, 151 págs.: 3 pesetas.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Sendas peligrosas</i> (novela), por J. L. Heiberg.....	5
<i>Retos y desafíos</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	35
<i>La Literatura moderna en Francia</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	56
<i>Poetas americanos: El hierro</i> , por Agripina Montes del Valle.— <i>¡Pasó!</i> por J. A. de Silva.— <i>Cita</i> , por Miguel Gutiérrez Nájera.	75
<i>El Año sociológico 1898</i> , por Adolfo Posada.....	80
<i>Historia del reloj</i> , por Joaquin Olmedilla y Puig.....	102
<i>Apuntes para un estudio sobre las Catedrales españolas</i> , por Vi- cente Lampérez y Romea.....	118
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	147
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	159
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y A. Posada.....	191
<i>Obras nuevas</i>	200

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo,
16, principal.—MADRID

N.º del Catál.º	Pesetas.	N.º del Catál.º	Pesetas
175		124	
Aguanno. — La génesis y la evolución del Derecho civil.	15	— Una Historia sin nombre.	3
176		110	
— La Reforma integral de la legislación civil.	4	— Venganza de una mujer.	3
177		130	
Alcofurado. — Cartas amatorias de la monja portuguesa.	3	Baudelaire. — Los paraísos artificiales.	3
178		163	
Anónimo. — ¿Académicas?	1	Becerro de Bengoa. — Trueba.	1
179		174	
— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.	1	Bergeret. — Eugenio Mouton (Merinos)	1
180		169	
Araujo. — Goya.	3	Bourget. — Hipólito Taine.	0,50
183		300	
Arenal. — El Delito colectivo.	1,50	Buisson. — La Educación popular de los adultos en Inglaterra.	6
182		185-186	
— El Derecho de gracia.	3	Burgess. — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos).	14
181		187	
— El Visitador del preso.	3	Buylla. — Economía.	12
114		36-37	
Arnold. — La crítica en la actualidad.	3	Campe. — Historia de América (dos tomos).	6
172		156	
Asensio. — Fernán Caballero.	1	Campoamor. — Cánovas.	1
39		79	
— Martín Alonso Pinzón.	3	— Doloras, cantares y humoradas.	3
184		69	
Asser. — Derecho Internacional privado.	6	— Ternezas y flores.	3
111		188	
Balzac. — César Birotteau.	3	Carnevale. — Filosofía jurídica. — Crítica penal.	5
54		189	
— Eugenia Grandet.	3	— La cuestión de la pena de muerte.	3
112		102	
— La Quiebra de César Birotteau.	3	Caro. — Costumbres literarias.	3
62		140	
— Papá Goriot.	3	— El Derecho y la fuerza.	3
76		58	
— Ursula Mirouet.	3	— El pesimismo en el siglo XIX.	3
2		65	
Barbey d'Aurevilly. — El Cabecilla.	3	— El suicidio y la civilización.	3
12			
— El Dandismo y Jorge Brummel.	3		
131			
— La Hechizada.	3		
120			
— Las Diabólicas.	3		

N.º del Catal.º	Pesetas.	N.º del Catal.º	Pesetas.
127 — Littré y el Positivismo.....	3	198-199 Framarino dei Matalesta.—Lógica de las pruebas (dos tomos)....	15
293 Castro.—El libro de los galicismos.....	3	302-303 Gabba.—Derecho civil moderno (dos tomos).	15
190-191 Collins. — Resumen de la filosofía de Spencer (dos tomos).....	15	201 Garofalo. — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
64 Coppée.—Un idilio.....	3	200 — La criminología.....	10
40 Cherbuliez. — Amores frágiles.....	3	202 — La superstición socialista.....	5
26 —La tema de Juan Tozudo	3	98 Gautier.—Bajo las bombas prusianas.....	3
93 — Meta Holdenis.....	3	167 — Enrique Heine.....	1
18 — Mis Rovel.....	3	132 — Madama de Girardin y Balzac.....	3
91 — Paula Mere.....	3	121 — Nerval y Baudelaire..	3
297-298 Darwin. — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos)..	15	70 Gay.—Los Salones célebres.....	3
59 Daudet.—Cartas de mi molino.....	3	261 Giddings.—Principios de Sociología.....	10
125 — Cuentos y fantasías..	3	286 Giuriati. — Los errores judiciales.....	7
38 — El sitio de París.....	3	203 Gladstone.—Los grandes nombres.....	5
13-14 Jack (dos tomos).....	6	164 — Lord Macaulay.....	1
22 — La Evangelista.....	3	287 Goethe.—Memorias.....	5
46 — Novelas del lunes....	3	21 Goncourt. — Germinia Lacerteux.....	3
100 — Tartarín en los Alpes.	3	205 — Historia de la Pompadour.....	6
166 Dorado. — Concepción Arenal.....	1	204 — Historia de María Antonieta.....	7
289 — El Reformatorio de Elmira.....	3	44 — La Elisa.....	3
192 — Problemas jurídicos contemporáneos.....	3	61 — La Faustín.....	3
31 Dostoyusky. — La casa de los muertos.....	3	129 — La señora Gervaisais..	3
33 — La novela del presidio.	3	6 — Querida.....	3
301 — Dowden.—Historia de la literatura francesa..	9	11 — Renata Mauperín....	3
193 Engels. — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado.....	6	206 González.—Derecho usual	5
162 Fernán Flor.—Tamayo..	1	282-283 Goodnow.—Derecho administrativo comparado (dos tomos)..	14
158 — Zorrilla.....	1	207 Goschen.—Teoría de los cambios extranjeros...	7
155 Fernández Guerra. — Hartzenbusch.....	1	208 Grave. — La sociedad futura.....	8
92 Ferrán.—Obras completas	3	209 Gross.—Manual del juez.	12
73 Ferry.—Nuevos estudios de Antropología.....	3	210 Gumplowicz. — Derecho político filosófico.....	10
24 Flaubert. — Un corazón sencillo.....	3	211 — Lucha de razas.....	8
196-197 Fouillee. — Historia de la filosofía (dos tomos)	12	212 Guyau. — La educación y la Herencia.....	8
195 — La ciencia social contemporánea.....	8	290 Hamilton. — Lógica parlamentaria.....	2
194 — Novísimo concepto del derecho.....	7		

N.º del Catál.º	Pesetas.	N.º del Catál.º	Pesetas.
213 Hausonville. — La juventud de Lord Byron.	5	284 Meneval. — María Estuardo.....	6
41 Heine.—Memorias.....	3	118 Merimee.—Colomba....	3
214 Hunter. — Sumario del Derecho romano.....	4	133 — Mis perlas.....	3
215 Ihering.—Cuestiones jurídicas.....	5	229 Meyer.—Derecho Administrativo.—La Administración y la organización administrativa..	5
216 Janet.—La familia.....	5	230-231 Miraglia.—Filosofía del Derecho (dos tomos)	15
217 Kells Ingram. — Historia de la Economía política.....	7	296 Mommsen.—Derecho público romano.....	12
218 Kidd. — La evolución social.....	7	170 Molins. — Bretón de los Herreros.....	1
219 Koch y otros. — Estudios de higiene general.	3	295 Murray.—Historia de la Literatura clásica griega.....	10
295 bis. Korolenko. — El desertor de Sajalín.....	2,50	232 Neera.—Teresa.....	3
299 Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7	233 Neumann.—Derecho Internacional público moderno.....	6
221 Laveleye. — Economía política.....	7	157 Pardó Bazán.—Alarcón.	1
220 Lange.—Luis Vives....	2,50	171 — Campoamor.....	1
288 Lemonnier.—La Carnicería (Sedán).....	3	151 — El P. Luis Coloma...	2
83 Lombroso. — Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal.....	3	168 Passarge.—Ibsen.....	1
72 — El Hipnotismo.....	3	161 Picón.—Ayala.....	1
222 — La Escuela criminológica positivista.....	7	234 Posada. — La Administración política y la Administración social....	5
135 — Últimos progresos de la Antropología criminal.	3	235 Renán. — Estudios de historia religiosa.....	6
223 Lubbock. — El empleo de la vida.	3	236 — La Vida de los Santos.	6
99 — La Vida dichosa.....	3	56-57 — Memorias íntimas (dos tomos).....	6
28-29 Macaulay. — Estudios jurídicos (dos tomos)...	6	237-238 Ricci. — Tratado de las pruebas (dos tomos).	20
294 — La Educación.....	7	285 Rod.—El silencio.....	3
224 Manduca. — El Procedimiento penal.....	5	122 Sainte-Beuve. — Retratos de mujeres.....	3
225-226-227 Martens.—Derecho internacional (público y privado) (tres tomos).....	22	49 — Tres mujeres.....	3
173 Maupassant.—Emilio Zola.....	1	84 Sardou.—La Perla Negra.....	3
228 Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión.....	7	240 Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación...	3
160 Menéndez y Pelayo.—Martínez de la Rosa...	1	242 Schopenhauer. — El mundo como voluntad y como representación.	12
152 — Núñez de Arce.....	1	78 — Estudios escogidos...	3
		241 — Fundamento de la moral.....	5
		243 Sighele.—El delito de dos	4
		244 — La muchedumbre delincuente.....	4

N.º del Catal.º	Pesetas.	N.º del Catal.º	Pesetas.
245	5	74	3
256	8	108	3
253	7	103	3
254	7	104-105	6
257	10	107	3
255	7	272	3
248	6	109	3
246	7	273	3
247	7	271	6
249	6	239	10
251-252	12	134	3
258-259	12	5	3
260	9	7	3
250	7	71	3
292	3	63	3
136	3	77	3
138	3	10	3
262	12	34	3
27	3	81	3
291	3,50	15	3
263	7	115	3
265	8	52	3
264	4	117	3
266	7	20	3
267	12	1	3
96	3	95	3
101	3	48	3
66	3	90	3
106	3	3	3
268	7	85	3
269	7	113	3
270	7	126	3
		75	3
		94	3
		294	7
		89	3
		97	3
		25	3
		123	3
		47	3
		8	3

N.º del Catál.º	Pesetas.	N.º del Catál.º	Pesetas
139	3	53	3
16	3	— Los Aparecidos y Edda Gabler.	3
137	3	143	1
80	3	— Zola.—Balzac.	1
60	3	148	1
281	8	— Chateaubriand.	1
Uriel. — Historia de Chile.	8	144	1
153	1	— Daudet.	1
Valera. — Ventura de la Vega.	1	146	1
116	3	— Dumas (hijo).	1
Varios autores.—Cuentos escogidos.	3	86-87	6
276	12	— El Doctor Pascual (dos tomos)	6
— El Derecho y la Sociología contemporáneos. .	12	50-51	6
274-275	15	— El naturalismo en el teatro (dos tomos).	6
— La nueva ciencia jurídica (dos tomos). .	15	35	3
277	3	— Estudios críticos.	3
— Novelas y caprichos. .	3	17	3
55	3	— Estudios literarios. .	3
— Ramillete de cuentos. .	3	147	1
82	3	— Flaubert.	1
— Tesoro de cuentos. . .	3	154	1
278	10	— Gautier.	1
Vivante. — Derecho mercantil.	10	141	1
4	3	— Jorge Sand.	1
Wagner.—Recuerdos de mi vida.	3	23	3
279-280	15	— Lanovela experimental	3
Wolf.—Historia de las literaturas castellana y portuguesa (dos tomos). .	15	9	3
43	3	— Las Veladas de Medán.	3
Ibsen.—Casa de muñeca. .	3	149	1
119	3	— Los Goncourt.	1
— La Dama del mar y Un enemigo del pueblo. . .	3	67-68	6
		— Los novelistas naturalistas (dos tomos). . .	6
		30	3
		— Mis odios.	3
		150	1
		— Musset.	1
		32	3
		— Nuevos estudios literarios.	3
		165	1
		— Sainte Beuve.	1
		145	1
		— Sardou.	1
		159	1
		— Stendhal.	1
		142	1
		— Víctor Hugo.	1